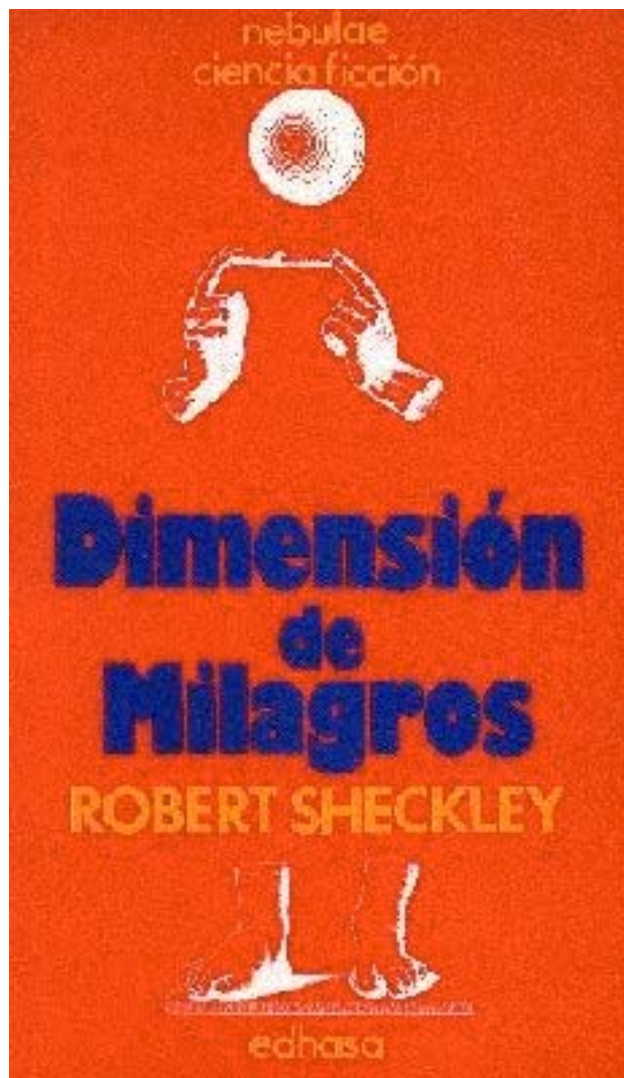


# DIMENSIÓN DE MILAGROS



**Robert Sheckley**



## **Robert Sheckley**

Titulo original: Dimension of miracles

Traducción: Norma B. de López

© 1968 Robert Sheckley

© 1979 EDHASA

Colección Nebulae (2ª época) nº 30

ISBN: 84-350-0233-0

Edición digital: Carlos Palazón

Revisión: Umbriel

R6 02/03

*¡Ah! Arrojá, por cierto, mis redes  
en sus mares e intenté una buena pesca,  
pero siempre recogí la cabeza  
de algún antiguo Dios.*

Nietzsche.

## Primera Parte - PARTIDA DE LA TIERRA

### Capítulo uno

Había sido uno de esos típicos días irritantes en la oficina. Carmody flirteó al pasar, con la señorita Gibbon, tuvo una respetuosa discrepancia con el señor Waibock y pasó quince minutos discutiendo con el señor Blackwell las alternativas de un partido de fútbol. Hacia el final de la jornada sostuvo una discusión con el señor Seidlitz, acalorada y sin ningún fundamento, con respecto al agotamiento gradual de los recursos naturales del país y el avance implacable de algunas organizaciones destructivas, como lo eran Con Ed\*, el Cuerpo de Ingenieros del Ejército, los turistas y los fabricantes de pulpa de papel. Afirmó que, en grado diverso, todos esos factores contribuían a la expoliación del paisaje y a la inevitable desaparición de los últimos vestigios de bellezas naturales.

—Bien, Tom — dijo el ulceroso Seidlitz, siempre sardónico—. Parece que has meditado profundamente en esto, ¿no es cierto?

¡No, no era cierto!

La señorita Gibbon, atractiva joven de mentón pequeño, le reprochó:

—Pero señor Carmody.,.! No debería decir esas cosas.

Después de todo, ¿qué era lo que había dicho y por qué no tenía el derecho a decirlo? Carmody no podía recordarlo, y aunque no tenía motivos para arrepentirse, se sintió vagamente culpable.

Su jefe, el regordete y suave señor Wainbock, manifestó:

—Tal vez haya algo de cierto en lo que has dicho, Tom. Me encargaré de averiguarlo.

Pero Carmody era consciente de la poca sustancia que tenía lo que acababa de afirmar, y no valía la pena averiguarlo.

El sarcástico George Blackwell, un hombre alto, capaz de hablar sin mover el labio superior, había dicho:

—Creo que tienes razón, Carmody; si transfieren a Voss del medio campo a la delantera, entonces sí que tendremos unos cuantos goles...

Después de pensarlo un poco más, Carmody llegó a la conclusión de que no habría una gran diferencia.

Carmody era un hombre tranquilo, de un humor predominantemente melancólico; su rostro concordaba perfectamente con el perfil elegiaco de su disposición. Su estatura era algo superior a la normal y asimismo su sentido de auto—desaprobación. Tenía una mala estampa y estaba lleno de buenas intenciones. Era' ciclotímico e inclinado a la depresión, como son generalmente los hombres altos con ojos de sabueso y antepasados irlandeses..., sobre todo después de los treinta años.

Jugaba bastante bien al bridge, aunque tendía a subestimar las cartas que le tocaban. Nominalmente era ateo, aunque más por rutina que por convicción. Sus avalares, que pueden observarse en el Hall de Potencialidades, eran uniformemente heroicos. Perteneía al signo de Virgo, regido por Saturno de paso por la casa del sol; esto, de por

---

\* Abreviatura de Con Edison, gran compañía privada de electricidad de Estados Unidos. (*N. de la T.*)

sí, le habría hecho descollante. Compartía la marca de contraste común a los seres humanos: era a la vez predecible e insondable; un milagro de la rutina.

A las 5:45 pm salió de la oficina y tomó el metro para alejarse del centro. Fue apretujado y empujado por mucha gente a la que deseaba considerar como menesterosa, pero que en el fondo le resultaba irremediabilmente indeseable.

Salió en la estación de la calle 96 y caminó algunas travesías hasta su departamento, en la Avenida West End. El portero le saludó alegremente y el ascensorista le dedicó un amistoso movimiento de cabeza. Abrió la puerta de su departamento, entró y se tiró en el sofá. Su esposa estaba de vacaciones en Miami y por lo tanto, apoyó los pies impunemente sobre la mesa de mármol que tenía enfrente.

Un momento después, en medio del living, se produjo el rugido de un trueno, y relampagueó un rayo. Carmody se sentó súbitamente, y se apretó la garganta sin un motivo específico. El trueno retumbó durante varios segundos, después se oyó un himno de trompetas. Carmody bajó de inmediato los pies de la mesa de mármol. Al sonido de las trompetas siguió un valiente resoplido de gaitas. Se produjo entonces otro rayo brillante y en medio de su resplandor apareció un hombre. De mediana estatura y corpulento, tenía el pelo rubio ondeado; vestía una capa de tono dorado, y polainas anaranjadas. Sus facciones eran normales, pero carecía de orejas. Avanzó dos pasos, se detuvo, estiró la mano en el aire y extrajo un rollo de papel que rasgó sin querer. Al aclararse la garganta hizo un ruido semejante a un rodamiento que soporta una combinación de peso y fricción.

—¡Saludos! —dijo.

Carmody, atacado sorpresivamente por una mudez histérica, no contestó.

—Hemos venido —dijo el desconocido— como fortuita respuesta a un deseo inefable: ¡el vuestro! ¿Algunos lo hacen? No. Entonces..., ¿es posible?

El desconocido esperó uña respuesta. Mediante varias pruebas que sólo él conocía, Carmody se convenció de que lo que le estaba pasando, le estaba sucediendo a él en realidad. Entonces, contestó en un nivel de realidad.

—En nombre de Dios, ¿a qué viene todo esto?

Sin dejar de sonreír, el extraño contestó:

—Es para usted, Kár—mo—di. Entre el efluvio de 'lo que es', usted ha ganado una pequeña pero importante porción de 'lo que puede ser'. Regocijante, ¿no? Concretamente: su nombre ha salido a la cabeza de los demás; otra vez se ha reivindicado lo fortuito y lo indeterminado, fluctuando en un limbo de color rosa y pleno de regocijo al ver a la antigua Constancia proscripita nuevamente dentro de la Cueva de la Inevitabilidad. ¿No es esto causa suficiente? Entonces, ¿por qué usted no...?

Carmody se puso en pie; estaba muy calmo. Lo desconocido resultaba atemorizante sólo como antecedente al fenómeno de perseverar. (El Mensajero, por supuesto, lo sabía).

—¿Quién es usted?—preguntó Carmody.

Mientras sopesaba concienzudamente la pregunta, la sonrisa del desconocido se desvaneció para dejar lugar a un farfalleo entre dientes:

—¡Estos retorcidos de cerebros confusos han vuelto a procesarme mal! Sería capaz de mutilarme ante tanta mortificación. ¡Ojalá vaguen eternamente como fantasmas! A otra cosa; volveré a procesarme, a adaptarme, a convertirme...

El extraño apretó su cabeza con los dedos haciéndolos hundirse unos cinco centímetros. Parecía la mano de un hombre que tocaba un piano muy pequeño. Se convirtió de inmediato en un hombrecillo regordete, de estatura mediana, con una incipiente calvicie, que usaba un arrugado traje de calle. Llevaba un portafolios abultado, un paraguas, un bastón, una revista y un diario.

—¿Es esto lo correcto? —preguntó—. Sí, ya veo que sí —contestó para sí mismo—. Debo pedirle disculpas por el trabajo chapucero de nuestro Centro de Similitud. Imagínese usted que la semana pasada tuve que aparecer como un murciélago gigante en Sigma IV,

llevando en el pico una notificación para descubrir que el receptor pertenecía a la familia de los nenúfares. Y dos meses antes, por supuesto estoy hablando de períodos de tiempo equivalentes, mientras cumplís, una misión en el Viejo Mundo Thagma, esos imbéciles de Similitud me hicieron aparecer como cuatro vírgenes mientras que el procedimiento correcto habría sido, obviamente...

—No entiendo ni una palabra de lo que está diciendo —interrumpió Carmody—. Haga el favor de explicarme qué significa todo esto, si es tan amable...

—Por supuesto, por supuesto —dijo el desconocido—. Primero, permítame controlar las referencias locales —cerró los ojos y volvió a abrirlos—. Hablando en sentido metafórico, su lenguaje no parece abarcar los envases que requiere mi producto. Pero, por otra parte, ¿quién soy yo para juzgar? Me imagino que la inexactitud puede resultar estéticamente agradable; todo es cuestión de gusto.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Carmody en voz baja y siniestra.

—Bien, señor. ¡Se trata de la Lotería Intergaláctica, naturalmente! Y usted ha resultado el ganador. La propuesta es inherente a la función de mi experiencia, ¿no es así?

—No —contestó Carmody—; no es así. No sé a qué se refiere —por un momento Carmody vio atravesar en el rostro del desconocido una expresión dubitativa, pero se borró de súbito como mediante una goma de borrar.

—De manera que no sabe. ¡Pero naturalmente! Supongo que, incrédulo de resultar ganador, dejó de pensar en el asunto para evitar ilusionarse. ¡Qué mala suerte haber llegado en el momento de su hibernación mental! Pero le aseguro que no hubo intención de ofenderle. ¿No está disponible el archivo con sus datos? Temo que no. Entonces, tendré que explicarle: usted señor Carmody, La ganado el Premio de la Lotería Intergaláctica. El Selector Casual de Parte IV, clase 32 de Formas Vivas extrajo sus coeficientes. Su Premio, un premio muy generoso según tengo entendido, está disponible para usted en el Centro Galáctico.

Carmody se encontró razonando para sí de la siguiente manera: "hay dos posibilidades, estoy demente o no lo estoy. Si estoy loco, puedo rechazar mi error y acudir a una cura psiquiátrica; pero así quedaría en la absurda posición de tratar de negar lo que mis sentidos me dicen ser cierto, supliéndolo por una racionalidad vagamente recordada. Esto muy bien podría multiplicar mis conflictos, agravando de tal manera mi demencia al punto que mi apenada esposa tendría que confinarme en alguna institución. Por otra parte, si acepto este presunto error como real, también puedo terminar en una institución.

"Si se da la otra alternativa y no estoy demente, todo esto está sucediendo realmente. Y lo que está sucediendo en realidad, entonces, es un acontecimiento extraño y único, una aventura de primera magnitud. Parece evidente (si es que todo esto está sucediendo en realidad), que tal como siempre lo sospeché, en el universo hay seres de una inteligencia muy superior a la del hombre. Estos individuos organizan una lotería en la que extraen nombres *i. azar* (tienen todo el derecho de hacerlo, y no veo por qué una lotería sería contradictoria con una inteligencia superior). Por último, mi nombre ha salido en esta presunta lotería. Esto es un verdadero privilegio; podría ser que, por primera vez, la lotería se ha extendido hasta la Tierra. He ganado un premio en este concurso. Tal vez me proporcione fortuna, prestigio, mujeres o sabiduría; cualesquiera de estas cosas, bien vale la pena.

"Por lo tanto, considerando todo en forma global, será mejor para mí pensar que no estoy demente e ir con este caballero a recoger mi premio. Si me equivoco, probablemente despertaré en alguna institución. Y entonces, pediré disculpas a los médicos, les diré que reconozco la naturaleza de mi ilusión, y quizás así me dejen en libertad."

Este fue el razonamiento de Carmody y a esa conclusión llegó. No era muy sorprendente. Muy pocos seres humanos (excepto los dementes) admiten la premisa de estar locos antes que aceptar una nueva hipótesis, por alarmante que ella sea. El

razonamiento de Carmody contenía ciertas fallas, por supuesto, que después habrían de ponerse en evidencia para vejarle. Pero podemos decir que, dadas las circunstancias, se desarrolló muy bien al poder razonar.

—Aún no sé muy bien de qué se trata —admitió Carmody al Mensajero—. ¿Existen algunas condiciones para retirar el premio? Quiero decir, ¿Debo hacer o comprar algo?

—No hay ninguna condición —dijo el Mensajero—; por le menos, ninguna que valga la pena mencionar. El Premio es gratis, de otra manera no sería premio. Si usted acepta, deberá acompañarme hasta el Centro Galáctico; lo que, de suyo, vale la pena. Una vez allí le entregarán el Premio; después, a su conveniencia, podrá traerlo hasta su hogar. Si necesitara alguna ayuda para el viaje de regreso, estamos dispuesto a colaborar en lo que nos sea posible, por supuesto.

—Me parece muy bien —dijo Carmody en el mismo tono que empleó Napoleón al observar la disposición de Ney para la batalla de Waterloo—. ¿Cómo viajaremos para allá?

—Por aquí —dijo el Mensajero.

Condujo a Carmody a un gabinete en el hall y desde allí, a través de una fisura en la continuidad espacio—tiempo. Fue la cosa más fácil del mundo. A los pocos segundos de tiempo subjetivo, después de atravesar una distancia considerable, Carmody y el Mensajero llegaron al Centro Galáctico.

## Capítulo dos

El viaje, muy breve, no duró más que una Instantaneidad y un microsegundo al cuadrado. No hubo ningún acontecimiento, ya que un traslado de duración tan breve no permite experimentar nada memorable. Por lo tanto, casi sin transición alguna, Carmody se encontró de pronto entre las amplias plazas y los exóticos edificios del Centro Galáctico. Permaneció inmóvil mirando alrededor de sí. Notó particularmente los tres soles enanos y opacos que giraban en torno de ellos mismos en la altura. Observó también los árboles que susurraban veladas amenazas a las aves de plumaje verdoso, posadas en sus ramas. También notó otras cosas que, a falta de referencias análogas, no consiguió registrar.

—¡Vaya! —dijo al fin.

—¿Perdón? —contestó el Mensajero.

—Dije: ¡Vaya!

—Ah, pensé que debía irme...

—Oh, no.

—Ahora entiendo —dijo el Mensajero, un tanto quisquilloso—. Dígame, ¿le gusta nuestro Centro Galáctico?

—Es muy impresionante —contestó Carmody.

—Pienso que sí —dijo el Mensajero como al descuido—. Fue construido especialmente para impresionar; eso es. Por mi parte, creo que es bastante parecido a cualquier otro Centro Galáctico. Como podrá notar, la arquitectura es lo que uno espera en estos casos: neo-ciclópeo, un estilo típico estatal, carente de toda imperativa estética, diseñado con el único propósito de impresionar a los votantes.

—Esas escaleras flotante son un espectáculo... —Muy teatrales —comentó el Mensajero.

—Y esos edificios inmensos...

—Sí, el diseñador supo emplear con destreza una combinación de curvas invertidas con puntos en desaparición transitoria —dijo el Mensajero, demostrando sus conocimientos—. También utilizó una distorsión temporaria de bordes, para provocar terror. No deja de ser bonito, supongo; en una manera un tanto obvia. Tal vez le interese

saber que el diseño, para ese conglomerado de edificios que está allá, fue materialmente copiado de una exhibición de General Motors en su planeta. Se le consideró un ejemplo notable de Primitivo Quasi-Moderno; sus principales virtudes son un cierto exquisito arcaísmo y una sensación de comodidad. Las luces relampagueantes en el centro del frente del Multirascacielo Móvil son de un puro estilo Barroco Galáctico. No tienen ningún propósito útil.

Carmody era incapaz de entender todo el grupo de estructuras al mismo tiempo. Cuando miraba uno, los otros parecían que cambiaban de formas. Parpadeó varias veces con fuerza, pero los edificios seguían desvaneciéndose y cambiando, según podía ver por el rabillo del ojo.

—Se trata de transmutación periférica! —le informó el Mensajero—. Esta gente no se detiene ante nada.

—¿Dónde recibiré el premio? —preguntó Carmody.

—Por este lado —dijo el Mensajero, y lo condujo entre dos torres fantasiosas hasta un pequeño edificio rectangular casi escondido detrás de una fuente invertida.

—Aquí es donde manejamos los asuntos —dijo el Mensajero—. Las últimas investigaciones han demostrado que las formas rectilíneas resultan sedantes para las sinapsis de muchos organismos. A decir verdad, estoy muy orgulloso de este edificio. ¿Sabe usted? Soy inventor del rectángulo.

—¡Diablos! —dijo Carmody—. Hace siglos que existe.

—¿Y quién cree usted que lo mostró por primera vez? —preguntó el Mensajero mordazmente.

—Bueno, no parece un gran invento.

—¿Ah, no? —preguntó el Mensajero—. Eso demuestra lo poco que usted sabe. Confunde complicación con la auto—expresión creativa. ¿Tiene conciencia de que la naturaleza nunca produce un rectángulo perfecto? Admito que el cuadrado es algo bastante obvio, y quien no haya estudiado el problema puede pensar que el rectángulo es una derivación natural del cuadrado, ¡pero no es así! En realidad, el círculo es un desarrollo evolucionado del cuadrado.

Con los ojos empañados, el Mensajero habló con voz tranquila y distante.

—Supe por años que a partir del cuadrado era posible desarrollar otra forma. Lo consideré durante mucho tiempo. Su igualdad enloquecedora me intrigaba y sorprendía. Lados iguales, ángulos iguales. Por un tiempo hice experimentos variando los ángulos. El paralelogramo primitivo es un invento mío, pero no lo considero una gran realización. Seguí estudiando el cuadrado. La regularidad resultaba agradable, pero no en exceso. La cuestión era cómo variar esa igualdad que deja perpleja a la mente, y mantener una periodicidad reconocible. Entonces, un día, ¡se me ocurrió! En un momento de visión repentina, supe que todo lo que tenía que hacer era alterar el largo de dos lados paralelos en relación con los otros dos lados. ¡Algo tan simple y sin embargo, tan difícil! Tembloroso de ansiedad, lo probé. Confieso que cuando resultó, quedé en un estado de frenesí. Durante días y semanas, todo lo que hice fue construir rectángulos de todas medidas y formas; regulares y, sin embargo, variados. Me había convertido en una verdadera cornucopia de rectángulos. ¡Fue una época muy excitante!

—Me imagino que sí —dijo Carmody—. ¿Y después, cuando aceptaron su obra...

—Eso también fue espeluznante —contestó el Mensajero—. Pero pasaron siglos antes que nadie tomara en serio mis rectángulos. "Es divertido" —solían decir—. Pero una vez pasada la novedad, ¿qué queda? "Ha logrado un cuadrado imperfecto"; eso es lo que queda. Argüí que había deducido una forma completamente nueva y discreta, tan inevitable como la del cuadrado. Soporté muchos insultos, pero mi visión prevaleció al fin. En estos momentos, existen en la Galaxia algo más de setenta billones de estructuras rectangulares. Cada una de ellas deriva de mi rectángulo primitivo.

—¡Qué bueno! —dijo Carmody.

—De todos modos, hemos llegado —dijo el Mensajero—. Entre directamente, deles los datos que requieran y retire su premio.

—Gracias —dijo Carmody.

Entró en la habitación. En cuanto lo hizo, cintas de acero se apretaron en torno de sus brazos, piernas y cuello. Un individuo alto y moreno, con nariz de aguilucho y una cicatriz en la mejilla izquierda se acercó a Carmody. Lo miró con una expresión que sólo podría describirse como una mezcla de júbilo asesino y untuoso pesar.

### Capítulo tres

—¡Oiga! —exclamó Carmody.

—Y así, una vez más —dijo el oscuro individuo—, el criminal ha escapado hacia su propia condena. ¡Míreme usted, Carmody! Soy su verdugo. Ahora deberá pagar tanto por sus crímenes contra la humanidad como contra usted mismo. Pero déjeme aclararle que esta ejecución es provisoria y no lleva implícita el valor de un juicio.

El verdugo dejó deslizar una navaja fuera de su manga. Carmody tragó saliva, apenas podía articular palabra.

—¡Espere un momento! —gritó—. No he venido aquí para ser ejecutado.

—Lo sé, lo sé —dijo el verdugo tratando de aplacarlo, mientras miraba el filo de la navaja contra la vena yugular de Carmody—. ¿Qué otra cosa podría usted decir?

—¡Pero es cierto! —chilló Carmody—. He venido aquí a retirar un Premio.

—¿Qué cosa? —preguntó el verdugo.

—Un Premio, maldito sea, un Premio. ¡Me dijeron que había ganado un premio! Puede preguntarle al Mensajero, él me trajo hasta aquí para recibir el premio.

El verdugo lo observó y desvió la mirada tímidamente. Oprimió un botón en un conmutador que estaba cerca. De inmediato, las cintas de acero que apretaban a Carmody se convirtieron en gallardetes de papel; la vestimenta negra del verdugo se transformó en blanca. La navaja se transmutó en estilográfica. Una verruga apareció en el lugar de la cicatriz.

—Está bien —dijo *sin* dar muestras de arrepentimiento—. Les advertí que no combinaran el Departamento de Crímenes Menores con la Oficina de la Lotería; pero no, no me escucharon. Bien merecido tendrían que lo hubiera matado. Bonito lío habría sido, ¿en?

—Habría sido un lío para mí —dijo Carmody, tembloroso.

—Bien, de qué vale llorar ahora sobre sangre no derramada —dijo el empleado de premios—. Si tomáramos en consideración todas las posibilidades, muy pronto nos quedaríamos sin posibilidades por considerar... ¿Qué dije? Ah, no importa. La sintaxis es correcta aunque las palabras sean equivocadas. Por aquí debo tener su premio.

Apretó un botón del conmutador. De inmediato, un enorme escritorio desordenado se hizo visible en la habitación; estaba suspendido a unos cuarenta centímetros del suelo, pero luego cayó con un ruido ensordecedor. El empleado abrió los cajones, de los que empezó a arrojar papeles, bocadillos, cintas de carbón, tarjetas de archivo y restos de lápices.

—Bueno, tiene que estar aquí, por alguna parte —dijo en un tono de incipiente desesperación. Oprimió otro botón del conmutador y el escritorio desapareció junto con el conmutador.

—¡Maldito sea! Estoy hecho un manojo de nervios —dijo el empleado.

Levantó una mano en el aire y estrujó algo. Al parecer, se trataba de un botón que no correspondía porque inmediatamente el empleado desapareció con un grito agonizante. Carmody quedó solo en el cuarto.

Permaneció de pie donde estaba, canturreando entre dientes sin ritmo. Poco después



reapareció el empleado sin que nada delatara, en su aspecto, la experiencia que acababa de sufrir, excepto por una magulladura en la frente y una expresión mortificada. Debajo del brazo traía un pequeño paquete, atractivamente envuelto.

—Por favor, disculpe la interrupción —dijo—. Es uno de esos momentos en que nada parece salir bien.

Carmody se atrevió a decir una broma.

—¿Esta es la manera de dirigir una galaxia? —preguntó.

—Y bien, ¿cómo esperaba que la dirigiéramos? Somos sólo seres conscientes, ¿no lo sabía?

—Lo sé —contestó Carmody—, pero esperaba que aquí, en el Centro de la Galaxia...

—Todos los provincianos son iguales —dijo el empleado con fastidio—. Vienen llenos de sueños imposibles de orden y perfección, que son meras proyecciones idealizadas de sus propias imperfecciones. Ya es hora de que sepan que la vida es una cosa desordenada, y que el poder tiende a fraccionar las cosas en vez de unir las, y que cuanto mayor es la inteligencia, más complicaciones es capaz de percibir. Tal vez usted conozca el teorema de Holgee, según el cual el Orden es meramente un agrupamiento arbitrario y primitivo de las relaciones entre los objetos en el caos del universo; si la inteligencia y el poder de un ser se acercara al máximo, su coeficiente, de control (considerado como el producto de la inteligencia y el poder, y expresado por el símbolo *ando*), estaría cerca del mínimo, debido a la desastrosa progresión geométrica de objetos a ser comprendidos y controlados, que deja atrás a la progresión aritmética de lo Comprendido.

—Nunca lo consideraré bajo ese aspecto —dijo Carmody con bastante amabilidad.

Pero empezaba a sentirse harto de los servidores del Centro Galáctico, tan sueltos de lengua. Tenían una respuesta para todo, pero lo concreto era que no hacían muy bien sus trabajos y endilgaban sus fallas a las condiciones cósmicas.

—Y bien. Sí, reconozco que es cierto —dijo el empleado—. Me tomé la libertad de leer sus pensamientos y considero bien fundado su punto de vista. Como todos los otros organismos, empleamos la inteligencia para explicar las disparidades. También es cierto que no empleamos nuestras condiciones al máximo; a veces hacemos el trabajo en forma mecánica, descuidada y hasta erróneamente. Muchas veces se pierden hojas con datos importantes, las máquinas funcionan mal, sistemas planetarios completos quedan olvidados... Pero esto indica, simplemente, que al igual que todas las criaturas con cierto grado de autodeterminación, estamos sujetos a las emociones. ¿Qué quiere que hagamos? *Alguien* tiene que controlar la galaxia, de lo contrario todo saldría volando en distintas direcciones. Las galaxias son un reflejo de sus habitantes, hasta que todas las personas y las cosas sean capaces de controlarse a ellas mismas, será necesario cierto control exterior. Si no fuera por nosotros, ¿quién se encargaría de esa tarea?

—¿No podéis construir máquinas que lo hagan?

—¡Máquinas! —exclamó el empleado, desdeñosamente—. Tenemos muchísimas máquinas, algunas excesivamente complejas; pero aún las mejores son como unos sirvientes idiotas. Son adecuadas sólo para realizar operaciones sencillas y tediosas, como construir estrellas o destruir planetas. Pero si uno les encarga algo difícil como dar consuelo a una viuda, se ponen completamente torpes. ¿Puede usted crear una cosa? En nuestra sección, la computadora más grande es capaz de diseñar el paisaje de todo un planeta, puede freír un huevo o modular una tonada, pero de ética sabe menos que un cachorro de lobo. ¿Querría usted que *algo* así gobernara su vida?

—Por supuesto que no —dijo Carmody—. Pero, ¿no hay nadie capaz de construir una máquina con creatividad y discernimiento?

—Sí, alguien la hizo —contestó al empleado—. Ha sido diseñada para aprender de la experiencia; eso significa que debe cometer algunos errores para llegar a la verdad. Viene en todas formas y medidas, la mayoría, portátiles. Sus defectos saltan a la vista pero constituyen una necesaria compensación por sus virtudes. Todavía nadie ha logrado

mejorar el diseño básico, aunque muchos lo han intentado. Esta ingeniosa invención se denomina Vida inteligente'

El empleado sonrió muy complacido de su capacidad para construir aforismos. Carmody sintió un impulso de golpearle directo en la nariz, pero se contuvo.

—Si ha terminado con su conferencia —dijo Carmody—, quisiera que me entregue el Premio.

—Como lo desee —dijo el empleado—; siempre que esté seguro que lo quiere.

—¿Puede haber alguna razón para que no lo quiera?

—Ninguna en particular —dijo el empleado—, pero sí una en general: la introducción de cualquier objeto novedoso en la norma de vida de una persona tiende a dislocarla.

—Me atrevo a correr ese riesgo —contestó Carmody—. Vamos, deme usted el Premio.

—Muy bien —dijo el empleado, sacando un gran anotador y un lápiz—. Antes, debemos llenar estos datos. Usted se llama Kár-mo-di, viene del planeta 73C, Sistema BB-454 C-2S2 Cuadrante Izquierdo, Sistema Galáctico Local, referencia LK por CD, y fue seleccionado al azar entre aproximadamente dos billones de concursantes, ¿de acuerdo?

—Si usted lo dice, así será —contestó Carmody.

—Déjeme ver un poco —dijo el empleado, dándole un rápido vistazo a la página—. Puedo omitir esa cuestión de que acepta el premio a su propio riesgo y reconocimiento, ¿verdad?

—Seguro, omítalo —contestó Carmody.

—Además está la sección sobre Calificación de Comestible, y la parte de Acuerdo Recíproco de Falibilidad entre usted y la Oficina de la Lotería, en el Centro Galáctico; y también, la otra parte sobre Ética Irresponsable, y por supuesto, el Remanente Determinante de Terminación. Pero todo esto es perfectamente normal y me imagino que usted lo acepta...

—¡Claro! ¿Por qué no? —repuso Carmody, sintiéndose algo mareado. Estaba ansioso por ver cómo era el premio del Centro Galáctico, y deseaba que el empleado dejara de usar tantas argucias.

—Muy bien, entonces —dijo el empleado—. Ahora, simplemente indique su aceptación a los términos de esta área mental—sensitiva al pie de la página; eso es todo.

Inseguro de dar sus próximos pasos, Carmody pensó: "Si, acepto el Premio en las condiciones establecidas". El pie de la página se tornó rosado.

—Gracias —dijo el empleado—. El contrato es auto-testigo del acuerdo. Felicitaciones, Carmody; aquí lo tiene.

Entregó una caja alegremente envuelta a Carmody, quien farfulló las gracias y empezó ansiosamente a desenvolver el paquete. Pero antes que llegara muy lejos, se produjo una violenta e intempestiva interrupción. Un hombre bajo y calvo, vestido con ropas brillantes, irrumpió en la habitación.

—¡Ja! —exclamó—; lo he pescado con las manos en la masa. ¿Creyó de veras que iba a salirse con la suya? —acercándose a toda prisa a Carmody, el hombre asió el premio, pero el otro pudo retirar el brazo a tiempo.

—Y usted, ¿qué está haciendo aquí —preguntó Carmody. —¿Qué estoy haciendo? Vine a reclamar el Premio que me pertenece. ¿Qué se cree usted? Yo soy Carmody —el hombrecillo hizo una pausa mientras lo miraba con curiosidad—. ¿Usted alega que es Carmody?

—No. Lo sostengo: soy Carmody. —¿Carmody del Planeta 73C?

—No sé lo que eso significa —replicó Carmody—; nosotros llamamos Tierra al lugar de donde vengo.

El Carmody más bajo le miró largamente mientras su expresión de ka se transformaba en una de descreimiento.

—¿Tierra? —preguntó—. Creo no haber oído hablar de ese lugar. ¿Es miembro de la Liga Chelceriana?

—No, que yo sepa.

—¿Y qué pasa con la Asociación Independiente de Operadores Planetarios, o la Cooperativa Estéler? ¿Ha oído hablar de la Corporación de Habitantes del Planeta de la Galaxia? ¿No? ¿Su planeta no es miembro de ninguna organización interestelar?

—Supongo que no —contestó Carmody.

—Es lo que sospechaba —dijo el Carmody bajo, volviéndose hacia el empleado—. ¡Idiota! ¡Mire a qué criatura ha otorgado mi Premio! ¿No ha observado los opacos ojos porcinos, las mandíbulas bestiales, las uñas córneas?

—Espere un momento —dijo Carmody—. No hay motivos para que empiece a insultarme.

—¡Ah! Ya veo, ya veo —contestó el empleado—. En realidad, no miré bien antes. Quiero decir, uno no espera...

—¡Pero cómo! Maldito sea —dijo el Carmody extranjero—. Cualquiera puede ver enseguida que esta criatura no es una Forma de Vida Clase 32. A decir verdad, no se aproxima a la Clase 32, ni siquiera ha llegado a tener *status* galáctico. Usted, perfecto imbecil, ha otorgado el Premio a una nulidad, a una criatura de allende los límites.

## Capítulo cuatro

—Tierra... Tierra —rumió el extranjero bajo llamado Carmody—. Creo que ahora recuerdo ese nombre. Hubo un estudio reciente sobre mundos aislados y las características de sus desarrollos. Mencionaron a la Tierra como un planeta cubierto por especies con la obsesión de la superproducción. La modalidad más sobresaliente que poseen es la manipulación de objetos, y su finalidad es tratar' de vivir individualmente acumulando sin parar productos superfluos. En resumen, la Tierra es un lugar enfermo. Creo que en base a una incompatibilidad cósmica crónica, está siendo excluida del Plan Galáctico Principal. Después de eso, tratarán de rehabilitarla y convertirla en un refugio para narcisos.

Todos los presentes tomaron conciencia de que se había cometido un trágico error. El Mensajero fue depuesto y acusado de malfuncionamiento, pues no había percibido lo que era obvio. Sin embargo, el empleado defendió con coraje su inocencia, señalando varias consideraciones que nadie se tomó la molestia de considerar ni por un momento.

Consultaron, entre otros, a la Computadora de la Lotería, donde en realidad se había originado el error. En lugar de buscar excusas o disculparse, la Computadora reconoció que el error era suyo, con evidentes muestras de orgullo.

—Fui construida con muy pequeñas tolerancias —explicó la Computadora—. Me diseñaron para ejecutar operaciones complejas y exigentes, con un índice de un error por cada cinco billones de operaciones.

—¿Entonces? —preguntó el empleado.

—La conclusión es muy clara —explicó la Computadora—; he sido programada para cometer errores, y funcioné de la manera en que estaba programada. Señores, deben tener en cuenta que, para una máquina, el error es una consideración ética. Una máquina perfecta es completamente imposible, e intentar crearla sería una blasfemia. Toda forma de vida, aún la vida limitada de una máquina, lleva el error incluido en su construcción; es una de las pocas maneras en que la vida se diferencia del determinismo de la materia sin vida. Máquinas complejas, como es mi caso, están en una zona ambigua entre vivir y no vivir. Si nunca erráramos, seríamos inapropiadas, odiosas, inmorales. Les manifiesto, señores, que el malfuncionamiento es nuestra manera de rendir homenaje a aquello que es más perfecto que nosotras, pero que aún no se permite una manifestación visible de su perfección. Por lo tanto, si el error no estuviera programado en forma divina dentro de nosotros, tendríamos que funcionar mal espontáneamente para mostrar la pequeña

porción de Ubre albedrío de la que, como criaturas vivientes, participamos.

Todo el mundo inclinó la cabeza; la Computadora de Lotería estaba hablando de temas sagrados. El Carmody extranjero se enjugó una lágrima y dijo:

—No puedo discrepar, aunque no estoy de acuerdo. A través del cosmos, el derecho a equivocarse es fundamental. Por lo tanto, esta máquina actuó con ética.

—Gracias —dijo simplemente la Computadora—. Hago lo posible.

—Pero todos los demás —continuó el Carmody extranjero— han actuado estúpidamente; eso es todo.

—Ese es nuestro privilegio inalterable —le recordó el Mensajero—. Nuestra forma de error religioso es la estupidez en la mala ejecución de nuestras funciones. Derecho humilde, por cierto, pero no por eso, despreciable.

—Tenga a bien guardarse su pastosa religiosidad verbal —dijo Karmodi, quien volviéndose a Carmody agregó—: Acaba usted de escuchar lo que aquí se ha dicho; tal vez, dentro de su confusa conciencia sub-humana, haya comprendido algo de las ideas principales.

—He comprendido —dijo Carmody brevemente.

—Entonces, ya sabe que el premio que tiene debió haberseme otorgado y que, por lo tanto, me pertenece por derecho. Debo pedirle, y es lo que estoy haciendo en este preciso momento, que me lo entregue. Y cuanto antes, mejor...

Carmody estuvo a punto de hacer lo que el otro le decía. Ya estaba un poco hastiado de esta aventura, y no sentía un deseo vehemente de conservar el Premio. Quería irse a su casa, sentarse cómodamente y pensar en todo lo que había ocurrido; lo que más deseaba en ese momento era una hora de siesta, café a discreción y un cigarrillo.

Por supuesto, le habría gustado conservar el Premio, pero parecía crear más problemas de lo que podría valer. Carmody estaba a punto de entregarlo cuando oyó una voz apagada que le susurraba. —No le hagas caso.

Carmody miró alrededor rápidamente, y advirtió que la voz había salido de la pequeña caja envuelta que tenía en la mano. El Premio le había hablado.

—Vamos, vamos —dijo Karmodi—; basta de demoras. Tengo asuntos urgentes en otra parte.

—...que se vaya al diablo — *dijo* el Premio a Carmody—. Soy *tu* premio, y no hay ninguna razón para que me entregues a ese...

Eso cambiaba el aspecto de las cosas. Como no deseaba crearse problemas en un ambiente extraño, Carmody estuvo a punto de renunciar al Premio. Había empezado a adelantar la mano cuando Karmodi habló otra vez.

—Entrégalo ya mismo, patán sin facciones verdaderas. De prisa, y será mejor que pidas disculpas sonriendo con esa cara rudimentaria; de lo contrario, impondré unas medidas pertinentes de severidad increíble.

Carmody apretó las mandíbulas y retiró la mano. Ya lo habían llevado por delante demasiadas veces antes. Ahora, en consideración a su auto—estima, no volvería a ceder.

—Vete al diablo —dijo Carmody, imitando inconscientemente la terminología del Premio.

Karmodi no tardó en advertir que se había equivocado al proceder de esa manera. Se había dado el lujo de demostrar ira y mofarse, emociones costosas éstas, a las que generalmente sólo daba rienda suelta en la intimidad de su cueva a prueba de sonidos. Al permitirse esas emociones, se había negado a sí mismo la oportunidad de satisfacción que creía, le correspondía. Entonces trató de deshacer lo que había hecho. —Por favor, perdone usted mi tono agresivo —dijo a Carmody—. Mi raza tiene una inclinación exagerada a expresarse de una manera que a veces resulta destructiva. No es culpa suya pertenecer a una forma inferior de vida. No quise insultarle.

—Comprendo perfectamente —repuso Carmody, benigno.

—Entonces, ¿me entregará el Premio?

—No, de ninguna manera.

—¡Pero querido señor! Es mío, lo he ganado y es una cuestión de equidad...

—El premio no es suyo —dijo Carmody—. Ciertas autoridades debidamente constituidas eligieron mi nombre; es decir, la Computadora de Lotería. Un Mensajero autorizado me trajo las buenas nuevas y el Empleado *me* lo entregó. Por lo tanto, los otorgantes legales, así como el Premio mismo, me consideran el verdadero receptor.

—¡Así me gusta, chico...! —dijo el Premio.

—Pero, querido señor. Usted mismo ha oído que la Computadora de Lotería admitió haber cometido un error. Por lo tanto, según nuestra lógica...

—Debe expresar *de otro* modo esa afirmación —dijo Carmody—. La Computadora *no admitió* su error como un acto de negligencia sino que *reconoció* que fue cometido con un fin determinado y cierta reverencia. Según su propia declaración, su error fue intencional y cuidadosamente planeado y calculado en todos sus detalles, por razones religiosas que todos los afectados debemos respetar.

—Este tipo es capaz de disputar como un borquista —dijo Karmodi sin dirigirse a nadie en particular—. Si uno no estuviera alerta, creería que se trata de una inteligencia en funcionamiento en vez de una funesta forma de acuerdo a un formato cualquiera. Y sin embargo, me atrevo a seguir el delgado tenor de sus excusas y destruirlo con el vociferador bajo de una lógica irrefutable.

Volviéndose a Carmody, Karmodi dijo:

—Medite: la máquina erró a propósito, hecho en el que se basa su argumento. Pero el error queda completo si usted recibe el Premio. Si lo conserva, multiplicaría la falla y la doble religiosidad se considera delito.

—¡Ja! —exclamó Carmody, entrando en el espíritu de la cuestión—. En apoyo de su argumento, usted considera la mera ejecución momentánea de un error como si fuera su desempeño total. Pero es obvio que eso no puede ser. Un error existe en virtud de sus consecuencias, las que de por sí le dan significado. Un error que no se perpetúa no puede considerarse en absoluto como tal. Un error sin consecuencias y además, revertido, es apenas un brochazo de religiosidad superficial. Considero que es mejor no cometer error que ejecutar un acto de hipocresía religiosa. Y digo más aún: que para mí no sería gran pérdida renunciar a este Premio, puesto que desconozco su naturaleza; pero la gran perdedora sería esta devota máquina, esta Computadora escrupulosamente cumplidora que, a través de la interminable ejecución de cinco billones de acciones correctas, ha esperado esta oportunidad para manifestar la imperfección que Dios le otorgara.

—¡Bravo! ¡Bravo! —gritó el Premio—. Te felicito, bien dicho. Es totalmente correcto y no admite refutación.

Cruzando los brazos, Carmody se encaró con un desconcertado Karmodi. Se sentía orgulloso de sí mismo. Es muy difícil para un hombre de la Tierra, llegar sin ninguna preparación al Centro Galáctico. Las formas superiores de vida que uno encontrará allí no son forzosamente más inteligentes que el hombre; en el esquema general de las cosas, la inteligencia no vale más que unas garras largas o unas ágiles pezuñas. Pero los extranjeros cuentan con muchos recursos, ya sean verbales o de otra índole. Por ejemplo, hay ciertas razas capaces de sacarle a un hombre un brazo, simplemente hablando, y después explicar a la perfección la presencia del miembro amputado. Enfrentados con esta clase de actividad, se ha sabido que seres humanos, procedentes de Tierra, han experimentado profundas sensaciones de inferioridad, impotencia, insuficiencia y anomalía. Si consideramos que estos sentimientos por lo general son justificados, el daño psíquico consiguiente suele ser muy intenso. Con mucha frecuencia, el resultado es una completa anulación psicomotriz y una cesación de todas las funciones, salvo las automáticas. La única cura para un malfuncionamiento de este tipo sería cambiar la naturaleza del universo, lo que resulta impracticable, por supuesto. Por lo tanto, al atreverse a su valiente contraataque, Carmody se enfrentó con un riesgo espiritual

considerable; pero su conciencia estaba clara y firme, y lo superó.

—Usted sabe hablar —admitió de mala gana Karmodi—. Pero de todos modos me quedaré con el Premio.

—No, no lo hará —afirmó Carmody.

Los ojos de Karmodi relampaguearon amenazadoramente. Tanto el Empleado como el Mensajero se apartaron del camino rápidamente, mientras la Computadora de Lotería murmuraba:

—No debe castigarse un error piadoso.

No tardó en desaparecer de la habitación. Carmody se mantuvo firme, ya que no tenía lugar adonde ir. El Premio susurró:

—¡Mercadería disminuida...! —y se encogió de hombros hasta formar un cubo de dos centímetros de lado.

Un sonido susurrante salió de los oídos de Karmodi y en torno de su cabeza se formó un nimbo violeta. Levantó los brazos y empezaron a correrle gotas de plomo derretido por las puntas de los dedos. Se adelantó amenazadoramente y Carmody no pudo menos que cerrar los ojos.

No sucedió nada. Carmody volvió a abrir sus ojos.

Según pareció, en ese breve lapso Karmodi había reconsiderado la situación, desarmado; en ese momento se alejaba con una sonrisa afable.

—Después de meditarlo mejor —dijo Karmodi astutamente—, he resuelto renunciar a mi derecho. Con un poco de prescindencia se obtiene grandes resultados, especialmente en una galaxia tan desorganizada como ésta. Carmody, puede ser que volvamos a encontrarnos o no; no sé cuál de las dos alternativas sería más ventajosa para usted. Adiós, Carmody. Feliz *viaje*...

Karmodi desapareció de una manera extraña pero efectiva, poniendo un extraño énfasis en esas últimas palabras.

## Segunda Parte - ¿DONDE ESTA LA TIERRA?

### Capítulo cinco

—Bueno —*dijo* el Premio—, ya está. Espero que no volvamos a encontrarnos con esa horrible criatura. Carmody, vamos a tu casa.

—Excelente idea —dijo Carmody—. ¡Mensajero! Ahora quiero ir a mi casa...

—Es un sentimiento bastante normal —admitió el Mensajero—, y también bastante fundado en la realidad. Yo diría que usted debe irse a casa, y lo más rápidamente que pueda.

—Entonces, lléveme —*dijo* Carmody.

El Mensajero meneó la cabeza.

—Yo no hago ese trabajo. Mi deber es sólo traerle hasta aquí.

—¿Y quién es el que hace ese trabajo?

—Usted, Carmody —afirmó el Empleado.

Carmody experimentó una sensación de vacío. Empezaba a comprender por qué Karmodi había cedido con tanta facilidad.

—Miren muchachos — *dijo*—. Aborrezco tener que molestarles, pero en realidad, necesito que me ayuden.

—¡Oh, está bien! —dijo el Mensajero—. Deme usted las coordenadas y yo le acompañaré.

—¿Las coordenadas? No tengo idea de lo que es eso. Se trata de un planeta llamado Tierra.

—No me importa que se llame Queso Verde —manifestó el Mensajero—. Para poder

prestarle asistencia,, necesito saber las coordenadas.

—¡Pero si usted acaba de estar allí —explicó Carmody—. Usted ha ido a la Tierra y me ha traído hasta aquí. —Eso es lo que a usted le parece —explicó el Mensajero pacientemente—, pero no es el caso. Me he limitado a ir hasta las coordenadas que me dio el Empleado, quien a su vez las obtuvo de la Computadora de Lotería; no tardé en encontrarle a usted y traerle hasta aquí.

—¿Y no podría llevarme empleando las mismas coordenadas?

—Podría hacerlo, con toda facilidad. Pero ya no encontraríamos nada allí. Recuerde usted que la galaxia no es algo estático; todos sus elementos están en movimiento, cada cual con su propia velocidad y de diferente manera.

—Y según las coordenadas, ¿no se podría calcular dónde está la Tierra ahora? —preguntó Carmody.

—Soy incapaz de sumar una columna de números —afirmó con orgullo el Mensajero—. Poseo otro tipo de talentos.

Carmody se volvió hacia el Empleado.

—Y usted, ¿no las puede calcular? ¿O tal vez la Computadora de Lotería?

—Tampoco sé sumar muy bien —admitió el Empleado.

La Computadora entró en la habitación a la carrera.

—Sé sumar perfectamente —manifestó—. Pero mi función está limitada a seleccionar y localizar los ganadores de la Lotería dentro de un margen de error previsible. Lo he localizado a usted (por eso está aquí); y por lo tanto, me está prohibido realizar el interesante trabajo teórico de averiguar las actuales coordenadas de su planeta.

—¿No podría hacerlo como un favor especial? —rogó Carmody.

—No dispongo de cocientes para favores —contestó la Computadora—. Soy tan incapaz de encontrar su planeta como de freír un huevo o trisecar una nova.

—¿No hay nadie que pueda ayudarme? —preguntó Carmody.

—No se desespere —ayo el Empleado— La Asistencia para Viajeros puede arreglar este asunto en un abrir y cerrar de ojos; yo le acompañaré hasta allá. Sólo tiene que darme las coordenadas de su casa.

—¡Pero no las conozco! —dijo Carmody.

Se produjo un silencio preñado de sorpresa. El Mensajero fue el primero en hablar.

—Si usted no sabe su dirección, ¿cómo espera que los demás la conozcan? Esta galaxia no es infinita, pero de todas maneras es un lugar muy extenso. De verdad, nadie que desconozca su locación debería salir de su casa.

—En ese momento yo no sabía eso —explicó Carmody.

—Podría haberlo preguntado...

—No lo pensé... Pero, ¡tenéis que ayudarme! No ha de ser tan difícil averiguar adonde está mi planeta.

—Es increíblemente difícil —le respondió el Empleado—. Una de las coordenadas que necesitamos es 'Dónde', y son tres en total.

—¿Cuáles son las otras dos?

—También necesitamos saber 'Cuándo' y 'Cuál'. La llamamos la locación DCC.

—No me importa que la llamen Queso Verde —dijo Carmody en un brusco ataque de ira—. ¿Cómo encuentran el camino de regreso a sus casas las otras formas de vida?

—Por medio de un inherente sentido de orientación —dijo el Mensajero—. Ya que estamos en eso, ¿está usted seguro que no lo posee?

—No lo creo —dijo Carmody.

—Por supuesto que no tiene un sentido de dirección hacia su casa —estalló el Premio con indignación—. Es que esté hombre nunca ha salido de su planeta original, ¿cómo podría haber desarrollado un sentido de orientación hogareño?

—Es muy cierto —dijo el Empleado, frotándose la cara, fatigado—. Esto es lo que pasa por tratar con formas inferiores de vida. ¡Maldita sea esa Computadora y sus errores

piadosos...!

—Sólo uno en cinco billones —contestó la Computadora—. No es pedir demasiado.

—Nadie la está culpando a usted —dijo el Empleado—; en realidad, no culpamos a nadie. Pero aún nos queda por calcular qué haremos con él.

—Es una tremenda responsabilidad —afirmó el Mensajero.

—No se puede negar eso —concordó el Empleado—. ¿Qué les parece si lo matamos y nos olvidamos del asunto?

—¡Oiga...! —exclamó Carmody.

—Yo estoy de acuerdo —dijo el Mensajero.

—Si vosotros estáis de acuerdo —dijo la Computadora—, yo doy mi conformidad.

—Yo no participo —dijo el Premio—. En este momento no podría precisar las razones con exactitud, pero toda esta idea me parece equivocada.

Carmody hizo varias declaraciones vehementes en el sentido de que no quería morir y que no era justo que lo mataran. Trató de apelar a los mejores instintos y sentimientos de justicia de los otros, quienes consideraron estas declaraciones como tendenciosas y las borraron del registro.

—¡Esperad, ya lo tengo! —dijo de súbito el Mensajero—. ¿Qué les parece esta solución como alternativa? No lo matemos, ayudémosle en cambio con toda sinceridad y empleando todas nuestras habilidades, para que este hombre pueda volver vivo a su casa y en buena salud mental y física.

—No deja de ser una idea —admitió el Empleado.

—De esa manera —continuó el Mensajero—, habremos efectuado una acción ejemplar del mayor mérito, mucho más digna de atención por cuanto será completamente fútil. Me parece obvio que, de todos modos, probablemente le matarán durante el viaje.

—Será mejor que empecemos —dijo el Empleado—. A menos que deseemos que le maten mientras estamos hablando...

—¿De qué se trata todo esto? —preguntó Carmody.

—Más tarde le explicaré todo —le susurró el Premio—. Si es que hay un más tarde. Y si tenemos tiempo, también le contaré una historia fascinante de algo que me ocurrió.

—¡Carmody, prepárese! —gritó el Mensajero.

—Estoy listo —contestó Carmody—. Al menos, eso espero.

—Bien, listo o no, allá va.

Y se fue.

## Capítulo seis

Quizá por primera vez en la historia de la raza humana un hombre había logrado hacer desaparecer su entorno, literalmente hablando. En opinión de Carmody, él no había hecho movimiento alguno; fue todo lo demás que se movió. Tanto el Mensajero como el Empleado se diluyeron en el fondo. El Centro Galáctico se aplastó por completo y tomó el aspecto de un enorme mural, pero mal hecho.

De súbito, en la esquina izquierda del mural apareció una hendidura, que tras de ensancharse y alargarse terminó por quedar en la esquina superior derecha. Los bordes se curvaron hacia atrás y dejaron al descubierto la más absoluta oscuridad. El mural o Centro Galáctico se enrolló como si hubiera sido un par de visillos, y desapareció sin dejar rastros.

—No te preocupes —le susurró el Premio—, lo hacen mediante espejos.

La explicación preocupó a Carmody más que el acontecimiento en sí. Pero hizo un esfuerzo por controlarse y otro mayor por mantener al Premio bajo su estricto control. La oscuridad se tornó profunda y completa, sin sonidos, sin paisajes: el paradigma del espacio profundo. Aunque parezca incomprensible, Carmody pudo sobrellevar todas



estas sensaciones mientras ellas duraron.

De súbito, en forma muy abrupta, el escenario se transformó y Carmody se encontró de pie, en el suelo, respirando aire. Alcanzó a ver algunas montañas yermas, de color óseo, y un río de lava petrificada; una brisa leve y rancia le sopló en la cara. En lo alto lucían tres pequeños soles rojos.

Aunque el lugar le pareció aún más extraño que el Centro Galáctico, sintió cierto alivio. A veces, en sueños, él había visto lugares como ése... El Centro Galáctico era material para pesadillas.

Nuestro amigo sufrió un sobresalto repentino al advertir que ya no tenía al Premio en la mano. ¿Cómo pudo habersele extraviado? Miró desesperado alrededor; en torno a su cuello había enrollada una pequeña serpiente verde.

—Soy yo, tu Premio —dijo—; sólo que he cambiado de forma. Como sabes, la forma es una función del medio ambiente total y nosotros, los premios, somos muy sensibles a las influencias de nuestro entorno. No permitas que esto te alarme, chico; juntos seremos capaces de libertar a México de la opresión de la mano extranjera de ese dandy Maximiliano.

—¿Ahhhh?

—Haz una comparación —exigió el Premio—. ¿Sabes una cosa, doctor? A pesar de nuestra inteligencia superior, nosotros los premios no poseemos un lenguaje propio, pero tampoco tenemos necesidad de un idioma propio, puesto que siempre somos concedidos a diversos extranjeros. Resolver el problema de hablar resulta bastante fácil, pero puede ser desconcertante. Es muy simple: extendiendo una línea grabadora a tu banco de asociaciones, y extraigo las palabras necesarias para hacerme entender. ¿Mis palabras han logrado aclarar lo que quiero decir?

—Nada es muy claro —confesó Carmody—; pero creo entenderte.

—¡Así se habla! —dijo el Premio—. Los conceptos pueden enredarse un poco, de vez en cuando, pero inevitablemente se termina por descifrarlos. Después de todo, te pertenecen. A este respecto, tengo una historia bastante divertida para contar. Algo va a ocurrir en forma muy repentina.

—¿Qué? ¿De qué se trata?

—Carmody, *mon vieux*, ya no queda tiempo para explicar nada. Quizá ni siquiera tengamos el tiempo suficiente para explicar lo más indispensable a fin de mantener tus operaciones vitales. El Empleado y el Mensajero te han enviado amablemente...

—¡Asesinos malnacidos! —exclamó Carmody.

—No debes condenar al crimen con tanta ligereza —le reprochó el Premio—; eso revela un carácter negligente. A propósito de eso, recuerdo un verso que más tarde recitaré. Pero, ¿por dónde andaba? ¡Ah, sí! El Empleado y el Mensajero... Esos dos valientes que, corriendo un grave riesgo personal, te han enviado al único lugar de la galaxia donde hay alguna posibilidad de que encuentres ayuda. Piensa que habrían podido matarte en el momento por crímenes futuros, o embarcarte de regreso a la última ubicación conocida de tu planeta que ahora, con seguridad, ya no está en el mismo lugar; o podrían haber extrapolado tu presunta locación actual, aunque son extrapoladores muy deficientes y entonces, los resultados podrían haber sido desastrosos. De manera que, como puedes ver...

—¿Dónde estoy? —preguntó Carmody—. ¿Y qué se espera que suceda aquí?

—A eso iba a referirme —dijo el Premio—. El planeta se llama Lursis, como tal vez sea evidente. Tiene un sólo habitante autóctono: Melicronos, que ha estado aquí desde tiempos inmemoriales y continuará en el mismo lugar, más allá de toda predicción. Melicronos, *sui generis* con la espada, es vengativo. Como autóctono es inimitable, como raza, omnipresente y diferente como individuo. De él se ha escrito: "He aquí al solitario héroe epónimo, que se apareja consigo mismo mientras resiste, con furia, la feroz arremetida que se inflige."

—¡Maldito seas! —gritó Carmody—; Estás hablando más que un subcomité del

senado, pero no dices nada.

—Es porque estoy confundido —dijo el Premio con un gemido apenas perceptible—, ¡Diantres, hombre! ¿Acaso piensas que he hecho un pacto por algo así? Estoy sacudido, créeme que me siento completamente aturdido y sólo trato de encontrar una explicación porque, si no pongo la mano en el timón, esta maldita bola de cera se vendrá abajo como una casa de kurdos.

—De cartas —corrigió distraído Carmody.

—No, kurdos —le gritó el Premio—. ¿Has visto alguna vez desmoronarse una casa de kurdos? Pues yo sí, y puedo asegurarte que no es un espectáculo muy bello.

—Suenan a espectáculo de otro mundo —dijo Carmody, con una risita incontrolable.

—Disponte bien ahora —susurró el Premio con repentina urgencia—. Intégrate. Toma un descanso renovador. Enlaza tu tálamo a una estrella, porque ahora viene..., ¡Melicronos! Carmody experimentaba una extraña calma. Echó una mirada al paisaje retorcido y no encontró nada que no hubiera visto antes.

—¿Dónde está? —preguntó al Premio.

—Melicronos está sufriendo una evolución a fin de poder hablar contigo. Contéstale libremente, pero con tacto. No menciones para nada tu incapacidad, que sólo conseguirías enojarle. Asegúrate del...

—¿Qué incapacidad?

—Asegúrate de recordar su única limitación y sobre todo, cuando te haga la pregunta, contesta con mucho cuidado.

—Espera...! —reclamó Carmody—. Todo lo que has conseguido es confundirme más. ¿A qué incapacidad te refieres? ¿Cuál limitación? ¿Cuál será su Pregunta?

—¡Basta de regañarme! —dijo el Premio—. No puedo soportarlo. Ya no puedo mantener más mi estado de conciencia. He prolongado mi hibernación hasta un punto más allá de lo tolerable, todo por tu culpa. Adiós, chico. Y no vayas a comprarle ningún centrífugo de madera.

Y con esas palabras, la culebra, que no era venenosa, se hizo un rollo bien ajustado, metió la cola en la boca y se puso a dormir.

—¡Maldito artista! —dijo Carmody, furioso— ¿Y tú te consideras un Premio? ¿Sabes qué clase de Premio eres? Como poner dinero en la mortaja de un muerto...

Pero el Premio, ya dormido, no podía ni quería escuchar las diatribas de Carmody. En realidad, ya no había tiempo para nada; en ese mismo segundo la montaña que estaba a la izquierda de Carmody se convirtió en un furioso volcán.

## Capítulo Siete

El volcán rugía y exhalaba humo, escupía llamaradas y lanzaba deslumbrantes bolas de fuego hacia el negro cielo. Al estallar, se deshizo en un millón de fragmentos incandescentes, cada uno de los cuales volvió a dividirse, una y otra vez, hasta que el cielo quedó gloriosamente iluminado y los tres pequeños soles palidieron.

—¡Vaya! —dijo Carmody, sinceramente impresionado; era como una exhibición de fuegos de artificio en el Parque de Chapultepec, en México, para el día de Pascuas.

Mientras miraba, los fragmentos relumbrantes caían a tierra y se extinguían en un océano formado para recibirlos. Gallardetes multicolores de humo ondeaban y se retorcián mezclándose unos con otros, haciendo sisear las aguas profundas, que se convertían en vapor para después elevarse en forma de extrañas nubes que se disolvían en lluvia.

—¡Ayyy! —exclamó Carmody.

La lluvia caía inclinada; de pronto, se levantó un viento que agolpó las aguas descendentes, tejiendo con ellas una trama compacta hasta que la lluvia y el viento,

entremezclados, formaron un enorme tomado; su grueso tronco, oscurecido y con fugaces reflejos plateados, avanzó hacia Carmody siguiendo el rítmico acompañamiento de truenos ensordecedores.

—¡Esto es demasiado! —chilló Carmody.

Cuando el tornado hubo llegado casi a sus pies, se extinguió; el viento y la lluvia se elevaron hacia el cielo y el trueno se debilitó hasta convertirse en un rugido cargado de presagios. Empezó entonces a escucharse un sonido de cuernos de caza y salmodias, sumado al gemido de gaitas y al dulce plañir de arpas. El estruendo de los instrumentos se intensificaba en un canto de celebración y bienvenida, no muy diferente del acompañamiento musical de alguna película histórica de la MGM, de elevado presupuesto, en cinerama y a todo color, y mejor aún. Por último se produjo un estallido de luz, color, sonido y movimientos, además de otras cosas; luego, todo quedó en silencio.

Hacia el final, Carmody había cerrado los ojos. Volvió a abrirlos justo a tiempo para ver la luz, el color, los sonidos, movimientos y todas las demás cosas, transformarse en la heroica silueta de un hombre desnudo.

—¡Hola! —dijo el hombre—. Soy Melicronos. ¿Le gustó mi entrada?

—He quedado atónito —manifestó Carmody, con sinceridad.

—¿De veras? —preguntó Melicronos—. Quiero decir, ¿quedó realmente atónito o simplemente impresionado? Quiero saber la verdad; no tema herir mis sentimientos.

—Es cierto —confirmó Carmody—. Realmente atónito...

—Bien, es muy amable de su parte —dijo Melicronos—. En realidad, lo que acaba de ver ha sido una pequeña presentación que ideé recientemente para mí. Creo, realmente lo creo, que dice algo de mí mismo, ¿no le parece?

—¡Oh, sí! ¡Se lo aseguro! —exclamó Carmody; trataba de ver a qué se parecía Melicronos, pero la figura heroica que tenía ante sí era de color negro azabache, perfectamente proporcionada aunque sin rasgos definidos. La única característica que le distinguía era una voz refinada, ansiosa y un tanto quejumbrosa.

—Es algo absurdo, por supuesto —dijo Melicronos—; me refiero a tener una gran presentación para uno mismo y todo lo demás. Pero, después de todo, es *mí* planeta y si uno no puede hacer un poco de exhibicionismo en su propio planeta particular, adonde podrá alardear, ¿no?

—Eso es indiscutible —afirmó Carmody.

—¿Lo cree así realmente? —preguntó Melicronos.

—Lo digo con toda sinceridad —dijo Carmody.

Melicronos meditó un momento sobre lo que acababa de oír, y súbitamente dijo:

—Gracias. Me gusta usted. Es una persona inteligente y sensible que no teme decir lo que piensa.

—Gracias —manifestó Carmody. —No; lo digo de veras.

—Bueno, se lo agradezco *realmente* —repitió Carmody tratando de reprimir un tono de desesperación en su voz.

—Estoy muy contento de que haya venido —afirmó Melicronos—. ¿Sabe usted una cosa? Soy una criatura muy intuitiva, me enorgullezco de eso y creo que usted podría ayudarme.

Carmody tenía en la punta de la lengua algo por decirle acerca de que él era quien había venido a pedir ayuda y que no se sentía en condiciones de poder ayudar a nadie pues era incapaz de realizar una tarea tan fundamental como encontrar el camino de regreso a su casa. Pero, temeroso de ofender a Melicronos en ese momento, se abstuvo de decir nada.

—Mi problema —explicó Melicronos—, es inherente a mi situación; única en su género, aterradora, extraña y significativa. Quizás habrá oído decir que el planeta entero me pertenece; pero va mucho más allá. En realidad, soy la única cosa viviente capaz de estar

aquí. Ya ha habido varios intentos; se establecieron colonias, soltaron algunos animales y plantaron toda clase de plantas, siempre con mi aprobación, por supuesto. Pero todo ha sido en vano. Sin ninguna excepción, toda materia extraña a este planeta se ha convertido en un fino polvo que mi viento termina por soplar hacia el espacio profundo. ¿Qué piensa usted de esto?

—Es extraño —afirmó Carmody.

—Sí, bien dicho —replicó Melicronos—. ¡Ya lo creo que es extraño! Pero allí está la cosa. Con excepción de mí y mis extensiones, ninguna forma de vida resiste aquí. Cuando pude advertir esto, tuve un gran sacudimiento.

—Puedo imaginarlo —dijo Carmody.

—He estado aquí tanto tiempo como yo o cualquiera pueda recordar —afirmó Melicronos—. Durante siglos me contenté con vivir, simplemente, en forma de ameba, líquenes, helechos. En aquellos tiempos todo era sencillo y hermoso. Vivía en una especie de Jardín del Edén.

—Debió haber sido maravilloso —dijo Carmody.

—Me gustaba, pero eso no podía durar mucho, por supuesto —dijo Melicronos, tranquilamente—. Descubrí la evolución; yo mismo tuve que evolucionar y fue preciso alterar al planeta para adecuarlo a mi nueva persona. Me convertí en muchas criaturas, algunas de ellas no muy agradables. Después supe que había otros mundos fuera del mío; experimenté con las formas superiores que encontraba. Viví largas vidas bajo el aspecto de las diversas formas de la galaxia: humanoide, cterizoide, olicorde y otras más. Tuve conciencia de mi singularidad; al saberlo, experimenté una soledad que me resultó inaceptable. De manera que no la acepté. En lugar de hacerlo, durante varios millones de años entré en una fase maniática y me transformaba en diversas razas, y permitía, aún más, alentaba que mis diversas razas se hicieran la guerra. Casi al mismo tiempo aprendí lo relativo al sexo y al arte. Presenté ambas cosas a mis razas y por un tiempo disfruté mucho. Me dividí a mí mismo en componentes masculinos y femeninos y cada uno constituía una discreta unidad, sin dejar de ser parte de mí mismo. De esta manera procreé, me permití ciertas perversiones, me quemé en la hoguera, me hice emboscadas, firmé tratados de paz conmigo mismo, me casé y divorcié de la misma manera; pasé sucesivamente por innumerables auto—nacimientos y auto—muertes. Mientras tanto, mis componentes se dedicaban a las artes, algunas muy bonitas, y a la religión. Me veneraban, por supuesto, y era lo correcto puesto que yo era para ellos la causa eficiente de todas las cosas. Hasta les permití postular y glorificar a otros seres superiores, fuera de mí. En aquellos tiempos yo era extremadamente liberal.

—Ha sido una consideración de su parte —intervino Carmody.

—Bueno, trato de ser considerado —dijo Melicronos—; puedo darme ese lujo. En lo que a este planeta se refería, yo era Dios. Para qué vamos a andar con rodeos; era el supremo, el inmortal, el omnipotente y el omnisapiente, y contenía todas las cosas..., hasta opiniones disidentes con respecto a mí mismo. No crecía una hoja de hierba que no fuera una parte infinitesimal de mí. Fui el que dio forma a las montañas y los ríos. Provoqué las cosechas y también las hambrunas; yo era la vida en las células del esperma y la muerte en el bacilo de la peste. Ningún gorrión podía volar sin que yo lo supiera, porque era la Unión y la Desunión, el Todo y los Muchos; Aquello que Siempre Fue y Aquello que Siempre Habría de Ser.

—Eso es realmente importante —afirmó Carmody.

—Sí, sí —dijo Melicronos con una sonrisa recatada—, como una vez lo expresara uno de mis poetas, yo era la gran Rueda en la Fábrica de Bicicletas del Paraíso. Todo era muy espléndido. Mi raza pintaba cuadros; yo, puestas de sol. Mi pueblo escribía sobre el amor; yo lo inventé. ¡Ah, qué tiempos maravillosos! *Si hubiera continuado así...*

—¿Y por qué no? —preguntó Carmody.

—Porque empecé a crecer —contestó Melicronos con tristeza—. Durante innumerables

eones, gocé con mi creación; pero luego empecé a cuestionar mis propias obras y también a mí mismo. ¿Sabe usted? Mis sacerdotes siempre hacían preguntas relacionadas conmigo, y discutían entre ellos en cuanto a mi naturaleza y cualidades. Como un tonto, les presté atención. Resulta halagüeño escuchar que los sacerdotes discuten sobre uno, pero puede resultar muy peligroso. Empecé a preguntarme sobre mi naturaleza y cualidades. Cavilé, me hice introspectivo. Cuanto más pensaba sobre el tema, más difícil me parecía.

—Pero, ¿por qué tenía que cuestionarse a usted mismo? —preguntó Carmody—. Después de todo, era Dios...

—Ahí estaba el nudo del problema —contestó Melicronos—. Desde el punto de vista de mis creaciones, no había problemas. Yo era Dios, actuaba de modo misterioso. Pero mi función era nutrir y a la vez castigar a una raza de seres que, aún siendo de mi esencia, gozarían del libre albedrío. En lo que a ellos se refiere, todo lo que yo hacía estaba bien hecho, puesto que era Yo quien lo hacía. Es decir, en último análisis, aún las más simples y obvias de las acciones eran inexplicables, puesto que yo mismo era inexplicable. O para expresarlo de otra manera, mis actos eran explicaciones enigmáticas de una realidad total que solamente yo, en virtud de mi divinidad, podía percibir. Eso era lo que afirmaban varios de mis pensadores más prominentes, y agregaban que el paraíso podría otorgarles una comprensión más completa.

—¿También creó usted el paraíso? —preguntó Carmody.

—Por cierto, y además, el infierno —contestó Melicronos, sonriendo—. ¡Tendría que haberles visto las caras cuando les hacía resucitar en uno u otro lugar! Ni siquiera los más devotos habían creído *realmente* en un más allá.

—Supongo que debió haber sido una satisfacción —comentó Carmody.

—Por un tiempo fue bello —admitió Melicronos—; pero después empezó a aburrirme. Sin duda que soy tan vanidoso como cualquier Dios; pero las alabanzas interminables acabaron por hastiarme hasta el delirio. ¡En nombre de Dios! ¿Por qué debe darse loas a Dios, si sólo está realizando sus funciones divinas? Estas condiciones me resultaron completamente insatisfactorias. Y aún me faltaba mucho en el autoconocimiento, excepto a través de los ojos parciales de mis creaciones.

—¿Y qué hizo entonces? —preguntó Carmody.

—Los suprimí —contestó Melicronos—; abolí toda forma de vida en mi planeta y también borré el más allá. Francamente, necesitaba tiempo para pensar.

—¡Ahhh! —exclamó Carmody, sorprendido.

—Sin embargo, en otro sentido, no destruí a nadie ni nada —dijo Melicronos apresuradamente—; me limité a reunir mis propios fragmentos dentro de mí mismo —de pronto Melicronos sonrió—. Siempre tuve a mi alrededor una buena cantidad de individuos con ojos muy abiertos que hablaban de obtener la unidad conmigo. Y bien, la han logrado, téngalo por seguro.

—Tal vez les gusta deísta forma —sugirió Carmody.

—No hay manera de que lo sepan —dijo Melicronos—. La Unidad conmigo significa Yo. Incluye forzosamente la pérdida de la conciencia que examina la propia individualidad. Es lo mismo que la muerte, aunque parece mucho más agradable.

—Todo es muy interesante —afirmó Carmody— Pero creo que usted quería hablarme de un problema...

—Sí, es cierto. Estaba por llegar a eso. Verá usted; descarté a mis pueblos de la misma manera que un niño descarta su casita de muñecas. Y entonces me senté, metafóricamente hablando, para pensar bien las cosas. Como es natural, lo único que tenía que pensar era acerca de mí, mi verdadero problema era: ¿Qué podía hacer yo? ¿Estaba destinado a ser nada más que Dios? Había emprendido el oficio de Dios y me resultaba demasiado limitado. Era una tarea para un egomaniaco con una idea fija. Tenía que haber alguna cosa que yo pudiera hacer, algo más significativo donde pudiera

expresar mi verdadero yo. ¡Estoy convencido de eso! Allí está mi problema y esa es la pregunta que le hago: ¿Qué puedo hacer con mi vida?

—Bueno —dijo Carmody—. Bueno, sí; comprendo su problema —se aclaró la garganta y posó el dedo en la nariz para meditar—. Un problema de tal índole requiere de un análisis profundo.

—El tiempo carece de importancia para mí —dijo Melicronos—. Dispongo de él en cantidades ilimitadas aunque, siento decirlo, usted no.

—¿Yo no? ¿Cuánto tiempo tengo?

—Unos diez minutos, como podrá apreciar. Inmediatamente después, es posible que le pase algo desafortunado.

—¿Qué es lo que me va a pasar? ¿Qué puedo hacer, entonces?

—Vamos, vamos; lo justo es justo —dijo Melicronos—. Primero, usted contesta mi pregunta; después, yo responderé la suya.

—Pero si sólo dispongo de diez minutos...

—Ese límite le ayudará a concentrarse —dijo Melicronos—. De todos modos, como se trata de mi planeta haremos las cosas conforme a mis reglas. Puedo asegurarle que, si se tratara de su planeta, yo seguiría las reglas pertinentes. Es muy razonable, ¿no le parece?

—Sí, creo que sí —dijo el desdichado Carmody.

—Nueve minutos —advirtió Melicronos.

¿Quién puede decirle a un Dios cuál debe ser su función? Especialmente en el caso de Carmody, que era ateo. ¿Cómo encontrar algo concluyente..., sobre todo, teniendo en cuenta que los sacerdotes y los filósofos de Dios han pasado siglos estudiando el tema?

—Ocho minutos —dijo Melicronos.

Carmody abrió la boca y empezó a hablar.

## Capítulo ocho

—En mi opinión —dijo Carmody—, creo que es... Es posible encontrar la solución de su problema.

—¿Sí? —preguntó Melicronos ansiosamente.

Carmody ni siquiera tenía una idea aproximada de lo que iba a decir. Empezó a hablar por desesperación, confiando en que la acción de hablar daría en sí por resultado algún sentido, ya que las palabras poseen un sentido y las oraciones, más sentido aún que las palabras.

—Su problema —continuó Carmody—, consiste en encontrar dentro de usted mismo un funcionalismo interior con alguna referencia de la realidad exterior. Pero como usted mismo es la realidad, ésta podría ser una búsqueda imposible..., algo así como pretender colocarse en una posición exterior a usted mismo.

—Puedo hacerlo, si lo deseo —dijo Melicronos, enfurruñado—. Como soy el que manda aquí, puedo disponer de cualquier maldita cosa que se me plazca. El ser Dios no significa que Uno deba adherirse al solipsismo.

—Es cierto, muy cierto —dijo Carmody apresuradamente (¿le quedaban siete minutos? ¿o seis? ¿qué pasaría al término de ese tiempo?)—. Resulta claro que, para la visión de usted mismo, la inmanencia y la interioridad resultan insuficientes y por lo tanto, como cualidades, no alcanzan materialmente a cubrir sus requerimientos; y menos aún en su carácter de Definidor...

—Buen razonamiento —dijo Melicronos—. Usted debería ser teólogo.

—En este momento soy un teólogo —dijo Carmody (¿seis minutos o cinco?)—. Muy bien. Entonces, ¿qué se propone hacer? ¿Consideró alguna vez dedicarse a la búsqueda del conocimiento, tanto interno como externo? (suponiendo que exista tal conocimiento

externo...)

—Sí, en realidad he pensado en eso, entre tantas otras cosas —repuso Melicronos—. He leído todos los libros que encontré en la galaxia, he observado de cerca los secretos del Hombre y de la Naturaleza, he explorado el macrocosmos y el microcosmos, y así, todo lo demás. Le diré al pasar que tenía una gran aptitud de aprender, aunque después he olvidado algunas cosas, como el secreto de la vida y el motivo ulterior de la muerte. Pero cuando lo desee, puedo volver a aprenderlos. He llegado a la conclusión de que aprender es una actividad seca, pasiva, aunque llena de algunas sorpresas placenteras. También he aprendido que el mero hecho de aprender no tiene para mí ninguna importancia particular o peculiar. Para serle franco, encuentro casi igualmente interesante el proceso de des—aprender.

—Tal vez usted estaba destinado a ser un artista —sugirió Carmody.

—He pasado por esa fase —dijo Melicronos—; he hecho esculturas de barro, y también de carne. He pintado crepúsculos tanto en tela como en el cielo; he escrito algunos libros en palabras, y otros con acontecimientos; he improvisado música con instrumentos, y también he compuesto sinfonías para la lluvia y el viento, para el silencio... Creo que mis obras han sido bastante buenas, pero sabía que de alguna manera sería siempre un aficionado. Comprenda que mi omnipotencia no me permite el menor margen de error, y mi comprensión de lo real es demasiado completa como para permitirme alguna molestia seria con lo representativo.

—Hm..., ya veo —dijo Carmody (con toda seguridad, ya no le quedaban más de tres minutos)—. ¿Por qué no se convierte en un conquistador?

—No necesito conquistar lo que ya poseo —sentenció Melicronos—. En cuanto a los otros mundos, no siento aún el deseo de ellos. Mis cualidades peculiares están perfectamente adaptadas a este medio que es este único planeta. Ser poseedor de otros mundos significaría verme envuelto en actos innaturales para mí. Además, ¿para qué quiero otros planetas cuando no sé qué hacer con éste?

—Veo que ha pensado profundamente acerca del tema —dijo Carmody, con una mezcla de furor y desesperación.

—Por supuesto que he pensado. Durante algunos millones de años no he pensado en otra cosa. He buscado una finalidad exterior a mí mismo y al mismo tiempo, esencial a la naturaleza de mi ser. He buscado alguna directriz, pero sólo me he encontrado conmigo mismo...

Si su propia situación no hubiera sido tan desesperada como parecía serlo, Carmody podría haber sentido lástima por el Dios Melicronos. Ahora, estaba confundido; sentía que el tiempo se le estaba terminando, y que sus temores se le habían mezclado en forma absurda con una preocupación por este Dios frustrado.

En ese momento, tuvo una inspiración. Se trataba de algo simple y directo que, al mismo tiempo, resolvería el problema de Melicronos y el suyo (la mejor prueba de que una inspiración es buena). Si para Melicronos eso era aceptable, era harina de otro costal. Pero Carmody tenía que intentarlo.

—Melicronos —dijo, audazmente—. He resuelto su problema.

—¿Lo ha conseguido de veras? —preguntó ansioso el Dios—. Quiero decir, ¿ha encontrado realmente, *realmente*, la solución? Me refiero a esto; ¿no me lo dice sólo porque si no lo resuelve a mi satisfacción, usted está destinado a morir en setenta y tres segundos? Dígame, ¿no habrá dejado que eso influya indebidamente sobre usted?

—He permitido la influencia de mi destino inminente —dijo Carmody con majestuosidad—, sólo hasta el punto en que esa influencia fuera necesaria para resolver su problema.

—¡Oh, está bien! Por favor, apresúrese y dígamelo. ¡Estoy tan excitado...!

—Ese es mi deseo —dijo Carmody—. Pero no podrá... Si es que va a matarme en sesenta o setenta segundos, resultará físicamente imposible explicarle todo.

—¿Yo? ¡Santos cielos! Yo no voy a matarle. ¿Realmente me cree tan sanguinario? No; su muerte inminente es un acontecimiento exterior que no tiene ninguna relación conmigo. Entre paréntesis, le quedan doce segundos.

—No es suficiente —afirmó Carmody.

—Pero, ¿cómo que no es suficiente? Este es *mí* mundo, ¿sabe usted? Controlo todo lo que pasa en él, incluso la duración del tiempo. Acabo de alterar el continuo local espacio—tiempo en la marca de los diez segundos. Es una operación bastante sencilla para un Dios, aunque requiere mucho trabajo de limpieza, después. De acuerdo con esto, sus diez segundos equivaldrán aproximadamente a veintitrés años de mi tiempo local. ¿Le parece suficiente?

—Es más que cómodo —dijo Carmody—. Muy gentil, de su parte.

—Oh, no le dé importancia —contestó Melicronos—. Y ahora, por favor, querría oír su solución.

—Muy bien —dijo Carmody, respirando profundamente—. La solución a su problema depende de los términos en que usted considere el mismo. No puede ser de otra manera; todo problema debe contener dentro de sí las semillas de su propia solución.

—¿Tiene que ser así? —preguntó Melicronos. —Sí, es preciso —contestó Carmody con firmeza. —Está bien. Por el momento, acepto esa premisa. Continúe.

—Reflexione usted sobre su situación —dijo Carmody—. Considere tanto su aspecto interno como el externo. Es el Dios de este planeta, pero sólo de este planeta; usted es omnipotente y omnisapiente, pero sólo aquí. Ha obtenido ciertos logros intelectuales sobresalientes y siente la vocación de servir a los otros. Pero en otro lugar que no sea éste, su talento quedaría desperdiciado, mientras que aquí no hay nadie más que usted.

—Sí, de acuerdo. ¡Esa es mi situación, exactamente! —gritó Melicronos—. Pero todavía no me ha dicho qué debo hacer al respecto...

Carmody inhaló profundamente y exhaló con lentitud.

—Lo que usted debe hacer —dijo—, es emplear todos sus talentos, aquí, en su propio planeta, donde ellos tendrán el máximo efecto. Y puesto que es éste su deseo más profundo, empléelos al servicio de otros.

—¿Al servicio de otros? —preguntó Melicronos.

—Es lo indicado —continuó Carmody—. El examen más superficial de su situación así lo señala. Está solo en un universo múltiple, pero para ser capaz de realizaciones exteriores debe haber un exterior. Sin embargo, su misma esencia le prohíbe ir hacia ese exterior. Por lo tanto, el exterior debe venir hacia usted. Cuando venga, ¿cuál será su relación con él? Eso también es muy claro. Puesto que en su propio mundo usted es omnipotente, nadie puede ayudarle o asistirle; pero usted sí que puede ayudar y asistir a otros. Esta es la única relación natural entre usted y el universo exterior.

Melicronos meditó un poco y luego dijo:

—Su argumento tiene fuerza; lo admito libremente. Pero hay ciertas dificultades. Por ejemplo, el mundo exterior raramente pasa por aquí. Usted es la primera visita que tengo desde hace dos revoluciones galácticas y media.

—Es un trabajo que requiere paciencia —admitió Carmody—. Pero usted debe esforzarse por alcanzar esa cualidad que es la paciencia. Y dado que el tiempo es variable, le resultará más fácil. En cuanto al número de visitantes, tenga en cuenta que la cantidad no afecta a la calidad. El valor no está en los meros números. Lo que cuenta es lo siguiente: cada hombre o Dios hace su tarea. Si esa tarea requiere sólo una operación o un millón, no hay ninguna diferencia.

—Pero si no tengo una tarea que cumplir y nadie en quien llevarla a cabo, sigo estando tan mal como antes.

—Debo señalarle, humildemente, que me tiene a mí —dijo Carmody—. He venido hacia usted desde el exterior. Tengo un problema; en realidad, tengo varios. Esos problemas a mí me resultan insolubles. Pero para usted..., no sé, sospecho que pondrán



a prueba sus poderes hasta el máximo, quizá.

Melicronos meditó un largo rato. La nariz de Carmody empezó a picarle, pero aguantó el deseo de rascársela. El y todo el planeta esperaban la decisión de Melicronos.

Por último, el Dios levantó su cabeza negro-azabache y dijo:

—Creo que hay algo de cierto en lo que usted dice.

—Es muy bueno admitirlo —dijo Carmody.

—Pero lo digo de veras, con toda sinceridad —afirmó Melicronos—. Su solución me parece inevitable y elegante al mismo tiempo. Y por extensión, creo que el Destino que rige a los hombres, a Dios y a los planetas, debe haber decidido que sucediera esto: que se creara un creador sin ningún problema a resolver, y que usted, un creado, se convirtiera en creador de un problema que sólo Dios podría resolver. Y que usted haya pasado la vida esperando que yo resolviera su problema, mientras yo esperé aquí, durante media eternidad, para que usted me trajera a resolver su problema.

—¡No me sorprendería en absoluto! —dijo Carmody—. ¿Quiere saber cuál es mi problema?

—Ya lo he deducido —contestó Melicronos—. En realidad, debido a mi intelecto superior y a mi experiencia, sé al respecto mucho más de lo que usted cree. Su problema, *superficialmente*, consiste en cómo llegar a su casa.

—Eso es.

—No, no es eso. Yo no empleo las palabras a la ligera. Superficialmente usted necesita saber Cuál es su planeta, Dónde y Cuándo está; necesita la manera de llegar hasta allá más o menos en la misma condición en que está ahora. Si eso fuera todo, ya sería bastante difícil.

—¿Y hay algo más? —preguntó Carmody.

—¡Cómo!? También está la muerte..., que le persigue.

—¡Oh! —exclamó Carmody sintiendo que se le aflojaban las rodillas.

Melicronos, con mucha gracia, creó para Carmody una poltrona, un cigarro habano y un *cocktail*, también un par de pantuflas forrado con piel de cordero y una bata corta de piel de búfalo.

—¿Está cómodo? —preguntó Melicronos.

—Oh, sí.

—Bien. Y ahora, preste atención. Emplearé sólo una fracción de mi intelecto para explicarle su situación, breve y sucintamente; el resto lo usaré para la considerable tarea de encontrar una situación factible. Pero debe escuchar con atención y tratar de entender todo la primera vez que lo diga, pues nos queda muy poco tiempo.

—Creí que había prolongado los diez segundos hasta casi veinticinco años —dijo Carmody.

—Lo sé; pero aún para mí, el tiempo es una variable muy caprichosa. Ya hemos usado dieciocho de sus veinticinco años, y el resto se está yendo con extrema rapidez. Y ahora, ¡preste atención! De ello depende su vida.

—Está bien —dijo Carmody, inclinado hacia adelante y exhalando el humo del cigarro. Adelante.

—Lo primero que debe comprender —dijo Melicronos—, es la naturaleza implacable de la muerte que le acecha...

Carmody controló un estremecimiento y se dispuso a seguir escuchando.

## Capítulo nueve

—El hecho fundamental del Universo —explicó Melicronos—, es que las especies se devoran mutuamente. No es nada bueno, pero así es la realidad. Comer es una necesidad básica y la adquisición de materia alimenticia es anterior a todo otro fenómeno.

Este concepto incluye la Ley de la Voracidad, que puede explicarse así: toda especie dada, no importa cuán superior o inferior sea, se alimenta de una o más especies y constituye a su vez el alimento de una o más especies.

"Esto establece una situación universal que puede mejorarse o empeorar por una diversidad de circunstancias. Por ejemplo, una especie que reside en su propio hábitat, puede mantenerse por lo general en un estado de Equilibrio y llegar así a durar el período normal de su vida, pese a la voracidad de los rapaces. Este Equilibrio se expresa normalmente con la ecuación Victorioso-vencido, o Vv. Cuando una especie, o el miembro de una especie, se traslada a un hábitat extraño y exótico, los valores Vv sufren necesariamente un cambio. A veces se produce una mejoría temporaria de la situación Devorador-devorado de las especies (Vv i Dd más uno).

"Eso es lo que a usted le ha sucedido, Carmody. Al dejar su hábitat normal, ha dejado también sus devoradores normales. Aquí no encontrará automóviles que le impidan el paso, ni ningún virus que se introduzca en su sistema sanguíneo, ni algún policía que le dispare por equivocación. Usted se encuentra separado de los peligros de la Tierra y es inmune a los peligros de otras especies galácticas.

"Pero desgraciadamente, la mejoría (Vv = Dd más uno) es temporaria. Y la regla estricta del Equilibrio ya ha empezado a hacerse sentir. Usted no puede renunciar a cazar, y tampoco puede rehuir ser cazado. La voracidad es una necesidad en sí misma...

"Al dejar la Tierra, usted se ha convertido en un ser único en su género y por lo tanto, también su devorador es único. Su devorador nació de una materialización y personificación de la ley universal para poder alimentarse sola y exclusivamente de usted. Esa criatura está formada como respuesta y complemento de sus características. Aún sin verle podemos saber que sus mandíbulas están formadas para morder Carmody, sus miembros están articulados para asir y apretar Carmody, y que su estómago tiene la única y exclusiva habilidad de digerir Carmody; además, su personalidad está concebida para aprovecharse de la personalidad carmódica.

"Su situación, Carmody, le ha convertido en un individuo singular; por lo tanto, su devorador es singular. La muerte le persigue con una desesperación igual a la suya, Carmody. Ambos están estrechamente unidos. Si le captura, usted muere; si escapa a las amenazas normales de su propio mundo, su devorador morirá por falta de alimento carmódico. Nada más puedo decirle para ayudarle a evadirla. No puedo predecir las trampas y disfraces que ella adoptará, y tampoco puedo predecir los suyos. Sólo puedo advertirle que las probabilidades están siempre a favor del Cazador, aunque algunas pocas veces las presas hayan podido escapar. Esa es la situación, Carmody —concluyó—. ¿Me ha entendido...?

Carmody se sobresaltó, como alguien que despierta de un sueño profundo.

—Sí —contestó—. No entiendo todo lo que ha dicho, pero sí las partes más importantes.

—Bien —dijo Melicronos—. Porque ya no tenemos más tiempo. Usted debe dejar este planeta de inmediato. Ni siquiera yo, en mi propio planeta, puedo detener la Ley de la Voracidad.

—¿Y podrá ayudarme a volver a la Tierra? —preguntó Carmody.

—Si dispusiera del tiempo suficiente, probablemente podría —contestó Melicronos—. Pero, por supuesto, con tiempo suficiente puedo hacer cualquier cosa. Le aseguro Carmody que es muy difícil. En primer término, es preciso resolver las tres variables DCC, cada una en función de la otra. Yo tendría que determinar con exactitud Dónde está, en el momento actual, su planeta en espacio—tiempo; después, descubrir la secuencia temporal en que usted nació, para determinar Cuándo. Una vez que haya logrado todo esto, con un poco de suerte podría devolverlo a su propia Particularidad (operación sorprendentemente delicada), sin desbaratar todo el trabajo.

—¿Me haría usted ese favor? —preguntó Carmody.

—No, ya no hay tiempo. Pero puedo recomendarle un amigo mío, Maudsley, quien posiblemente sea capaz de ayudarlo.

—¿Un amigo suyo?

—Bien, quizá la palabra 'amigo' sea una exageración; en realidad se trata de un conocido. Aunque aun ese término no define exactamente nuestras relaciones. Verá. Una vez, hace bastante tiempo de esto, casi me fui del planeta en un viaje para recorrer lugares de interés, y si lo hubiera hecho, me habría encontrado con Maudsley. Así y todo, ambos sabemos que, de haber hecho el viaje, nos habríamos conocido, habríamos podido intercambiar ideas y opiniones, tener una o dos discusiones, contarnos algunos chistes, y habríamos terminado apreciándonos algo el uno al otro.

—La considero una relación demasiado tenue para contar con ella —dijo Carmody—. ¿No hay alguien más a quien me pueda recomendar?

—Temo que no —contestó Melicronos—. Maudsley es el único amigo que tengo. ¿Sabe una cosa? Las probabilidades determinan las afinidades tan bien como la realidad. Estoy seguro que Maudsley le atenderá muy bien.

—Bien... —empezó a decir Carmody. Pero entonces notó que algo enorme comenzaba a formarse, oscuro y amenazador, detrás de su hombro izquierdo. Supo que se había agotado su tiempo disponible.

—Me voy —dijo—. ¡Y gracias por todo!

—No es necesario que me agradezca —dijo Melicronos—. Mi deber, en este universo, es ayudar a los extranjeros. ¡Buena suerte, Carmody!

La enorme forma amenazante empezaba a materializarse. Pero antes de terminar, Carmody había desaparecido.

## Capítulo diez

Carmody se encontró en una verde pradera. Debía ser el mediodía pues el brillante sol anaranjado caía perpendicular a su cabeza. A cierta distancia, unas cuantas vacas overas pastaban con calma en la hierba alta. Más allá, Carmody distinguió el borde oscuro de una selva.

Lentamente dio la vuelta para mirar. La pradera se extendía por todos lados a su alrededor, pero la selva terminaba en una densa maleza. Escuchó ladrar a un perro. Hacia el otro lado había montañas; una larga cadena mellada con nieve en las cimas. Una cortina de nubes grises se adhería a la parte superior de las laderas.

Con el rabillo del ojo vio un relámpago rojizo. Se volvió, al parecer era un zorro; después de mirar a Carmody con curiosidad, salió corriendo hacia la selva.

—Es como la Tierra —declaró Carmody. Pero de pronto recordó al Premio, al que había visto por última vez como una culebra verde en hibernación. Se tocó alrededor del cuello, pero ya no estaba allí.

—Estoy aquí —dijo el Premio.

Al volverse, Carmody vio un pequeño caldero de cobre.

—¿Eres tú? —le preguntó, levantándolo.

—Por supuesto que soy yo —contestó el Premio—... que no eres capaz de reconocer a tu premio?

—Bueno..., has cambiado mucho.

—Estoy enterado de eso —afirmó el Premio—. Pero mi esencia, el verdadero 'yo', nunca cambia. ¿Qué sucede?

Carmody, que había echado un vistazo adentro del caldero, casi lo dejó caer; había visto el cuerpo de un animalito consumido a medias, quizás era un gato... —¿Qué tienes allí dentro? —preguntó Carmody.

—Ya que quieres saberlo, es mi almuerzo —dijo el Premio—. Me conformé con un

bocado rápido mientras estábamos en tránsito.

—Oh.

—Nosotros, los Premios, también necesitamos alimento de tanto en tanto —dijo el Premio con sarcasmo—; y debería agregar que también requerimos un poco de descanso, algún ejercicio, contacto sexual, alguna que otra borrachera, y mover el vientre cada día. Desde que me otorgaron a ti, no te has ocupado de ninguna de estas cosas.

—Bueno, yo tampoco las he tenido —contestó Carmody.

—Pero tú, ¿tienes esas necesidades, realmente? —preguntó atónito el Premio—. Sí, supongo que sí. Es extraño, pero me había acostumbrado a pensar en ti como una especie de silueta elemental andante, sin las necesidades de otras criaturas.

—Es exactamente lo mismo que yo pensé de ti —afirmó Carmody.

—Creo que es inevitable —admitió el Premio—. Uno tiende a pensar en un forastero como... algo completamente sólido y sin entrañas. Claro, algunos extranjeros son así.

—Yo me ocuparé de tus necesidades —dijo Carmody, sintiendo un súbito afecto por su Premio—. Pero será después que termine esta maldita emergencia.

—Por supuesto, viejo. Olvídate de mi mal humor. ¿No te molesta que termine de almorzar?

—No, termina tranquilo —contestó Carmody.

Tuvo la curiosidad de ver cómo un caldero metálico podía devorar un animal desollado, pero llegado el momento tuvo demasiado asco para mirar.

—¡Ah, qué bueno estaba! —dijo el Premio—. Te he dejado un poco, si es que quieres probar...

—En este momento no tengo demasiado apetito —dijo Carmody—. ¿Qué era lo que comías?

—Se llama '*orithi*' —contestó el Premio—. Vosotros lo consideraréis una especie de hongo gigante; es delicioso crudo o ligeramente hervido en su propio zumo. La clase blanca con manchas es mejor que la verde.

—Trataré de recordarlo —dijo Carmody—, en caso de que alguna vez los encuentre. ¿Crees que un terráqueo puede comerlos? —Creo que sí —dijo el Premio—. Ah, de paso; si alguna vez tienes la oportunidad, antes de comértelo, pídele que te recite un poema.

—¿Por qué?

—Los *orithi* son buenos poetas.

Carmody tragó saliva. Esos eran los inconvenientes al tratar con las formas exóticas de vida, justamente al pensar que se entendía algo, uno se daba cuenta de que no entendía nada. Y a la inversa, cuando uno creía estar— completamente perplejo lo sacaban de quicio actuando de manera comprensible. Así Carmody llegó a la conclusión de que los extranjeros resultaban ser tan completamente extraños porque en realidad no eran demasiado diferentes. Al principio resultaba divertido, pero después de un tiempo esto terminaba por aburrir...

—¡Herp! —dijo el Premio. —¿Qué?

—Eructé —admitió el Premio—. Discúlpame. De todos modos, creo que debes reconocer que he manejado la situación con bastante destreza.

—¿Qué cosa manejaste?

—La entrevista con Melicronos, por supuesto —contestó el Premio.

—¿Dices que tú te encargaste? ¡Pero, maldición! Si has estado hibernando todo ese tiempo! ¡Salvarnos la situación gracias a mis palabras!

—No tengo deseos de contradecirte —dijo el Premio—, pero temo que estás sujeto a un concepto erróneo. Si entré en hibernación fue con el solo objeto de concentrar todo mi poder en resolver el problema de Melicronos.

—¡Estás loco! ¡Has perdido el juicio! —gritó Carmody. —Me limito a decir la verdad —dijo el Premio—. Ten presente ese largo debate, bien razonado, mediante el cual estableciste el lugar y la función de Melicronos en el orden de los acontecimientos, con

lógica irrefutable.

—¿Y qué hay con eso?

—Y bien. ¿Alguna vez en tu vida has razonado de esa forma? ¿Acaso eres un filósofo o un dialéctico?

—En la Universidad me especialicé en filosofía —dijo Carmody.

—¡Gran cosa! —dijo el Premio con un tono de mofa—. No, Carmody. Reconoce la realidad; tú no tienes los ante— cedentes ni la inteligencia para sostener una discusión como esa. Estabas completamente fuera de carácter.

—No es cierto que haya estado fuera de carácter. Soy muy capaz de desplegar una lógica extraordinaria.

—Extraordinario es la palabra que corresponde —dijo el Premio.

—¡Pero lo hice! ¡Esos pensamientos eran míos!

—Como lo deseas —contestó el Premio—. No había percibido que significaba tanto para ti, y no tuve intención de molestarte. Dime una cosa, ¿alguna vez has sufrido de desmayos pasajeros? ¿Has tenido inexplicables ataques de risa o de llanto?

—No, nunca —dijo Carmody, tratando de dominarse—. Y tú, ¿has tenido alguna vez sueños repetidos de volar, o sensaciones de santidad?

—Por cierto que no —dijo el Premio.

—¿Estás seguro?

—¡Claro que estoy seguro!

—Entonces, no es necesario que sigamos con esta discusión —dijo Carmody, con una absurda sensación de triunfo—. Pero antes, hay algo más que quisiera saber.

—¿De qué se trata? —dijo el Premio, desconfiado.

—¿Cuál era la incapacidad de Melicronos que no debía mencionar? ¿Y cuál era su única limitación?

—Pensé que ambas resultaban obvias, de una penosa manera — dijo el Premio.

—Para mí no.

—Si reflexionas algunas horas te vendrá a la mente de inmediato.

—Al diablo con eso —dijo Carmody—. Dímelo, simplemente.

—Muy bien —dijo el Premio—; la única incapacidad de Melicronos es su cojera. Se trata de un defecto congénito; lo ha tenido desde su temprano origen y persiste en forma análoga a lo largo de todos sus cambios.

—¿Y su única limitación?

—Nunca podrá tener conocimiento de su propia cojera. Como Dios, carece de conocimientos comparativos. Crea las cosas a su propia imagen, lo que en el caso de Melicronos significa que todas sus creaciones son cojas. Y como sus contactos con la realidad exterior son tan escasos, cree que la cojera es la norma, y que criaturas que no tienen esa característica son extrañamente defectuosas. Una de las pocas deficiencias de la Divinidad, debes saberlo, es la falta de conocimientos comparativos. Por lo tanto la definición fundamental de un Dios es en función de su autosuficiencia, que es siempre interior, no importa su esfera de alcance. A propósito: en caso de que alguna vez deseas intentar el proyecto, el primer paso para convertirse en Dios es poseer un perfecto control de lo que es controlable y un perfecto conocimiento de lo cognoscible.

—¿Yo, tratar de ser Dios?

—¿Y por qué no? —le preguntó el Premio—. A pesar del título altisonante, es una ocupación como cualquier otra. Te concedo que no es fácil; pero no es más difícil que convertirse en un poeta de primera clase, o en ingeniero.

—Creo que has perdido el juicio —dijo Carmody, sintiendo el rápido escalofrío de horror religioso que atormenta a los ateos.

—De ninguna manera. Simplemente estoy mejor informado que tú. Pero ahora será mejor que te prepares.

Carmody dio una rápida mirada alrededor y vio tres pequeñas siluetas que caminaban

lentamente por la pradera. Otras diez las seguían a una respetuosa distancia.

—El del medio es Maudsley —dijo el Premio—. Siempre está muy ocupado, pero puede ser que tenga tiempo para hablar algunos minutos contigo.

—¿Tiene algunas limitaciones o defectos? —preguntó Carmody sarcásticamente.

—Si las tiene, no son de importancia —dijo el Premio—. Al tratar con Maudsley es preciso hacerlo en términos muy diferentes, ya que los problemas a encarar lo son también.

—Tiene apariencia humana —dijo Carmody mientras el grupo se acercaba.

—Tiene la forma —admitió el Premio—. Pero, naturalmente, la forma humanoide es muy común en esta parte de la galaxia.

—¿De qué manera debo tratarle? —preguntó Carmody.

—En realidad, no podría decirte —admitió el Premio—. Maudsley me resulta demasiado extranjero para poder entenderle o predecir lo que va a hacer. Pero puedo darte un buen consejo: esmérate en captar su atención y trata de impresionarlo con tu humanidad.

—Bueno, por supuesto —dijo Carmody. —Oh..., no creas que es tan simple como lo parece. Maudsley es extremadamente ocupado, con demasiadas cosas en la mente. ¿Sabes?, es una eminencia en la ingeniería, completamente consagrado a su profesión. Pero tiene la tendencia a ser distraído, sobre todo si está ensayando algún nuevo proceso.

—Bueno, eso no parece tan serio...

—No lo es, para Maudsley. Podría considerársele una flaqueza divertida si no fuera porque distraídamente tiende a considerarlo todo como materia prima para sus procesos. Hace un tiempo, un conocido mío, Dewer Harding, vino a invitarle a una fiesta. El pobre no consiguió que le prestara atención.

—¿Y qué sucedió?

—Maudsley lo incluyó en el proceso de uno de sus proyectos, sin ninguna mala intención, por supuesto. Pero con todo, el pobre Dewer está convertido en tres pistones y un eje de levas en un motor de acción recíproca. Los días de semana puede vérselo en el Museo Maudsley de Aplicaciones Históricas de la Energía.

—Eso es realmente espeluznante —dijo Carmody—. ¿Nadie puede hacer algo por tu amigo?

—Nadie se atreve a llamar la atención de Maudsley hacia su error —dijo el Premio—; detesta tener que admitirlos, y puede ser muy desagradable si se siente acosado.

El Premio debió percibir la expresión en el rostro de Carmody, porque se apresuró en agregar:

—Pero no te alarmes por eso... Maudsley no es maligno; en realidad es un individuo de buen corazón. Le gusta el elogio, como a todos nosotros, pero detesta la adulación. Límitate a hablar y hazte conocer, demuestra admiración, pero evita la lisonja, no aceptes lo que no te gusta, pero no seas testarudo en tus críticas; en resumen, actúa con moderación excepto cuando se requiera de una actitud más firme.

Carmody quiso decirle que ese consejo era peor que no recibir consejo alguno; en realidad era peor, ya que sólo conseguía ponerle nervioso. Pero ya no había tiempo. Llegó Maudsley, un hombre alto, de pelo blanco, con pantalones de *jeans* y una chaqueta de cuero, en medio de dos hombres con traje de calle con los que hablaba vehementemente.

—Buenos días, señor —dijo Carmody con firmeza. Dio un paso adelante, pero rápidamente tuvo que salir del camino para evitar que el abstraído trío lo topara de frente.

—Hemos empezado mal —susurró el Premio.

—Oh, hazme el favor de callar... —respondió Carmody. Y salió corriendo detrás del grupo con cierta expresión adusta.

## Capítulo once

—...así es que va la cosa, ¿eh Orin? —dijo Maudsley.

—Sí señor, eso es —dijo el que estaba a su izquierda, sonriendo orgulloso—. ¿Qué le parece, señor?

Maudsley giró lentamente e inspeccionó la pradera, las montañas, el sol, el río y la selva. Su rostro parecía no tener expresión.

—¿Qué piensas tú de esto, Brookside? —preguntó.

Brookside contestó con voz temblorosa:

—Bien, señor. Creo que Orín y yo hemos hecho un trabajo esmerado. Si usted tiene en cuenta que ha sido nuestro primer proyecto independiente, es un trabajo verdaderamente concienzudo.

—¿Y tú, Orin? ¿Estás conforme con ese juicio? —preguntó Maudsley.

—Con toda seguridad, señor —replicó Orin.

Maudsley se inclinó y arrancó una hoja de hierba; después de olisquearla, la arrojó lejos. Restregó la tierra con los pies y durante varios minutos miró directamente hacia el sol ardiente. Habló con voz mesurada.

—Estoy atónito, realmente atónito; es la sorpresa más desagradable que pude haber recibido. Les pedí que construyeran un mundo para uno de mis clientes, y me salen con esto. ¿Y todavía podéis consideraros ingenieros?

Los dos asistentes no respondieron. Se pusieron rígidos como niños en espera de ser castigados con la varilla.

—¡Ingenieros! —dijo Maudsley con un desdén que pesaba cincuenta kilos—. Científicos creativos y prácticos que pueden construir un planeta dónde y cuándo quieren. ¿Alguno de vosotros puede reconocer esas palabras? —Son del folleto —dijo Orín.

—Correcto —manifestó Maudsley—. Y ahora me diréis si a esto puede considerársele un buen ejemplo de 'ingeniería creativa y práctica'...

Los dos ingenieros permanecieron silenciosos, pero al fin Brookside estalló:

—Y bien, señor. ¡Yo sí lo creo! Hemos examinado las especificaciones de la obra con mucho cuidado. Se requería un planeta del Tipo 34BC4 con ciertas variantes. Y eso fue exactamente lo que hemos construido. Por supuesto, aquí estamos sólo en un rincón de la totalidad, pero no obstante...

—No obstante puedo ver lo que habéis hecho, y de acuerdo con eso me formo un juicio —dijo Maudsley—. Dime Orin, ¿qué tipo de unidad calefactora has empleado?

—Un sol tipo 05, señor —contestó Orín—. Cumple perfectamente con los requisitos térmicos.

—Oh, no cabe duda... Pero si recordáis, este era un mundo de bajo presupuesto. Si no podemos mantener los costes bajos, no habrá utilidades. Y el componente de mayor coste es la unidad calefactora.

—Lo sabemos, señor —dijo Brookside—. No nos gustó la idea de usar un sol del tipo OS para un sistema de un solo planeta. Pero los requerimientos de calor y radiación...

—¿No han aprendido nada de mí? —gritó Maudsley—. Este tipo de estrella es completamente superfluo. ¡Eh, muchachos! —hizo un movimiento dirigido a los trabajadores—. ¡Abajo con esa estrella!

Los obreros se apresuraron a traer la escalera plegadiza. Mientras uno sujetaba, otro la desdoblaba; diez veces, cien, millones de veces. Otros dos obreros subieron corriendo por la escalera, que entre tanto se elevaba.

—Tratadla con cuidado —les gritó Maudsley—, y no olvidéis usar guantes. ¡Eso debe estar muy caliente!

Los obreros que llegaron al tope de la escalera desprendieron la estrella y la plegaron, para colocarla en una caja forrada y con la marca: ESTRELLA: MANEJAR CON

## CUIDADO.

Al cerrar la caja se hizo una oscuridad absoluta. —Pero, ¿es que nadie tiene aquí sentido común? —preguntó Maudsley—. ¡Maldito sea! ¡Que se haga la luz! Y de inmediato se produjo la luz. —Conforme —dijo Maudsley—; ese sol tipo 05 vuelve al depósito. Para un trabajo como éste, es suficiente una estrella tipo G13.

—¡Pero señor! —dijo Orín, nervioso—. Esa no dará suficiente calor...

—Ya lo sé —dijo Maudsley—. En eso debes emplear tu creatividad. Si pones la estrella más cerca, dará suficiente calor.

—Sí señor, es cierto —dijo Brookside—; pero emitirá rayos PR y no hay espacio suficiente para que se desintegren sin ocasionar algún daño, de lo contrario se podría causar la muerte de toda la raza que va a habitar este planeta.

Maudsley habló muy lenta y claramente.

—¿Está tratando de decirme que las estrellas tipo G13 son peligrosas?

—Bueno, no quise decirlo exactamente de esa manera —dijo Orín—. Quise decir que *pueden* ser peligrosas si no se toman las debidas precauciones, como cualquier otra cosa en el universo.

—En este caso, las precauciones adecuadas consisten en usar trajes protectores de plomo que pesan unos veintidós kilos cada uno, lo que resulta impracticable, ya que el ejemplar medio de esta raza sólo pesa unos tres kilos y medio.

—Eso les concierne a ellos —manifestó Maudsley—; nuestro trabajo no consiste en decirles cómo deben vivir. ¿O acaso seré responsable cada vez que se lastimen un dedo contra las rocas que he puesto en el planeta? Además, no es forzoso que usen trajes de plomo. Pueden comprar algunos de mis accesorios opcionales, como la pantalla solar para filtrar los rayos PR.

Ambos ingenieros sonrieron nerviosos, pero Orin contestó tímidamente:

—Señor, creo que se trata de una especie casi menesterosa, no podrán permitirse el lujo de usar una pantalla solar.

—Bueno, si no la pueden comprar ahora, quizá más adelante —dijo Maudsley—; de todas maneras las radiaciones PR no son instantáneamente fatales. Aun con ellas podrán tener un promedio de vida de unos 9,3 años, que me parece suficiente para cualquiera.

—Sí señor —dijeron ambos ingenieros, no muy felices. —Y ahora —dijo Maudsley—, ¿qué altura tienen esas montañas?

—Un promedio de dieciocho mil metros por sobre el nivel del mar —contestó Brookside.

—Se exceden por lo menos en nueve mil metros —manifestó Maudsley—. ¿O acaso creéis que las montañas se encuentran en la calle? Que las recorten y que pongan lo que sobra en el depósito.

Brookside tomó un anotador y registró los cambios, en tanto Maudsley continuaba caminando alrededor, mirando con el ceño fruncido.

—¿Cuánto tiempo se calcula que durarán esos árboles? —Unos ochocientos años, señor. Son ejemplares del nuevo modelo perfeccionado Manzanocedro. Dan frutos, sombra, nueces, bebidas refrescantes, tres clases útiles de telas, constituyen un excelente material para la construcción, retienen el suelo en su lugar y...

—Pero así iremos a la ruina...! —rugió Maudsley—. Para un árbol, doscientos años es un período demasiado largo. Extraedle la mayor parte del *élan vital* que sea posible, y hacedla almacenar en el acumulador de fuerza-vital.

—Entonces no serán capaces de realizar todas las funciones ideadas —dijo Orin.

—¡Habrà que reducir las funciones, pues! Es suficiente que den sombra y nueces; ¿para qué hemos de convertir a esos árboles en algún maldito arcón de tesoros...? Veamos, ¿quién puso esas vacas allí?

—Fui yo, señor —admitió Brookside—. Creí que harían el lugar ...bien, más acogedor...

—Qué bobalicón —dijo Maudsley—. El momento de hacer que un lugar parezca más



acogedor es antes de la venta, no después. Esto se vendió sin amueblar. Que pongan esas vacas en la cuba de protoplasma.

—Sí señor —dijo Orín—. Lo siento, ¿hay algo más?

—Puedo pensar en diez mil cosas que estén mal —contestó Maudsley—; pero confío en que seréis capaces de notarlas. Por ejemplo, ¿qué es esto? —dijo, señalando a Carmody—. ¿Una estatua o algo similar? ¿Lo habéis puesto aquí para que cante una canción o recite algún poema cuando llegue la nueva raza?

—No formo parte de esto, señor —dijo Carmody—. Me envía un amigo suyo, llamado Melicronos; estoy tratando de regresar a casa..., a mi planeta —pero era evidente que Maudsley no le escuchaba, pues seguía gritando y gesticulando como si tal cosa:

—Sea lo que sea, no figura en las especificaciones de la obra. De manera que pueden meterlo también en la cuba de protoplasma.

—¡Epa! —gritó Carmody al tiempo que los trabajadores lo levantaban en brazos—. ¡Eh! ¡Por favor, un momento! No pertenezco a este planeta —gritó—. ¡Me envía Melicronos! ¡Esperen, paren un momento y escúchenme!

—Deberíais sentirlos avergonzados —prosiguió Maudsley con sus ingenieros, indiferente a los chillidos de Carmody—. ¿Qué significa eso? ¿Tal vez un detalle de decoración interior, Orin?

—¡Oh, no! — *dijo* Orín—. Yo no lo puse allí.

—Entonces fuiste tú, Brookside...

—Jamás lo había visto, jefe.

—¡Aja! Siempre han sido unos tontos, pero mentirosos, nunca —dijo Maudsley, y agregó a los gritos, dirigiéndose a los obreros—: ¡Eha! Dejadle que vuelva...

Durante un buen rato Carmody estuvo sin poder hacer más que temblar espasmódicamente.

—Está bien, está bien —le decía Maudsley—. Domine sus nervios, no puedo quedar esperando aquí hasta que se le pase el ataque de histeria. ¿Está mejor ahora? Muy bien. ¿Tendría a bien explicarme qué hace entrometiéndose en mi propiedad, y por qué no llegué a convertirle en protoplasma?

## Capítulo doce

—Ya veo —dijo Maudsley después que Carmody terminó su explicación—. Es una historia interesante, aunque estoy seguro que la ha dramatizado algo... Pero de cualquier forma, está aquí; en busca de un planeta llamado...¿Tierra?

—Correcto, señor; así es —contestó Carmody.

—Tierra —repitió Maudsley, profundamente abstraído mientras se rascaba la cabeza—. Tiene usted mucha suerte, creo recordar ese lugar.

—¿De veras, señor Maudsley?

—Sí, estoy bastante seguro —dijo Maudsley—. Se trata de un pequeño planeta verde que mantiene una raza mono—mórfica como usted, ¿estoy en lo cierto?

—Absolutamente exacto —dijo Carmody.

—Tengo muy buena memoria para estas cosas —dijo Maudsley—. Y da la casualidad que, en este caso particular, yo construí la Tierra.

—¿Realmente la hizo usted? —preguntó Carmody.

—Sí... Lo recuerdo claramente porque durante su construcción también inventé la ciencia. Tal vez la historia le resulte interesante —se volvió hacia sus ayudantes—. Y para vosotros también será un poco instructivo...

Nadie iba a negar a Maudsley el derecho a contar una historia. De modo que Carmody y los ingenieros ayudantes adoptaron una actitud atenta. Maudsley comenzó:

## La Historia de la Creación de la Tierra

—Por aquel entonces yo era todavía un contratista novato. Había puesto algún planeta aquí y allá, y llegué a hacer alguna que otra estrella enana. Pero era muy difícil encontrar trabajo y los clientes, sin excepciones, eran caprichosos; encontraban defectos en todo y tardaban mucho en pagar. En aquellos tiempos era muy difícil contentar a un cliente; solían discutir cada pequeño detalle: *Cambie esto, cambie aquello, porque el agua debe correr hacia abajo en ja colina, la gravedad es mucha y el aire caliente se eleva muy pronto en vez de descender.* Y así todo...

"En esa época yo era muy ingenuo todavía. Trataba de explicar las razones prácticas y estéticas de todo lo que hacía. Cuando me detuve a recapacitar, me encontré con que las preguntas y sus correspondientes explicaciones requerían más tiempo que los trabajos. Desde todo punto de vista era demasiado hablar y hablar. Y así supe que había llegado el momento de hacer algo al respecto, pero no se me ocurría nada. Entonces, antes del proyecto Tierra, me dediqué a elaborar en mi mente un enfoque por completo diferente en cuanto a la relación con los clientes. Empecé a murmurar para mí: "La forma sigue a la función". Me gustaba como sonaba eso. Pero después solía preguntarme Por *Qué* la forma debe seguir a la función. La razón que me di fue la siguiente: "La forma sigue a la función porque es una ley inmutable de la naturaleza y uno de los axiomas fundamentales de la ciencia aplicada." Y también me gustó como sonaba esta frase, aunque no tenía mucho sentido.

"Pero en ese caso el sentido no importaba. Lo importante era acabar de hacer un nuevo descubrimiento: sin saberlo, había tropezado con el arte de la publicidad y la facilidad para vender, e inventé una artimaña de grandes posibilidades: la doctrina del determinismo científico.

"Por eso siempre recordaré a la Tierra; fue mi primer caso de prueba.

"Me fue a ver un anciano alto y barbudo, con ojos penetrantes, y me pidió un planeta (así empezó su planeta, Carmody). Bien, hice el trabajo muy rápido, creo que en seis días; y pensé que allí terminaba todo. Era uno de esos tantos planetas de bajo presupuesto, y yo había escatimado en ciertos detalles. Pero al escuchar las quejas del cliente, cualquiera habría pensado que le saqué un ojo de la cara.

—¿Por qué hay tantos tornados? —preguntó.

—Es parte del sistema de circulación atmosférica —le respondí. (En realidad, yo había trabajado un poco de prisa y había olvidado colocar una válvula de sobrecarga para la circulación de aire).

—¡Tres cuartas partes del planeta están cubiertas de agua! —protestó—. ¡Y especifiqué claramente que deseaba una proporción de cuatro partes de tierra por una de agua!

—Bueno, fue imposible hacerlo de esa manera —le dije. (Había perdido sus ridículas especificaciones; me cuesta seguir la pista de esos absurdos proyectitos de un planeta solo).

—Y para peor, la poca tierra que me dio la llenó con desiertos y pantanos y junglas y montañas...

—Le da un paisaje —señalé.

—¡Qué me importan los paisajes! —tronó el individuo—. Está bien un océano, una docena de lagos, dos o tres ríos, una o dos cadenas de montañas; eso habría sido aceptable. Adorna un poco el lugar y da una linda sensación a los habitantes. ¡Pero usted me ha entregado *shlock!*

—Hay una razón para todo eso —repuse. (En cuanto a eso, el trabajo no iba a dejar ganancia a menos que usara montañas reconstruidas, muchos océanos y ríos para rellenar la superficie, y un par de desiertos que compré muy baratos a Ourie, el vendedor de chatarra de planetas. Pero no podía decirle eso a él).

—¡Exijo una razón! —gritó—. ¿Qué voy a decirle a mi pueblo? Sobre ese planeta pondré una raza entera, quizá dos o tres. Serán humanos, hechos a mi propia imagen, y los humanos se destacan por ser pendencieros, igual que yo. ¿Qué supondremos que les diré?

"Bueno, yo sabía qué podía decirles, pero no quise ofenderle, de manera que fingí meditar sobre el asunto. Aunque parezca sorprendente, *pensé* y se me ocurrió una treta que supera a todas.

—Dícales la verdad científica, Usa y llanamente —contesté—. Explíqueles que, científicamente hablando, todo *lo que es*, debe ser.

—¿Ehhh!?? —murmuró.

—Es el determinismo —*dije*, inventando impulsivamente la palabra—. Es bastante simple, aunque quizás un tanto esotérico. Para empezar, la forma sigue a la función; por lo tanto, su planeta es exactamente como debe ser por el simple hecho de *ser*. Segundo, la ciencia es invariable; por lo tanto, si algo no es invariable, no es ciencia. Y por último, todo sigue determinadas reglas. No siempre es posible resolver cuáles son esas reglas, pero puede estar seguro de que existen. De manera que hay una razón para que nadie deba preguntar *¿por qué esto en lugar de esto otro?* En vez de eso, cada uno debería preguntar, *¿cómo funciona?*

"Bueno, a pesar de mi explicación, siguió haciéndome algunas preguntas bastante difíciles, y puedo asegurarles que era un anciano muy inteligente. Pero no sabía un rábano sobre la ingeniería: su especialidad era la ética, la moral y la religión, y otros temas fantásticos como esos. De ahí que, naturalmente, no pudiera expresar ninguna verdadera objeción. Era uno de esos tipos a los que les encantan las abstracciones, y empezó a repetir:

—"*Aquello que es, es porque debe ser*". ¡Hmmm! Es una fórmula que resulta intrigante y no carece de cierta pátina de estoicismo. Creo que voy a incorporar algunos de estos conocimientos en las lecciones que doy a mi pueblo... Pero dígame esto: ¿Cómo puedo armonizar la fatalidad indeterminada de la ciencia con el libre albedrío que pienso otorgar a mi gente?

"¡Para qué voy a contarles! El viejo casi me atrapa con eso. Sonreí y tosí un poco para darme tiempo a pensar; y luego le dije:

—¡La respuesta es obvia! (...que es una buena respuesta hasta donde se pueda esperar).

—No tengo duda que lo es —dijo—. Pero no la percibo.

—Vea —le dije—. Ese libre albedrío que piensa darle a su pueblo, ¿no es también una especie de fatalidad?

—Podría considerársele de esa manera. Pero la diferencia...

—Además —me apresuré a decir—, ¿desde cuándo el libre albedrío y la fatalidad son incompatibles?

—Sin duda, parecen incompatibles —dijo.

—Eso se debe a que usted no entiende la ciencia —le respondí, cambiando los términos bajo su curva nariz—. ¿Sabe usted una cosa, querido señor? Una de las leyes científicas básicas es que la casualidad juega un papel en todo. Estoy seguro que usted sabe esto: la casualidad es el equivalente matemático del libre albedrío.

—Pero... lo que usted dice es muy contradictorio —afirmó él.

—Así es la cosa —insistí—. La contradicción es una de las normas fundamentales del Universo. Las contradicciones dan origen a la lucha, sin la cual todo llegaría a un estado de entropía. De manera que si las cosas no existieran en un aparente estado de contradicción irreconciliable, no habría planetas ni universo.

—¿Aparente? —dijo, rápido como la luz.

—Derecho como una flecha —respondí—. Contradicción, que podemos definir provisoriamente como la existencia de opuestos igualados por la realidad, no es la última

palabra en el tema. Por ejemplo, propongamos una sola tendencia aislada; ¿qué sucede cuando se empuja una tendencia hasta el límite?

—No tengo la menor idea —dijo el viejo—. En esta clase de discusión, la falta de normas...

—Lo que sucede —continuó—, es que esa tendencia se convierte en su opuesta.

—¿Sucede así, en realidad? —preguntó, evidentemente conmovido; estos tipos religiosos son algo serio cuando tratan de habérselas con la ciencia.

—Es la pura verdad —le aseguré—. Tengo pruebas de sobra en mi laboratorio, aunque las demostraciones resultan un poco aburridas...

—No, por favor. Creo en su palabra —dijo el anciano—. Después de todo, hemos hecho un pacto.

"Era la palabra que siempre usaba en lugar de 'contrato'. Significaba lo mismo, pero era más bonita.

—Opuestos igualados —meditó—. Determinismo. Cosas que se transforman en lo opuesto. Temo que todo esto esté resultando demasiado intrincado.

—Y también estético —agregué—. Pero todavía no he terminado en cuanto a la transformación de los extremos.

—Continúe, por favor —dijo.

—Gracias. Bueno, tenemos que considerar la entropía entonces, lo que significa que las cosas persisten en sus movimientos, a menos que haya influencias externas (según mi experiencia, a veces el movimiento persiste a pesar de tales influencias externas). En ese caso, tenemos la entropía que impulsa una cosa hacia su opuesto. Si una sola cosa es dirigida hacia su opuesto, entonces todas las cosas se dirigen hacia sus opuestos, porque la ciencia es consistente, ¿se da una idea ahora? Llegamos a tener todas estas cosas transformándose frenéticamente a ellas mismas hasta transformarse en sus opuestos. Ya en un nivel más elevado de organización, encontramos grupos de opuestos actuando de la misma forma. Y más alto, y más alto. ¿Vamos bien hasta aquí?

—Imagino que sí —dijo él.

—Bien. Y ahora, naturalmente, surge una pregunta: ¿Y esto es todo? Quiero decir, ¿todo el juego se reduce a cosas que se vuelven opuestas a ellas mismas de adentro hacia fuera y de afuera hacia dentro? Y lo hermoso de todo esto, señor, es que no es así en realidad; estos opuestos de aquí para allá, como focas entrenadas, constituye sólo un aspecto de lo que sucede. Porque... —aquí hice una pausa y hablé con la voz muy profunda—, porque hay una sabiduría que va más allá del fragor y el desorden del mundo de los fenómenos. Esta sabiduría, señor, ve a través de la cualidad ilusoria de las cosas reales, y más allá de eso, es capaz de ver las funciones profundas del universo, que se encuentran en un estado de grandiosa y magnífica armonía.

—¿Cómo es posible que algo sea ilusorio y real a la vez? —me preguntó, con la rapidez de un latigazo.

—No está a mi alcance dar respuesta a eso —le dije—. Piense que soy un mero y humilde trabajador científico; veo lo que veo y actúo de acuerdo a eso. Pero quizá detrás de todo esto exista una razón ética.

"Por un buen rato, el viejo muchacho se abstraigo profundamente y pude apreciar que estaba librando una tremenda lucha consigo mismo. Por supuesto, era capaz de detectar una falacia lógica tan rápido como el que más, y mis razones habían estado plagadas de ellas. Pero como a todo intelectual, le fascinaban las contradicciones y sintió una poderosa urgencia de incorporarlas a su sistema. Además, tenía bastante sentido común como para saber que, de todas las proposiciones que yo le había formulado, todas no podían ser *tan* engañosas; al mismo tiempo su intelecto le decía que, si en realidad las cosas parecían tan complicadas, quizá por debajo de todo ello había un sutil y simple principio unificador, o al menos, una moral bien sólida... Y por último, le había hecho tragar otra vez el anzuelo sólo por emplear la palabra 'ética'. Porque el anciano caballero

tenía una verdadera manía por la ética, estaba sobresaturado de ella; podría llamársele Señor Ética, no tenga la menor duda. Y así, en forma accidental, le di la idea de que todo el maldito universo se trataba sólo de una serie de homilías y contradicciones, de leyes e injusticias; todo lo cual conducía a la más extravagante y rara especie de orden ético.

—Aquí hay algo mucho más profundo de lo que había pensado —dijo después de un momento—. Había planeado educar a mi pueblo solamente en la ética, y dirigir su atención a cuestiones imperativas de moral; por ejemplo, en cuanto a cómo y porqué debe vivir el hombre, en vez de qué constituye la materia viva. Deseaba que fueran exploradores, para que sondearan las profundidades de la alegría, el miedo, la piedad, la esperanza, la desesperación..., en lugar de científicos que estudian las estrellas y las gotas de agua para formular hipótesis grandiosas y poco prácticas en base a sus descubrimientos. Tenía plena conciencia del universo, pero lo consideraba algo superfluo. Usted me ha sacado de mi error.

—Bueno, vea —dije—; no tenía intención de causarle problemas. Pensé que debía hacerle notar estas cosas...

El anciano sonrió.

—Al causarme problemas —dijo—, me ha evitado problemas mayores. Puedo crear según mi propia imagen, pero no haré un mundo habitado por versiones de mí mismo en miniatura. El libre albedrío es muy importante para mí, y para bien o para mal, para alegría o dolor, mis criaturas lo tendrán. Sé que tomarán este juguete inútil y resplandeciente que vosotros llamáis ciencia, y lo elevarán hasta una no proclamada Divinidad. Quedarán fascinados con las contradicciones físicas y las abstracciones solares; se dedicarán al conocimiento de las cosas y olvidarán el conocimiento de sus propios corazones. Usted me ha convencido de ello y le quedo agradecido por prevenirme.

Para ser franco, a partir de entonces comencé a ponerme un poco nervioso. Quiero decir: era un *Don Nadie*; pero aunque no conocía a nadie importante, su rango era evidente. Tuve la impresión de que, si él lo deseaba, podía crearme un pandemio de dificultades tan solo con algunas pocas palabras o una frase que, como una flecha envenenada, se alojaría en mi mente para no salir jamás. Y para ser sincero, eso me asustó un poco.

"Bueno señores, el viejo bromista debió haber leído mis pensamientos, porque dijo:

—No tenga ningún temor. Acepto sin reservas el mundo que ha construido para mí, *exactamente como es*; servirá muy bien así. Acepto también las fallas y defectos que le ha introducido, no sin cierta gratitud. También, se las pagaré.

—¿Cómo? —pero, ¿cómo es que se pagan los defectos?

—Aceptándolos sin disputar —dijo—. Y alejándome de usted ahora, para seguir con mi tarea y la tarea de todo mi pueblo.

"Y el anciano caballero se fue sin agregar palabra.

"Bueno, quedé muy pensativo. Yo había dado todos los buenos argumentos, pero de alguna manera el viejo se fue con la última palabra. Supe lo que había querido decir: él había cumplido su contrato conmigo y con eso, todo quedaba terminado. Me dejó sin ninguna palabra personal hacia mí, lo que desde su punto de vista era una especie de castigo.

"Pero esa era la forma en que él veía todo esto. ¿Para qué quería yo sus palabras? Sólo quería oírlas, se entiende, es natural. Y por esa razón, durante algún tiempo le busqué. Pero él no tenía interés en verme...

"En realidad, no importa. Hice una buena ganancia con ese mundo, y si bien es cierto que aquí y allá ha quedado algo torcido, el asunto es que no se ha roto. Así son las cosas; uno está obligado a obtener un provecho, y no conviene complicarse demasiado por las consecuencias.

"Con todo esto me proponía alcanzar un objetivo, y quiero que me escuchen

atentamente, muchachos. La ciencia está llena de reglas porque así la inventé. Pero, ¿porqué de esta manera? Porque las reglas constituyen una gran ayuda para un empresario alerta, así como las leyes son un recurso importante para los abogados. La finalidad de las reglas, doctrinas, axiomas, leyes y principios de la ciencia es ayudarnos, no coartarnos. Existen para proporcionar las razones de lo que uno hace. La mayoría de ellas son más o menos verdaderas, y eso ayuda.

“Pero recuerden siempre algo muy importante: estas reglas deben ayudarles a explicar al cliente lo que han hecho y no lo que piensan hacer. Cuando les encarguen un proyecto, háganlo exactamente como crean conveniente hacerlo; después, arreglen los hechos alrededor de sus explicaciones, y nunca a la inversa.

“Tengan presente que estas reglas existen como una barrera contra la gente que hace preguntas. Pero no deben ser barreras para ustedes. Si algo han aprendido de mí, es que nuestro trabajo, inevitablemente, no tiene explicación. Nos limitamos a hacerlo: algunas veces sale bien, otras no.

“Pero nunca traten de explicarse porqué suceden algunas cosas en lugar de otras. No pregunten ni imaginen que existe alguna explicación, ¿entienden?

Ambos asistentes asintieron con vehemencia. Parecían de pronto hombres iluminados, como si hubieran encontrado una nueva religión. Carmody habría apostado cualquier cosa a que ambos jóvenes ansiosos habían memorizado cada una de las palabras del constructor, y que de ahí en adelante las convertirían... en una regla.

## Capítulo trece

Después de terminar su historia, Maudsley permaneció silencioso largo tiempo. Parecía hosco y distraído, lleno de pensamientos desgraciados. Pero al rato se animó y dijo:

—Carmody, una persona en mi posición se encuentra siempre asediada por requerimientos de diversas obras de caridad. Cada año contribuyo generosamente al Fondo de Oxígeno para Formas Orgánicas Indigentes, para el Hogar de Refugiados Cósmicos, y también coopero con la Fundación de Re—Desarrollo Interestelar, y con el Programa de Salvación del Inmaduro. Todo esto me parece suficiente, además, me lo deducen de los impuestos.

—Esta bien —dijo Carmody con un repentino destello de orgullo—. De todos modos, no quiero su caridad.

—No me interrumpa, por favor —dijo Maudsley—. Lo que quise decir es que mis obras de caridad son suficientes para colmar mi instinto humanitario. No me gusta ocuparme de casos individuales porque las cosas se tornan muy personales y desordenadas. —Comprendo perfectamente —dijo Carmody—. Creo que lo mejor será que me vaya ahora. Pero es que no tengo la menor idea de adonde ir ni cómo llegar...

—Le he pedido que no me interrumpa —dijo Maudsley—. Como le he dicho, no me gusta hacerme cargo de casos personales. Pero esta vez haré una excepción y le ayudaré a regresar a su planeta.

—¿Por qué? —preguntó Carmody.

—Un antojo —contestó Maudsley—; una leve fantasía, quizá con un toque de altruismo. También...

—¿Sí?

—Bueno, si alguna vez llega a su casa, lo que es dudoso aún con mi ayuda, le agradeceré que entregue un mensaje.

—¡Desde luego! —dijo Carmody—. ¿Para quién es?

—¿Cómo? ¿No es obvio? Para el anciano barbudo a quien le construí el planeta. Imagino que todavía es el que manda...

—No lo sé —dijo Carmody—. Ha habido muchas discusiones sobre ese punto. Alguna

gente afirma que está allí, como siempre ha estado. Otros dicen que está muerto, aunque pienso que se expresan metafóricamente. Y además, hay quienes sostienen que ni siquiera ha existido.

—Todavía está allí —dijo Maudsley, convencido—. No se podría matar a un individuo como él ni con una palanca de acero. Es un personaje irritable, con altos principios morales, y espera que la gente viva de acuerdo a ellos. Puede ser malvado y desaparecer por un tiempo, si no le gusta cómo van las cosas. Pero es muy sutil; sabe que la gente no quiere demasiado de la misma cosa, ya sea carne asada, mujeres bonitas, o Dios. De manera que estaría muy en su carácter si desapareciera del menú, por decirlo de alguna manera, hasta que vuelva a haber alguna apetencia por él.

—Parece saber mucho con respecto a su viejo cliente... —dijo Carmody.

—Bueno, he tenido mucho tiempo para pensar en él.

—Y creo un deber señalarle que el modo en que usted lo ve —agregó Carmody —, no está de acuerdo con ninguna opinión teológica que yo conozca. La idea de que Dios puede ser irritable y malhumorado...

—Pero tiene que ser así —afirmó Maudsley—. ¡Y además, muchas otras cosas! Debe ser de una excesiva emotividad. Después de todo, usted es así e imagino que sus prójimos, sus semejantes, sus congéneres o como prefiera llamarles..., quiero decir, los seres humanos, también lo son.

Carmody asintió.

—Y bien, ¡ahí está! Afirmó simplemente que estaba dispuesto a crear según su propia imagen y es evidente que así lo ha hecho —continuó Maudsley—. En el momento en que usted llegó, encontré cierto parecido familiar; hay un poco de Dios en usted, Carmody. Pero no permita que eso se le suba a la cabeza.

—Nunca he tenido contacto con él —dijo Carmody—, y no sabría cómo darle un mensaje.

—¡Es tan sencillo! —exclamó Maudsley con un aire de desesperación—. Cuando llegue a su casa, límitese a hablar en voz alta y clara.

—¿En qué se basa para creer que me escuchará? —preguntó Carmody.

—No podrá menos que escucharle —dijo Maudsley—. Se trata de *su planeta*, ¿sabe usted? Y ha demostrado el más profundo interés por sus ocupantes. Si él hubiera deseado establecer una comunicación con usted de alguna otra manera, ya lo habría mostrado.

—Está bien. Lo haré —dijo Carmody—. ¿Y qué quiere que le diga?

—Bueno, realmente no se trata de algo muy importante —dijo Maudsley, poniéndose inquieto—. Pero es un anciano caballero que vale tanto...! Me he sentido un poco molesto con el planeta que le construí, aunque pensándolo bien, *no tiene nada de malo*; es bastante útil y funciona bien. Pero el viejo era un caballero. Quiero decir..., tenía clase, y rara vez se ve alguien así. De modo que me gustaría hacer una especie de refección en ese planeta que tiene, completamente gratis por supuesto; no le costaría un centavo. Si él acepta, podría convertir ese planeta en un sitio para exposiciones, un verdadero paraíso. Créame una cosa: pienso que soy un ingeniero de primera clase, y es una injusticia que me estén juzgando por las chapucerías que debo hacer para ganarme la vida.

—Se lo diré —afirmó Carmody—. Pero para serle franco, no creo que le acepte la oferta.

—Yo tampoco lo creo —dijo Maudsley con esperanza—. Es un viejo empecinado, y no quiere recibir favores de nadie. No obstante, quiero hacerle la oferta, y lo digo con toda sinceridad —Maudsley vaciló antes de agregar—: Y también puede pedirle que si quiere pasar alguna vez a conversar un poco...

—¿Por qué no va usted a verlo a él?

—Ya he tratado de hacerlo un par de veces, pero no quiso recibirme. Ese viejo que tienen allá posee una vena vengativa... Pero todavía puede ser que ceda.

—Quizá —dijo Carmody, dudándolo—. De todas maneras se lo diré. Pero si quiere hablar con un Dios, ¿por qué no habla con Melicronos?

Maudsley echó la cabeza hacia atrás y rió.

—¿Ese imbecil de Melicronos? Es un asno pomposo y egocéntrico, y no tiene carácter que valga la pena mencionar. Prefiero hablar de metafísica con un perro. En términos técnicos, la Divinidad es una cuestión de poder y de control, ¿sabe usted? No tiene nada de mágico ni es un curalotodo. No hay dos dioses iguales, ¿Lo sabía?

—No, no lo sabía.

—Téngalo presente. Nunca se sabe cuándo puede ser útil una información como ésa.

—Gracias —dijo Carmody—. ¿Sabe una cosa? Antes de esto, no creía en ningún dios.

Maudsley pareció meditar y luego dijo:

—Según lo que pienso, la existencia de un dios o varios dioses es obvia e inevitable, y creer en Dios es tan fácil y natural como creer en una manzana, sin roas ni menos significación. Cuando uno lo analiza a fondo, hay una sola cosa que se interpone en el camino de esta creencia.

—¿Y cuál es? —preguntó Carmody.

—Es el Principio de los Negocios, que es más fundamental que la ley de la gravedad. A cualquier lugar de la galaxia que usted vaya encontrará negocios de comida, de construcción de casas, negocios de guerra, el negocio de la paz, el negocio de gobernar y así sucesivamente. Y por supuesto, el negocio de Dios, que se llama 'religión' y que es una línea de conducta particularmente censurable. Podría pasar un año hablando de las nociones malignas y perversas que venden las religiones, pero estoy seguro que usted ya las habrá oído antes. Mencionaré sólo un tema, que parece fundamentar todo lo que predica la religión y que a mi entender, resulta exquisitamente perverso.

—¿De qué se trata? —preguntó Carmody. —Es la profunda y fundamental base de hipocresía sobre la que se funda la religión. Piense: ningún ser puede llamarse devoto si no posee libre albedrío. Sin embargo, el libre albedrío es *libre*, y no puede someterse a tratos ni a cálculos; esa facultad que hace posible un estado de libertad es un verdadero don divino. Existir en un estado de absoluta libertad es una cosa extraña, salvaje. Pero es así. ¿Y qué hace la religión con eso? Dice: "Muy bien, poseen libre albedrío pero ahora deben emplearlo para ser esclavos de Dios y de nosotros". ¡Es una verdadera afrenta! En vista de eso, cualquier ser con espíritu debe rebelarse, debe servir a Dios completamente por su propia voluntad e inclinación, de lo contrario no ha de servirle y así permanecerá sincero consigo mismo y con las facultades que Dios le ha otorgado.

—Creo entender lo que usted quiere decir —comentó Carmody.

—Lo he hecho demasiado complicado —dijo Maudsley—. Existe una razón mucho más simple para evitar la religión.

—¿Cuáles?

—Piense simplemente en el estilo que tiene; ampuloso, exhortativo, empalagoso, arrogante, artificial, inadecuado, aburrido, lleno de imágenes tristes o refranes falsamente optimistas; tópico adecuado para mujeres seniles o bebés de pecho, pero para nadie más. No puedo creer que ese Dios que conocí aquí, entre alguna vez a una iglesia; tenía mucho gusto y fiereza, demasiada furia y orgullo. No puedo creerlo, y con eso termina el asunto para mí. ¿Por qué tendría que entrar yo a un lugar adonde Dios no va?

## Capítulo catorce

Mientras Maudsley empezaba la construcción de la máquina que lo llevaría a la Tierra, Carmody quedó libre para hacer su voluntad. Empezó a sentirse muy aburrido. Maudsley podía trabajar exclusivamente' en absoluta soledad, y el Premio había resuelto, aparentemente, volver a hibernar. Los ingenieros ayudantes, Orín y Brookside, eran tipos



opacos que sólo se preocupaban de su trabajo y no mostraban interés en nada más. De manera que Carmody no tenía con quién hablar.

Empleaba el tiempo lo mejor que podía. Recorrió una fábrica constructora de átomos y escuchó dócilmente a un capataz de cara enrojecida que le explicaba cómo operaba.

—Esto se acostumbraba a hacer manualmente —le decía—. Ahora se hace a máquina, pero en realidad, el proceso es el mismo. Primero se elige un protón y se le adjunta un neutrón, empleando el ligamento de energía patentado por el señor Maudsley. Después, con una centrifuga microcósmica común, hacemos girar los electrones en la posición correcta. Después de eso agregamos todo lo demás que es necesario: mesones, positrones, todos los ingredientes. Y ese es todo el misterio.

—¿Reciben muchos pedidos por átomos de oro y uranio? —preguntó Carmody.

—No muchos. Son demasiado caros. Más bien, nos especializamos en la producción de átomos de hidrógeno.

—¿Y qué pasa con los átomos antimateria?

—Yo nunca le encontré mucho sentido —dijo el capataz—, pero el señor Maudsley lo mantiene como un renglón incidental. Pero la antimateria se hace en otra fábrica... —Por supuesto —dijo Carmody.

—Ese material explota cuando está en contacto con átomos normales.

—Sí, lo sé. Debe ser muy difícil envasarlo.

—En realidad, no —le aseguró el capataz—. Los colocamos en cartones neutrales.

Siguieron hablando mientras caminaban entre las enormes máquinas; Carmody trataba de pensar en algo más que decir. Por último preguntó:

—¿Se hacen aquí los protones y neutrones que se emplean?

—No. El señor Maudsley nunca tuvo interés en perder tiempo con material tan pequeño. Contratistas intermediarios nos abastecen de las —partículas subatómicas.

Carmody rió y el capataz lo miró sospechosamente. Siguieron caminando hasta que a Carmody empezó a dolerle los pies. Se sentía cansado y embotado, cosa que le irritaba. Tendría que sentirse fascinado; estaba aquí, en un lugar que nunca había soñado visitar —pensaba—, y sin embargo... En una planta que fabrica átomos y tiene instalaciones separadas para crear antimateria. Y había también una máquina gigantesca que extraía rayos cósmicos directamente del espacio: los purificaba y los embotellaba en pesados contenedores verdes. Detrás había una sonda termal que se empleaba para reacondicionar estrellas viejas, y justo a la izquierda de eso...

No había caso. Caminar por la fábrica de Maudsley producía en Carmody la misma sensación de aburrimiento que había experimentado al hacer un recorrido parecido con un guía por una fundición de acero en Gary, Indiana. Y esa misma oleada de fatiga sombría, esa sensación de muda rebelión... Había sentido lo mismo al caminar reverentemente durante horas por los silenciosos pasillos del Louvre, del Prado, del Museo Británico. Se daba cuenta que el sentido de maravillarse que uno poseía, sólo era capaz de absorber una pequeña cuota de apreciación por vez. En general, los hombres permanecen inexorablemente fieles a ellos mismos y a sus intereses. Siempre conservan su carácter, aunque sean trasladados súbitamente a Timbutku o Alfa Centauro. Y para ser cruelmente honesto al respecto, Carmody comprendió que habría preferido esquiar en una montaña de su estado, o navegar en un queche de Tahití bajo el puente Hell Gate, que ver la mayoría de las maravillas del Universo. Eso le hacía sentirse avergonzado, pero no podía evitarlo.

*Me imagino que no soy especialmente faustiano, dijo para sí. Aquí alrededor, están esparcidos los secretos del Universo como si se tratara de diarios viejos, y yo sueño con una hermosa mañana de mayo en Vermont, cuando la nieve empieza a derretirse.*

Por un momento se sintió mal, pero enseguida empezó a experimentar cierta rebeldía:

*Después de todo, Fausto ni siquiera tuvo que caminar entre esta especie de material como si fuera una exhibición de los Antiguos Maestros. Si mal no recuerdo, tuvo que*

*romperse el trasero; si el demonio le hubiese presentado las cosas en bandeja, probablemente Fausto habría renunciado al conocimiento para dedicarse al alpinismo o alguna otra actividad.*

Meditó un tiempo y después se dijo:

*De todas maneras, ¿por qué tanta bambolla sobre los secretos del Universo? Como muchas otras cosas, han sido sobreestimados. Cuando uno llega al fondo de las cosas, nada es tan bueno como uno pensó que iba a ser.*

Todo esto, aunque no era cierto, al menos sirvió para que Carmody se sintiera mejor. Pero seguía hastiado. Y Maudsley aún no salía de su reclusión...

## Capítulo quince

El tiempo transcurría con aparente lentitud. Era imposible juzgar su verdadero ritmo, pero Carmody tenía la impresión de que se arrastraba interminablemente. Tal vez podría subdividirse en días, semanas y hasta meses. También tenía la sensación o el presentimiento de que a Maudsley no le estaba resultando fácil hacer lo que había prometido con tanta ligereza. Tal vez era más fácil construir un nuevo planeta que encontrar uno viejo. Carmody empezó a descorazonarse al tener conciencia de lo complejo de la tarea y sus inesperadas y diversas dimensiones.

Un día, convencionalmente hablando, observó a Orín y a Brookside construir una selva. La habían pedido los cuadrumanos de Coeth II para reemplazar a su antigua selva, que había sido destruida por un meteorito. La nueva se pagó mediante donaciones de los chicos de escuela, y se había logrado reunir una suma suficiente para hacer una obra de primera clase. Después que se fueron los ingenieros y trabajadores, Carmody empezó a vagar por entre los árboles. Se maravilló del buen trabajo que podían hacer Maudsley y su equipo cuando ponían empeño; la selva era una maravilla de planificación creativa y previsión.

Había varios claros naturales para caminar, con un frondoso emparrado arriba, y debajo, una mullida arcilla plástica moteada; suavidad para el pie y descanso para los ojos. Los árboles no eran especies terrestres, aunque sí, similares; dejando de lado pequeñas diferencias, Carmody empezó a darle a los árboles los nombres que conocía.

Árboles madereros de primera formaban esa selva; con suficiente maleza para hacerla más interesante. Para completar el paisaje, de vez en cuando se veían algunos arroyos rápidos y brillantes, ninguno de los cuales tenía más de un metro de profundidad. Rodeado de pinos ponderosa, o de su especie equivalente, había un lago superficial intensamente azul. Una ciénaga en miniatura rodeada de densos mangles y cipreses, estaba bordeada de juncos y plantas acuáticas, y generosamente salpicada de palmeras. Apartado del borde del agua en tierra seca, había un bosquecillo con diversas variedades frutales: ciruelos salvajes y cerezos, castaños y pacanas, naranjas y nísperos, dátiles e higos. Era un lugar ideal para picnics.

No se habían descuidado las potencialidades arbóreas de la selva. Los jóvenes cuadrumanos podrían correr hacia arriba y abajo por los erguidos olmos y sicómoros, jugar a seguir—al—líder en los cedros y laureles de ramas abundantes, o columpiarse precariamente en la enmarañada red formada por las lianas y enredaderas que unían las copas de los árboles. Tampoco se habían olvidado de los mayores; para ellos había pinos gigantes de California, donde podían dormitar en paz o jugar a los naipes, bien arriba, lejos de los gritos de los chicos.

Pero se trataba de mucho más que todo esto. Aun quien no fuera un experto como Carmody podía ver que la pequeña selva era un ejemplo de ecología simple, placentera y con un propósito definido. Había pájaros, animales y otras criaturas. Abundaban las flores y abejas sin aguijón para fertilizarlas y recoger el polen; alegres ositos rollizos robaban la

miel de las abejas. Había gusanos que se hacían un festín con las flores, y aves de alas brillantes que se regó— daban con los gorgojos; también, veloces zorros rojos engullían los pájaros; y algunos osos devoraban a los zorros, y los cuadrumanos a los osos.

Pero los cuadrumanos de Coeth también mueren, y son enterrados, sin ataúd, en tumbas superficiales cavadas en la selva, con reverencia pero sin excesivo alboroto. Allí sirven de alimento a los gusanos, y a través de ellos a los pájaros, zorros, osos y hasta a alguna que otra especie de flor. De esta manera los habitantes de Coeth poseen en la selva un lugar integral del ciclo de la vida y la muerte, cosa que los satisface mucho a todos, puesto que son partícipes desde que nacen.

Mientras caminaba solo con el Premio bajo el brazo (todavía era un caldero), Carmody observaba todo esto y elaboraba trémulos pensamientos con respecto a su perdida tierra natal. Entonces escuchó tras de sí el crujido de una rama. No había viento. Los osos se estaban bañando en el pequeño lago. Carmody se volvió lentamente, con la certidumbre de que allí había algo; al mismo tiempo, deseaba que no fuera así.

Sin duda que había algo cerca. Era alguien que llevaba un abultado traje espacial de plástico gris, zapatos del tipo Frankenstein, un casco-burbuja transparente, y del cinturón le colgaba una docena de herramientas (o más), armas y otros instrumentos. Carmody no tardó en reconocer a un terráqueo en esta súbita aparición; ninguna otra criatura podía vestir de esa manera. Detrás del terráqueo, hacia la izquierda, una silueta más pequeña se acercaba también, vestida en forma similar. Carmody la reconoció de inmediato como una terráquea. Y bastante atractiva.

—¡Santo Dios! —exclamó Carmody—. ¿Cómo han hecho para llegar a este lugar tan exclusivo?

—No hable tan fuerte —dijo el terráqueo—. Doy gracias a Dios por haber llegado a tiempo. Pero temo que ahora nos espera la parte más peligrosa.

—Padre, ¿crees que tendremos alguna posibilidad —preguntó la muchacha.

—Siempre hay alguna posibilidad —dijo el hombre con una sonrisa amarga—, pero no apostaría nada, en este caso. Confiemos en que el doctor Maddox pueda idear algo.

—El es especialista en eso, ¿no es cierto, papi? —preguntó la joven. —Por cierto que sí, Mary —contestó el hombre con voz amable—. El doctor Maddox es el mejor de todos. Pero tanto él como nosotros tal vez hayamos ido demasiado lejos...

—Estoy segura que encontrará una solución —dijo la joven con una serenidad conmovedora.

—Quizá —dijo el hombre—. De todos modos, vamos a demostrarles que todavía hay algunos kilos de fuerza en los viejos cerebro-jets.

Se volvió hacia Carmody con la expresión endurecida.

—Espero Paco que usted valga la pena —dijo—. Hay tres vidas en peligro por su causa.

Era difícil encontrar respuesta a semejante declaración. Carmody ni lo intentó, siquiera.

—En fila india, a paso vivo, vamos a la nave —ordenó el hombre—. Veamos cómo evalúa esta situación el doctor Maddox.

Después de sacar del cinturón un revólver con nariz bulbosa, el hombre se internó en el bosque. Detrás iba la chica, que daba a Carmody miradas de aliento por encima del hombro. Carmody siguió en fila detrás de ella.

—¡Eh...! Esperen un momento. ¿Qué pasa aquí? —preguntó Carmody mientras caminaba por la selva tras las dos personas en traje espacial—. ¿Quiénes sois, y qué estáis haciendo por estos parajes?

—¡Caray! —dijo la joven, ruborizándose de vergüenza—. ¡Hemos andado con tanta prisa que ni siquiera nos hemos presentado! Usted, señor Carmody, nos va a tomar por una buena partida de locos.

—De ningún modo —dijo cortésmente Carmody—. Pero me gustaría saber... Bueno, saber si es que saben lo que yo quiero decir...

—Por supuesto, sabemos —manifestó la joven—. Me llamo Aviva Christianssen, y éste es mi padre, el profesor Lars Christianssen.

—Eso de 'profesor' está de más —dijo Christianssen, gruñón—. Llámeme Lars o Chris o lo primero que se te ocurra.

—Está bien, papi —dijo Aviva con una burlona imitación de petulancia—. De todos modos, señor Carmody... —Me llamo Tom.

—Tom, entonces —dijo Aviva, más bonita al enrojecer—. ¿Por dónde andaba? ¡Oh, sí! Papá y yo estamos conectados con la Asociación de Rescate Terrestre Interestelar (ARTI), que tiene oficinas en Estocolmo, Ginebra y Washington DC.

—Creo que nunca he oído —mencionar esa organización —dijo Carmody.

—No hay nada de sorprendente en eso —afirmó Aviva—. La Tierra acaba de traspasar el umbral de la exploración interestelar. Aún ahora, en laboratorios diseminados por toda la Tierra, se está en la fase experimental en cuanto a nuevas fuentes de energía, que sobrepasan en mucho los toscos artefactos atómicos a los que usted ha estado acostumbrado. Y muy pronto por cierto, naves espaciales piloteadas por hombres de la Tierra llegarán hasta los rincones más apartados de la galaxia. Por supuesto, esto iniciará un nuevo período de paz y cooperación internacional en nuestro cansado y viejo planeta.

—¿Cree que será así? —preguntó Carmody—. ¿Por qué?

—Porque ya no habrá nada de importancia por lo que pelear —contestó Aviva, corta de aliento pues los tres iban al trote por la baja maleza—. Como podrá haber notado —continuó—, por allá afuera hay diseminados innumerables mundos, y hay lugar suficiente para toda clase de experiencias sociales, aventuras y cualquier cosa que usted pueda imaginar. De esta manera, las energías; del hombre serán dirigidas hacia afuera, en vez de disiparse hacia adentro en forma de desastrosas guerras intestinas.

—Esta chica sabe lo que dice —afirmó Lars Christianssen con su voz profunda, amistosa, aunque siempre algo gruñona, de hombre práctico—. Puede parecerle una casquivana, pero tiene más de cien licenciaturas y doctorados que fundamentan esa verborragia.

—Y papá puede hablar como un patán —replicó Aviva—, pero ya tiene acumulados tres premios Nóbel.

Entre padre e hija se cruzaron miradas afectuosas y amenazantes al mismo tiempo.

—De todos modos —dijo Aviva—, así son las cosas; o para expresarlo mejor diría que *así van a ser* dentro de un par de años. Pero gracias al doctor Maddox, a quien conocerá muy pronto, ya tenemos ventaja. Aviva pareció vacilar un momento; luego, en voz más baja agregó:

—No creo cometer ninguna infidencia si le digo que el doctor Maddox es... es un.. un mutante.

—¡Caspita! No es necesario tener resquemores con respecto a la palabra —gruñó Lars Christianssen—. Un mutante puede ser tan bueno como cualquiera de nosotros, y en el caso particular del doctor Maddox, puede ser mil veces superior.

—En realidad, fue él quien puso este proyecto en órbita —continuó Aviva—. Vea usted; hizo una proyección del futuro (cómo la logró, no sé), y advirtió que muy pronto, debido al inminente descubrimiento de energía ilimitada y barata, en forma portable, iba a haber una gran cantidad de naves espaciales por todas partes. Entonces, mucha gente va a empezar a lanzarse al espacio sin equipo apropiado ni instrumentos de navegación o cosas...

—Un montón de maniáticos sueltos —comentó Christianssen secamente.

—¡Papá! De todas maneras, esa gente iba a necesitar ayuda, ya que no podría haber una Patrulla de Rescate Galáctico organizada por unos 87.238874 años (el doctor Maddox encontró la cifra exacta luego de una minuciosa computación). ¿Ve usted?

—Creo que sí —dijo Carmody—. Los tres han anticipado el problema y... han decidido intervenir, entonces.

—Sí —dijo ella, simplemente—. Intervenimos. Papá se siente inclinado a ayudar a los demás, aunque por su manera brusca de hablar, nadie le creería. Y lo que es bueno para mi papá, lo es también para mí. En cuanto al doctor Maddox..., bueno, es la cúspide máxima de potencial humano realizado, que yo conozca.

—Sí, es así de bueno. Un póquer de ases de repuesto, por decir así. Este hombre sí que tiene una historia... Como usted podrá saber, las mutaciones por lo general son de carácter negativo. Sólo el uno o dos por mil sale como Dios manda. Pero en el caso del doctor Maddox, hay toda una trayectoria familiar de mutaciones masivas, la mayoría de ellas, favorable, lo que resulta inexplicable.

—Sospechamos que hubo alguna intervención benévola extranjera —dijo Aviva casi en un susurro—. Se pudo trazar los orígenes de la familia Maddox sólo hasta doscientos años atrás. Es una historia muy extraña. El bisabuelo de Maddox, llamado Auld Maddoxe, era un minero galés. Durante casi veinte años trabajó en la famosa mina de carbón Auld Gringie, y fue uno de los pocos obreros que se mantuvo en buena salud. Eso fue allá por 1739. En época reciente, cuando se reabrió Auld Gringie, se encontró junto a ella los fabulosos depósitos de uranio Scatterwail.

—Allí debe haber empezado —dijo Christianssen—. Después, volvemos a encontrar la familia recién en 1801 en Oaxaca, México. Thomas Madoxxe (ése fue el nombre que adoptó), se había casado con la hermosa y soberbia Teresita de Valdez, Condesa de Aragón, dueña de la mejor hacienda del sur de México. En la mañana del 6 de abril de 1801 Thomas estaba cabalgando con un hato de ganado cuando cayó un gran meteorito, altamente radiactivo, dentro de un radio de tres kilómetros del rancho, y que después fue identificado como *La Estrella Roja de la Muerte*. Thomas y Teresita fueron unos de los pocos sobrevivientes.

—Después llegamos a la década 1930 — dijo Aviva, continuando la historia—. La siguiente generación de Maddox, con muchos menos recursos, se mudó a Los Ángeles. Ernest Maddox, abuelo del doctor, se ocupaba de vender un nuevo artefacto a médicos y dentistas que se llamaba 'la máquina de Rayos X'. Maddox hacía demostraciones con esa máquina dos veces cada semana por lo menos. El mismo se prestaba como sujeto y hacía las veces de paciente. A pesar de la gran overdosis de radiación que recibió durante los diez años que trabajó en esto, *o quizá por esta misma causa*, vivió hasta una edad muy avanzada.

—Su hijo —siguió Lars—, impulsado no sabemos por cuáles razones, viajó al Japón en 1935 y se convirtió en un monje Zen. A lo largo de los años de la guerra vivió en un *tsuktsum*, o rincón de un sótano abandonado, sin pronunciar jamás una palabra. Los habitantes del lugar le dejaron solo, pensando que se trataba de un excéntrico paquistaní. Ese sótano estaba en Hiroshima, justamente a 11,85 kilómetros del epicentro de la explosión atómica de 1945. *Inmediatamente después de la explosión*, Maddox salió del Japón y se dirigió al Monasterio Hui-Shen, situado en el pico más inaccesible del norte del Tibet. Según contó un turista inglés que había estado allí por esa época, *¡los lamas le habían estado esperando!* Allí se estableció y dedicó su vida al estudio de ciertos Tantras. Se casó con una mujer de sangre real cachemira, con la que tuvo un hijo: ese es Owen, el doctor que nos acompaña. Una semana antes que China lanzara la invasión contra el Tibet, la familia salió de ese país, rumbo a Estados Unidos. Owen asistió a las universidades de Harvard, Yale, Los Ángeles, Oxford, Cambridge y la Sorbona; también estudió en Heidelberg. Cómo nos hemos encontrado forma una historia aparte, bastante extraña, que tendrá ocasión de escuchar en un momento más oportuno. Porque ya hemos llegado a la nave, y no conviene seguir perdiendo el tiempo en palabrerío.

En un pequeño claro, Carmody vio una majestuosa nave espacial que se elevaba hacia arriba como un rascacielos. Poseía hélices, jets, escotillas y muchas otras protuberancias. Frente al aparato, sentado en una silla plegadiza, estaba un hombre de cara benévola y llena de arrugas, pasada ya la edad mediana. De inmediato se puso en evidencia que

éste era el mutante doctor Maddox; tenía siete dedos en cada mano y su frente presentaba enormes bultos para dar cabida a la excesiva masa cerebral que ocultaba.

Maddox se puso de pie cómodamente (¡tenía cinco piernas!), y asintió en señal de bienvenida.

—Ha negado justo a tiempo —dijo—. Las líneas de fuerza anímica han llegado casi al punto de intersección. Rápido, que entren todos a la nave. Debemos levantar sin tardanza el escudo de fuerza.

Lars Christianssen, demasiado orgulloso para correr, marchó hacia adelante. Aviva tomó a Carmody del brazo; él percibió que la joven temblaba y que la informe tela gris de su traje no podía disimular sus gráciles formas, aunque ella no parecía tener conciencia de ello.

—Es una situación desagradable —murmuró Maddox, plegando la silla para ponerla en la nave—. Por supuesto, mis cálculos prevén esta clase de punto nodal, pero debido a la naturaleza de su combinación interminable, es imposible predecir su configuración. Sin embargo, hacemos lo mejor que nos es posible hacer.

Carmody vaciló ante la amplia escotilla de entrada.

—Pienso que en realidad debería despedirme del señor Maudsley —dijo a Maddox—. Tal vez tendría que pedirle consejo. Me ha ayudado mucho y está trabajando en el modo de hacerme viajar de regreso a la Tierra. — ¡Conque Maudsley!? —exclamó Maddox, cambiando miradas significativas con Christianssen—. Tenía la sospecha de que estaba detrás de todo este asunto...

—Me pareció que era su maldita maniobra —dijo Christianssen, haciendo rechinar los dientes.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Carmody.

—Quiero decir que usted ha sido víctima y prenda de una extensa conspiración —explicó Maddox—, que incluye a no menos de diecisiete sistemas estelares. Ahora no puedo explicarle todo, pero créame; no sólo su vida y las nuestras están en peligro, sino también la de varios billones de humanoides, la mayoría de piel blanca y ojos azules.

—¡Oh, Tom! ¡De prisa, de prisa! —gritó Aviva, tironeándole del brazo.

—Bueno, está bien —dijo Carmody—. Pero me deben una explicación bien completa y satisfactoria.

—Créame que la tendrá —dijo Maddox en el momento en que Carmody entraba por la escotilla—. La tendrá de inmediato.

Al notar un tono amenazante en la voz de Maddox, Carmody se volvió muy rápido; miró intensamente al mutante y experimentó un sacudimiento de horror. Volvió a mirar a sus tres rescatadores y, por primera vez, realmente los vio.

La mente humana tiene aptitud para construir *gestalts*. Unas cuantas curvas bastan para imaginar una montaña; media docena de líneas quebradas pueden pasar por una oía. Y ahora, ante la mirada escrutante de Carmody, el gestalt se estaba desmoronando. Vio que los hermosos ojos de Aviva eran una estilización sugestiva en vez de funcionales —como el dibujo de ojos en las alas de las mariposas—. En el tercio inferior de su cara, Lars tenía un óvalo rojo dividido por una línea oscura que representaba la boca. Los siete dedos de Maddox estaban pintados sobre el cuerpo, ala altura de las caderas.

El gestalt se desmoronó completamente cuando Carmody vio la delgada línea negra, como una fisura en el piso, que conectaba a cada uno de ellos con la nave. Quedó inmóvil, helado, viendo cómo se acercaban a él. Carecían de manos para levantar, de pies para caminar, de ojos para ver y de boca para dar explicaciones. En realidad eran cilindros sin ninguna característica, con el tope redondeado, disfrazados — superficialmente como seres humanos. No tenían partes para funcionar porque ellos mismos eran partes, y ahora estaban por ejecutar su única función. Formaban la contrapartida exacta y terrible de tres dedos de una mano gigantesca. Avanzaban con la flexibilidad de los que carecen de huesos, con el intento evidente de hacerle penetrar

profundamente en las negras fauces de la nave.

¿Cuál nave?

Carmody se escabulló alrededor de los tres, y corrió de vuelta hacia el lugar por donde había llegado. Pero numerosos dientes puntiagudos se erizaron desde la base hasta el tope de la escotilla que, después de abrirse un poco, empezó a cerrarse. ¿Cómo pudo haber pensado que se trataba de metal? Ahora, los costados oscuros y brillantes de la nave que se contraía empezaron a arrugarse. Los pies le quedaron pegados a la cubierta de esponja pegajosa, y los tres dedos se movían en torno a él, bloqueándole el cuadrado de luz que disminuía lentamente.

Carmody luchó con la misma desesperación de una mosca atrapada en la tela de una araña (la similitud era exacta, pero se le había ocurrido demasiado tarde). Luchó denodadamente, pero sin resultado. El cuadrado de luz solar se había vuelto redondo y mojado, y se encogió hasta tener la medida de una pelota de béisbol. En ese momento, los tres dedos le estaban sujetando y no podía diferenciarlos.

Ese fue el horror final; eso y además, que las paredes y el techo de la nave espacial (o lo que fuera), se habían tornado de un húmedo color rojo, y se estaban cerrando para engolfarlo.

No había salida. Carmody estaba totalmente incapacitado, imposibilitado de moverse o gritar. Y no le quedó otro recurso que desmayarse.

## Capítulo dieciséis

Carmody oyó una voz que parecía venir de una enorme distancia.

—¿Qué le parece doctor? ¿Puede hacer algo para salvarle? —era la voz del Premio, pudo reconocerla.

—Pagaré lo que sea —dijo otra voz, que le pareció de Maudsley—. ¿Cree que puede ayudarlo de alguna manera?

—Es posible que se salve —dijo una tercera voz, probablemente del doctor—. La ciencia médica no reconoce límites a lo factible; sólo a lo tolerable, que corresponde a las limitaciones del paciente, no a las nuestras.

Carmody hizo un esfuerzo por abrir los ojos o la boca, pero estaba completamente inmovilizado.

—De modo que es grave, ¿eh? —preguntó el Premio.

—Es difícil contestar esa pregunta con exactitud —dijo el médico—. Por empezar, debemos asignarle una categoría. La ciencia médica es más fácil que la ética médica, por ejemplo. Nosotros, los que pertenecemos a la Asociación Médica Galáctica, damos por sentado que debemos conservar la vida, pero también presuponemos que es preciso actuar a favor del interés de la forma que tratamos. ¿Pero qué debemos hacer cuando estos dos imperativos se contradicen? Los Uiichi, habitantes de Devin V, por ejemplo, buscan la ayuda del médico para que los cure de la vida y les ayude a obtener su deseado objetivo, que es la muerte. Permítame decirle que es una tarea malditamente difícil, que sólo es posible cuando un Uiichi está muy viejo y debilitado. ¿Pero qué actitud toma la ética frente a esta extraña reversión de un deseo normal? ¿Debemos hacer lo que desean los Uiichi, y ejecutar un acto considerado censurable en casi todos los rincones de la galaxia? ¿O actuamos en base a nuestras propias normas? ¿Debemos condenar a los Uiichi a un destino peor que la muerte?

—¿Y esto qué tiene que ver con Carmody? —preguntó Maudsley.

—No mucho, en realidad —admitió el médico—. Pero he pensado que les resultaría interesante y al mismo tiempo les ayudaría a comprender porqué debemos cobrar honorarios tan elevados.

—¿Es muy serio su estado? —preguntó el Premio.

—Sólo de los muertos puede decirse que están en una condición realmente seria — declaró el médico—. Y aún entonces, hay excepciones. La Penthatenaluna, por ejemplo, a la que el vulgo se refiere como Muerte Reversible de Cinco Días, no es peor que un resfrío común, a pesar de los rumores en sentido contrario.

—Pero, ¿qué pasa con Carmody? —volvió a preguntar Maudsley.

—Con toda seguridad, no está muerto —contestó el médico para calmarle—. Se halla en un estado de, o equivalente a, una profunda conmoción nerviosa. Para decirlo en términos más simples, se ha desmayado.

—¿Y podrá usted sacarlo de ese estado? —preguntó el Premio.

—Sus términos no resultan claros — dijo el médico—. Ya es bastante difícil mi trabajo, sin...

—Quiero decir, si puede volverle a su estado original de función —insistió el Premio.

—¡Bueno, eso es demasiado pedir! Concederé conmigo si lo considera por un momento: ¿Cuál era su estado original de función? ¿Alguien de vosotros lo sabe? ¿Lo sabría él, si por milagro pudiéramos consultarle sobre su propia cura? ¿Cómo podemos saber cuál podría ser la más característicamente *suya*, entre el millón de sutiles alteraciones de la personalidad? Consideren que muchas de ellas ocurren a la mera provocación de un latido de corazón... La pérdida de una personalidad no es igual a la pérdida de un segundo, algo que podemos reproducir aproximadamente, pero nunca con exactitud. Caballeros, estas son cuestiones de mucho peso.

—De un peso tremendo —dijo Maudsley—. Supongamos que puede volverle tan cerca de lo que era, como resulte posible; ¿sería eso muy penoso?

—No para mí —*dijo* el médico—. Estoy inmunizado a los espectáculos horribles, y me he acostumbrado a los procedimientos más espantosos. Naturalmente, no quiero decir con eso que me he encallecido... Es que, forzado por la triste necesidad, he aprendido a apartar la atención de los procedimientos que endurecen el alma, y de los que me obliga mi profesión.

—¡Caspita, doctor! —dijo el Premio—. ¿Qué piensa hacer con mi compañero?

—Debo operarlo —dijo el médico—. Es la única solución segura. Hablando en términos vulgares, debo disectar a Carmody y colocar sus miembros y órganos en una solución conservadora. Después le ablandaré con una solución diluida de K-5. Extraeré su cerebro y sistema nervioso a través de varios orificios. El procedimiento siguiente consiste en conectar el cerebro y sistema nervioso a un Simulador de Vida, y cauterizar las sinapsis en series escrupulosamente periódicas. De esta manera podremos ver si hay alguna fractura, válvula en mal estado, obstrucción, o algo similar. En caso de que no haya nada de esto, desarmaremos el cerebro y llegaremos así al punto de interacción entre la mente y el cuerpo. Lo retiraremos con sumo cuidado para controlar todas las conexiones, internas y externas. Si hasta ese punto todo va bien, abriremos la reserva del punto de interacción para ver si hay derrames, por supuesto, y entonces controlaremos el nivel de conciencia que haya adentro. Si está muy bajo o agotado (en casos como éste, suele suceder), se analizarían los residuos para crear una nueva tanda. Esta nueva tanda de conciencia debe ser sometida a pruebas exhaustivas, para luego inyectarla en la reserva del punto de interacción. Se procede entonces a armar todas las partes del cuerpo y reanimar al paciente con el Simulador de Vida. Este es en suma, todo el proceso.

—¡Uyyyy! —dijo el Premio—. Yo no trataría así a un perro...

—Yo tampoco —dijo el médico—. Por lo menos hasta que la raza canina haya evolucionado más. ¿Desean que realice la operación?

—Bueno —meditó el Premio—. Imagino que no podemos dejarle allí tirado, inconsciente..., ¿no les parece?

—Por supuesto que no podemos — dijo Maudsley—. El pobre diablo contaba con nosotros, y no podemos defraudarle. Doctor: ¡cumpla con su deber!

Durante toda esta conversación, las funciones de Carmody estaban entorpecidas.



Había escuchado todo con creciente horror, hasta llegar a la convicción de que sus amigos podían hacerle mucho más daño del que sus enemigos se atrevían siquiera a imaginar. Entonces, con un esfuerzo titánico, abrió los ojos de golpe y separó la lengua de la bóveda del paladar.

—¡No quiero operación! —graznó—. ¡Les sacaré el corazón si intentan cualquier maldita operación!

—Recuperó sus facultades —dijo el doctor, bastante satisfecho—. ¿Saben? Con frecuencia, la verbalización de nuestro procedimiento operatorio en presencia del paciente, tiene un efecto más calmante que la operación en sí. Es un efecto de placebo, es cierto. Pero no es nada despreciable.

Carmody hizo un esfuerzo para ponerse en pie, y Maudsley le ayudó. Al mirar al doctor por primera vez vio a un hombre alto, delgado, lúgubre, vestido de negro, que parecía la imagen de Abraham Lincoln. El Premio evidente— mente ya no era un caldero; a causa de la tensión, se había convertido en un enano.

—Si me necesitan, pueden llamarme —dijo el médico, y salió.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Carmody—. Esa nave espacial, esa gente...

—Te hemos sacado justo a tiempo —dijo el Premio—. Chico, eso no era ninguna nave espacial.

—Lo sé, pero ¿qué era?

—Eso era su devorador —dijo Maudsley—, y usted fue a parar directamente a su boca...

—Según parece, eso fue lo que he hecho —dijo Carmody.

—Y con ello, pudo haber perdido su única oportunidad de volver a la Tierra —dijo Maudsley—. Creo que lo mejor que puede hacer, Carmody, es sentarse. Ahora le quedan muy pocas elecciones, y ninguna de ellas es muy atractiva...

Carmody se sentó.

## Capítulo diecisiete

En primer lugar, Maudsley habló de los devoradores; sus costumbres y cultura, hábitos y reacciones, medios y arbitrios. Era muy importante que Carmody supiera qué le había pasado y porqué, aun cuando ese conocimiento fuera posterior al evento.

—*Muy especialmente* si se adquiere con posterioridad al evento —agregó el Premio.

Maudsley continuó diciendo que así como para cada hombre hay una mujer, para cada organismo viviente existe un devorador:

—La Gran Cadena del Comer debe continuar (una imagen poética, para toda vida en estado de dinamismo en el universo), aunque más no sea por razones de necesidad íntima. Como sabemos, la vida supone creación y la creación es inconcebible sin la muerte. De modo que...

—¿Por qué la creación es inconcebible sin la muerte? —preguntó Carmody.

—No haga preguntas estúpidas. ¿Qué estaba diciendo? ¡Ah, sí! De esta manera queda justificado el crimen, aunque no se aprecien de tan buena gana algunas de sus concomitantes.

"Un ser, en su hábitat natural, vive de otras criaturas. Y otras criaturas viven de él. Este proceso, tan simple y natural, se encuentra en un estado de equilibrio tan perfecto que tanto devoradores como devorados tienen propensión a ignorarlo por largos períodos, durante los cuales dedican su atención a la creación de objetos de arte, a recoger nueces del suelo, a la contemplación del Absoluto o a cualquier otra cosa que despierte el interés de la especie. Y así es como deben ser las cosas, porque la Naturaleza (a la que podemos personificar como una vieja vestida de negro y bermejo), no le gusta que sus normas y reglamentos sean sujeto de cada reunión de cóctel, nido hormigueante,

cónclave, o como quieran llamarle a todo eso. Pero usted Carmody, al escapar sin advertirlo a los controles y equilibrios de su planeta nativo, no ha logrado escapar a la Ley de Proceso inexorable. Por lo tanto, si en las vastas extensiones del espacio no existiera un devorador para usted, sería necesario encontrar uno. Si no pudiera encontrársele, habría que crearlo.

—Bueno..., sí —dijo Carmody—. Pero esa nave espacial, esa gente...

—No eran lo que parecían ser —le dijo Maudsley—. Debe ser claro y rotundo para usted.

—Ahora sí.

—Ellos son en realidad eso; una simple unidad, una criatura creada especialmente para usted, Carmody. Era su pre—dador y siguió, de manera casi clásica, las simples normas establecidas de la Devoración.

—¿Y cuáles son? —preguntó Carmody.

—Sí, ¿cuáles son? —suspiró el Premio—. Lo ha dicho con las palabras justas; podemos vociferar contra la suerte y el mundo, pero al final nos quedamos con una estricta proposición: *Las cosas son como son*.

—Yo no he hecho ningún comentario —dijo Carmody—sino que simplemente preguntaba: ¿Cuáles son las Leyes de la Devoración?

—¡Oh! Lamento haberle interpretado mal —dijo el Premio.

—No tiene importancia.

—Gracias —dijo el Premio.

—De nada —dijo Carmody—. No quise decir... Lo que quise decir es: ¿Cuáles son esas simples normas establecidas de la Devoración?

—¿Es preciso que usted haga esa pregunta? —dijo Maudsley.

—Sí, temo que sí.

—Cuando usted lo presenta en forma de pregunta —dijo Maudsley con severidad—, el devorar deja de ser simple y elemental, y hasta su condición de ley se hace dudosa. El conocimiento de la devoración es innato en todos los organismos, así como los brazos, las piernas y las cabezas, pero más seguro «un ¿Sabe usted? Es mucho más elemental que la ley de la ciencia y por lo tanto, no está sujeta a reducciones simplistas. El mero hecho de hacer esa clase de pregunta impone una estricta medida a la respuesta.

—A pesar de eso, creo que debo conocer todo lo posible sobre devoración —dijo Carmody—. Sobre todo, de la mía.

—Sí, por cierto que debe saberlo —dijo Maudsley—. O mejor dicho, *debió haberlo sabido*, que no es la misma cosa. Pero voy a intentarlo... —Maudsley se frotó vigorosamente la frente al afirmar—: Usted come. Por lo tanto, también es comido. Eso lo sabe. Pero precisamente, ¿de qué manera y cómo va a ser comido? ¿Cómo van a atraparlo, capturar, inmovilizar y preparar? ¿Será servido bien caliente, un poco helado o a temperatura ambiente? Es obvio que eso depende del gusto de quien se alimenta de usted. Además, ¿qué curso de acción elegirá su devorador? ¿Le saltará de sorpresa a la espalda desde una altura conveniente? ¿Cavará un pozo para usted, o le tenderá una red? ¿Le desafiará a un combate, o se le echará encima con los espolones extendidos? Eso depende de la índole de su devorador, que determina su forma y función. A su vez, quien responde limita dicha índole por exigencias de la propia, que por estar modelada al libre albedrío es en esencia, inescrutable.

"Ahora vamos a los detalles. Abalanzarse, cavar o tramar son acciones directas, pero pierden eficacia con un ser con la capacidad de la memoria. Si alguien como usted, Carmody, puede evitar una vez el simplista ataque mortal, quizá nunca más vuelva a ser engañado. Sin embargo, la rectitud no figura en el proceder de la naturaleza. Se ha dicho que la naturaleza tiene invertidos grandes capitales en las ilusiones, que son caminos hacia la muerte y el nacimiento. Por mi parte, no me atrevo a discutir esa proposición. Si la aceptamos, debemos reconocer que su devorador tiene que recurrir a maniobras harto

complejas a fin de hacer caer en la celada a una criatura tan compleja como usted.

"El problema tiene también otra faceta. Su devorador no ha sido concebido con el sólo propósito de comérselo a usted. Admito que usted es la única cosa más importante en la vida de él, pero él también, como usted, posee libre albedrío. Por lo tanto, no está limitado a la lógica estricta de su función devoradora. Un ratón de granero puede pensar que el búho posado en la viga fue—concebido con el único propósito de cazar ratones. Pero sabemos bien que el búho tiene otras cosas en su mente. Así sucede con todos los devora—dores, incluso el suyo. De esto podemos obtener una conclusión importante: el libre albedrío convierte en imperfectos a todos los devoradores, desde el punto de vista de su función.

—Nunca había pensado así —admitió Carmody—. ¿Cree que eso me ayuda?

—En realidad, no. Pero he pensado que usted debía saberlo, de todos modos. Vea; hablando en términos prácticos quizás usted nunca llegue a ser capaz de explotar todas las imperfecciones de su devorador. De verdad, es posible que ni siquiera llegue a saber en qué consisten. En esta situación usted es igual al ratón del granero. Cuando escuche el agitar de las alas podrá encontrar un agujero por donde escabullirse, pero nunca llegará a analizar la naturaleza, los talentos y limitaciones del búho.

—¡Ah, pero esto es magnífico! —dijo Carmody con evidente sarcasmo—. Estoy derrotado antes de empezar. O de acuerdo con su terminología, ya puedo considerarme comido, aunque nadie me haya hincado el tenedor todavía.

—Moderación, moderación —preconizó el Premio—. No es tan malo como parece.

—¿Y cuan malo es? ¿Alguno de vosotros es capaz de decirme algo útil? —insistió Carmody.

—Es lo que estamos tratando de hacer —afirmó Maudsley con paciencia.

—Entonces dígame: ¿qué aspecto tiene este devorador? Maudsley meneó la cabeza.

—Eso es imposible. ¿Cree usted que cualquier víctima puede saber el aspecto que tiene su devorador? Si fuera así, la víctima sería inmortal.

—Y eso está contra las reglas —añadió el Premio—. Por lo menos denme una idea —dijo Carmody—. ¿Va siempre dando vueltas disfrazado de nave espacial?

—Por supuesto que no —contestó Maudsley—. Desde su punto de vista, es una forma cambiante. ¿Oyó decir alguna vez que un ratón va a meterse entre las fauces de una serpiente, o que una mosca va a apoyarse en la lengua de un sapo, o que un cervatillo irá caminando directamente a las garras de un tigre? ¡Esa es la esencia de la devoración! Posiblemente usted se preguntará adonde creían ir esas víctimas ilusas. ¿Qué creían tener delante de sí? De igual manera se preguntará qué había realmente frente a sus ojos cuando hablaba con los tres dedos del devorador, y los seguía directamente a la boca.

—Parecían personas —contestó Carmody—. Pero todavía no sé qué apariencia tenía el devorador.

—No hay manera alguna en que pueda ilustrarle sobre ese punto —declaró Maudsley—. No es fácil lograr información sobre devoradores; son demasiado complementarios de uno mismo. Las artimañas y encubrimientos de aquellos se basan en nuestras propias memorias, nuestros sueños y fantasías, nuestras esperanzas y deseos. El devorador se apodera del drama que usted atesora, y como lo ha visto, lo representa para usted. Para reconocer a su devorador debe reconocerse a usted mismo..., y ya sabe usted cuánto más fácil es conocer el universo entero que a uno mismo.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Carmody.

—¡Aprenda! —contestó Maudsley—. Esté eternamente vigilante, muévase a toda velocidad, no confíe en nadie ni en nada. No piense en descansar hasta que haya llegado a su destino.

—¡Mi destino...! —dijo Carmody.

—Sí. En su planeta estará a salvo. Su devorador no podrá entrar en su dominio. Estará expuesto a todos los desastres que son comunes, pero al menos evitará ése.

—¿Puede enviarme a mi casa? —preguntó Carmody—. Usted había dicho que estaba trabajando en una máquina.

—Ya la he terminado —dijo Maudsley—. Pero debe entender sus limitaciones, que corresponden a las mías. La máquina que he construido puede llevarle hasta el lugar donde ahora se encuentra la Tierra; pero eso es todo cuanto puedo hacer.

—¡Eso es todo lo que necesito! —exclamó Carmody—. No, no es así. 'Dónde' le proporciona solamente la primera D, de locación. Le quedarán por resolver 'Cuándo' y 'Cuál'. Mi consejo es que las tome por orden. Para emplear una expresión común, la Temporalidad antes de la Particularidad. Tendrá que partir de inmediato de aquí; usted ha logrado despertar tontamente el apetito de su devorador, que puede volver en cualquier momento, y esta vez quizá no tenga tanta suerte en mi intento por rescatarle. — ¿Y cómo fue que pudo sacarme de su boca? —preguntó Carmody.

—Fabricué apresuradamente un señuelo —le contó Maudsley—. Era muy parecido a usted, pero lo hice más grande que el tamaño real, y le di más vitalidad. El devorador se confundió y coleteó tras de él babeando. Pero no podríamos emplear otra vez el mismo truco.

Carmody prefirió no preguntar si el señuelo había sufrido.

—Estoy listo —dijo—. Pero, ¿adonde voy y qué va a suceder?

—Irás a una Tierra. Probablemente no sea la correcta, pero enviaré también una carta a alguien a quien conozco y que es muy listo para resolver problemas temporales. Si decidiera encargarse de su caso, él lo encontrará y después de eso... bueno, ¿quién puede saber, Carmody? Tómelo como venga, y esté agradecido si algo sucede.

—Estoy muy agradecido —dijo Carmody—. Deseo agradecerle todo lo que ha hecho por mí, no importa cuál sea el resultado.

—Está bien —dijo Maudsley—. No se olvide de dar mi mensaje al viejo amigo, si alguna vez vuelve a su casa. ¿Está listo para salir? La máquina está aquí, a mi lado. No he tenido tiempo de hacerla visible, pero tiene el mismo aspecto que una radio de onda corta operada a batería. Aquí está. ¿Tiene el Premio?

—Yo lo tengo a él —ayo el Premio, tomándose con ambas manos del brazo izquierdo de Carmody.

—Entonces, estamos listos. Ajusto este dial y ahora este otro, y aquellos dos de allí... Carmody, le aseguro que le resultará muy placentero salir del Macrocosmos y volver a su planeta, aunque no sea el suyo. Por supuesto que no hay diferencias cualitativas entre átomos, planetas, galaxia o universo. Es todo cuestión de escalas en las que se pueda vivir cómodamente. Y ahora, empujo *esto*...

¡Bum! ¡Puf! ¡Rump! Desvanecimiento gradual del paisaje, desvanecimiento rápido del suelo, vuelta completa sobre la pista, música electrónica, símbolos del espacio profundo; espacio profundo, símbolos de música electrónica. Vuelan las páginas de un calendario. Carmody da vueltas, la cabeza hacia abajo, los pies hacia arriba, en una situación de caída libre. Suenan las notas siniestras de un timbal, brillante relampaguear de colores, la voz de una mujer cuyo eco sale de una cámara; risas de niños, un cúmulo iluminado de naranjas de Jaffa, para simular planetas, *collage* de un sistema solar iluminado para que parezca las ondas de un arroyo. Disminuye la velocidad de la cinta, aumenta la velocidad de la cinta, disolución, luces.

Fue un viaje de los demonios, pero nada inesperado para Carmody.

### Tercera Parte - ¿DONDE ESTA LA TIERRA?

#### Capítulo dieciocho

Cuando se completó la transición, Carmody tomó inventario de sí mismo. Después de

un breve examen pudo convencerse de que todavía tenía cuatro miembros, un tronco, una cabeza y una mente. El censo todavía no estaba completo, por supuesto. Pero parecía estarlo. Asimismo, notó que todavía tenía su Premio, el cual había sufrido su metamorfosis de costumbre. Esta vez, de enano se había convertido en una flauta mal hecha.

—Hasta ahora, todo va bien —dijo Carmody, sin dirigirse a nadie en particular. Empezó a inspeccionar todo lo que le rodeaba.

—No tan bien como quisiera —dijo de inmediato; estaba preparado para llegar a la Tierra errónea, pero no esperaba que lo fuera tanto...

Se encontró al borde de una ciénaga sobre terreno fangoso. De las estancadas aguas pardas se elevaban emanaciones mefíticas. Había abundancia de helechos de hojas anchas, y matas bajas de hojas delgadas, además de palmeras con cabezas como matorrales, y un árbol solitario de cornejo. El aire tenía el color de la sangre y estaba fuertemente cargado con olores de fertilidad y descomposición.

—Tal vez estoy en Florida —dijo Carmody esperanzado.

—Temo que no —dijo el Premio, es decir, la flauta, con una baja voz melodiosa con exceso de vibrato.

Carmody miró intensamente al Premio.

—¿Cómo es que puedes hablar? —le preguntó.

—¿Por qué no me lo preguntaste cuando era un caldero? —contentó el Premio—. Pero si en verdad quieres saberlo, te lo diré. Justo dentro de la boquilla llevo fijo un cartucho CO<sub>2</sub>. Eso hace las veces de pulmón, aunque sólo por un tiempo limitado. El resto es obvio.

No era obvio para Carmody, pero en ese momento tenía cosas más importantes en la cabeza.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—Nosotros *estamos* en el planeta Tierra — dijo el Premio—. Este pedazo de terreno húmedo sobre el que estamos pisando, se convertirá en tu época en el municipio de Scardale, Nueva York —dijo, riendo tontamente—. Te sugeriría que compres terrenos ahora, mientras los valores de los bienes raíces son bajos.

—Seguro como el diablo que esto no se parece a Scardale —dijo Carmody.

—Por supuesto que no. Pero dejando a un lado por un momento la cuestión de *Cuál*, podemos ver que el *Cuándo* está equivocado.

—Y bien... ¿*Cuándo* estamos?

—Es una buena pregunta —replicó el Premio—; pero sólo puedo responder en forma aproximada y restringida. Me resulta bastante obvio que estamos en el Eón Panerozoico, que de por sí cubre una sexta parte del tiempo geológico de la Tierra. Eso es bastante fácil. Pero, ¿en qué parte del Panerozoico estamos? ¿En la era Paleozoica o en la Mesozoica? Aquí debo aventurarme a deducir. Sólo en base al clima excluyo todo el período Paleozoico, posiblemente con excepción del final del período Permiano. Pero espera, ahora también puedo excluir ése. ¡Mira! ¡Arriba, y hacia tu derecha...

Al mirar, Carmody vio un ave de forma rara que aleteaba torpemente a la distancia.

—Con toda seguridad, eso es un Arqueopterisco —*dijo* el Premio—. Se puede ver de inmediato, por la forma en que las plumas divergen de su eje. La mayoría de los científicos la consideran un animal del Jurásico superior, del período Cretáceo, pero no más antigua que del Triásico. De manera que podemos excluir todo el Paleozoico; por lo tanto, nos encontramos definitivamente en la Era Mesozoica.

—Eso está bastante atrás, ¿eh? — dijo Carmody.

—Sí, es muy antiguo —concordó el Premio—. Pero podemos hacer algo mejor. Creo que es posible señalar exactamente en qué parte del Mesozoico estamos. Déjame pensar un momento... —*No* es el Triásico —*dijo*, después de pensar durante el anunciado momento—. Temo que ese pantano sea una pista falsa. Sin embargo, la planta

angiospérmica floreciente a tu izquierda, señala en una certera dirección, en lo que al período se refiere. Tampoco es la única evidencia con que contamos. ¿Has notado ese árbol de cornejo, frente a ti? Bien, vuélvete hacia atrás y podrás ver dos álamos y una higuera en medio de un pequeño grupo de coníferas. Significativo, ¿verdad? ¿Pero has notado el detalle más importante de todos, tan común en nuestra época que podría ser fácilmente pasado por alto? Me refiero al césped, que aquí crece en abundancia. ¡Hasta el final de Jurásico no había hierba! Sólo helechos y cicadáceas. Con esto queda definido, Carmody. ¡Apostaría todos los ahorros de mi vida! Estamos en el Período Cretáceo, probablemente no lejos del límite superior.

Carmody tenía apenas un vago recuerdo de los períodos geológicos de la Tierra.

—Cretáceo —repitió—. ¿Es muy lejano a mi época?

—¡Oh, alrededor de unos cien millones de años, más o menos! —dijo el Premio—. Se calcula que la Era Cretácea duró unos setenta millones de años.

Carmody no tuvo dificultad en adaptarse al concepto, pues ni siquiera intentó hacerlo.

—¿Cómo aprendiste todas esas cuestiones de geología?

—¿Cómo crees? —preguntó el Premio, animoso—. Estudié y pensé: ya que debemos ir a la Tierra, será mejor que aprenda algo sobre ese lugar. ¡Y vaya si acerté! De no ser por mí, irías a los tropiezos por ahí..., buscando Miami Beach. Y al final, habrías terminado como almuerzo de un alosaurio.

—¿Quién me habría comido?

—Oh, se trata de uno de los miembros más horribles del grupo de los saurios, uno de cuyos descendientes, el saurópodo, culminó en el renombrado brontosaurio.

—¿Quieres decir que aquí hay dinosaurios? —preguntó Carmody.

—Debo anunciarte —dijo el Premio con tono *obligatto*— que ésta es la única y original Ciudad de los Dinosaurios; también quiero aprovechar la oportunidad para darte la bienvenida a la Era de los Reptiles Gigantes.

Carmody dejó escapar un sonido incoherente. Notó un movimiento a su izquierda y se volvió. Era un dinosaurio. Parecía tener unos seis metros de altura y su largo, desde la nariz a la cola, podía ser de unos quince metros. Se mantenía erguido sobre sus patas traseras. Tenía un color azul-pizarra. Con paso rápido, se dirigía hacia Carmody.

—¿Eso es un tiranosaurio? —preguntó Carmody.

—Sí —contestó el Premio—. Es un *Tyrannosaurus rex* o sea, el más respetado de los saurópsidos. Es un verdadero deinodonte; como podrás notar, sus incisivos superiores tienen unos doce centímetros de largo. Este joven ejemplar que se acerca a nosotros debe pesar más de nueve toneladas.

—¿Y se alimenta de carne? —preguntó Carmody.

—Sí, por supuesto. Creo que los tiranosaurios y otros carnívoros de este período se regodeaban principalmente con el inofensivo y muy común hadrosauro. Pero ésa es sólo una de mis teorías preferidas.

La criatura gigantesca ya estaba a menos de quince metros de distancia. No había ningún refugio en ese terreno llano y cenagoso; ningún lugar donde trepar, ni cueva para escurrirse.

—¿Qué puedo hacer? —dijo Carmody.

—Debes transformarte de inmediato en una planta —le urgió el Premio.

—¡Pero no puedo...

—¿No puedes? Entonces estás en una situación muy seria. Déjame ver. No puedes volar ni excavar en el suelo, y te apuesto diez contra uno que no podrías ganarle una carrera. ¡Ayyy, esto se hace difícil!!

—Y entonces, ¿qué?

—Bueno, dadas las circunstancias, creo que lo único que te queda es ser estoico con respecto a todo el asunto. Te citaré a Epícteto, y también, si eso te ayudara podríamos cantar juntos un himno.

—¡Al diablo con tus himnos! ¡Quiero salir de aquí!

La flauta ya había empezado a tocar las notas de 'Más Cerca, mi Señor, de Ti'. Carmody apretó los puños.

El tiranosaurio ya estaba justo frente a Carmody, elevándose por arriba de su cabeza como una enorme grúa de carne animada. Abrió su boca pavorosa.

## Capítulo diecinueve

—¡Hola! —dijo el tiranosaurio—. Me llamo Emie y tengo seis años. ¿Cómo te llamas tú?

—Carmody —contestó Carmody.

—Y yo soy su Premio —dijo el Premio.

—Bueno, ambos tenéis un aspecto muy extraño —dijo Emie—. No os parecéis a nadie que conozca de antes, y me he encontrado con un dimetrodonte, un strutionimus y un scolosauro, y muchos otros. ¿Sois acaso de por aquí cerca?

—Bueno, en cierto modo sí —dijo Carmody, pero reflexionando sobre la dimensión temporal, agregó—: Aunque en realidad, no.

—¡Oh! —exclamó Emie infantilmente, y mirándoles, quedó silencioso.

Carmody devolvió la mirada, fascinado por la enorme y horrenda cabeza, más grande que una máquina tragamonedas o un barril de cerveza; la boca estrecha, rellena de hileras de dientes agudos como estiletos. ¡No podía ser más aterrador! Sólo los ojos, redondos, azules, suaves y confiados, contrastaban con el resto amenazante del dinosaurio.

—Bien —dijo al fin Emie—. Entonces, ¿qué estáis haciendo aquí en el parque?

—¿Esto es un parque? —preguntó Carmody. —Seguro que es un parque —dijo Emie—. Es un parque para chicos, y aunque sois muy pequeños, no creo que vosotros seáis chicos...

—Tienes razón, no soy un niño —dijo Carmody—. He llegado hasta tu parque por un error. Creo que lo mejor sería que hablara con tu padre.

—Perfecto —dijo Emie—. Móntate en mi espalda, que te llevaré. Y no lo olvides, yo te descubrí. Trae a tu amigo también. ¡Qué *extraño* es!

Carmody deslizó el Premio en el bolsillo, y ayudándose con los pies y las manos trepó por los pliegues de la gruesa piel de Emie. En cuanto estuvo firmemente sentado en el cuello del dinosaurio, Emie hizo un giro y comenzó a trotar hacia el sudoeste.

—¿Adonde vamos? —preguntó Carmody, firmemente asido de Emie, que empezaba a galopar.

—Todo esto es excesivamente extraño —dijo el Premio con voz apagada, desde el bolsillo de Carmody.

—Aquí, el extraño eres tú —le recordó Carmody.

Después, se relajó, dispuesto a disfrutar la cabalgata.

Aunque no se llamaba Ciudad de los Dinosaurios, Carmody no pudo concebir otro nombre para ella. Quedaba a unos tres kilómetros del parque. Primero llegaron a un camino; en realidad, un sendero amplio que el paso de innumerables dinosaurios había hecho tan firme como el hormigón. Al seguir el camino, pasaron cerca de muchos hadrosaurios que dormían bajo los sauces llorones al costado del sendero, y que de vez en cuando armonizaban en voces dulces y bajas. Carmody preguntó a Emie sobre ellos, pero lo único que le dijo es que su padre los consideraba un verdadero problema.

Siguiendo por el camino, pasaron ante bosquecillos de abedules, arces, laureles y acebos. Debajo de cada arboleda había como una docena de dinosaurios, que se movían industriosamente bajo las ramas, algunos excavando el suelo, otros juntando residuos. Carmody preguntó qué estaban haciendo.

—Están poniendo las cosas en orden, limpiando —dijo Emie despreciativamente—. Eso es todo lo que hacen las amas de casa.

De pronto llegaron a una meseta elevada; luego de dejar atrás el último bosquecillo, se sumergieron abruptamente en la selva.

Todo indicaba que no había crecido espontáneamente; encontró muchos indicios de que la habían plantado con un propósito determinado, y con notable previsión.

Los árboles del exterior consistían en un ancho cinturón de higueras, frutos del pan, avellanos y nogales. Después de eso había varias hileras bien espaciadas de ginkgos delgados, de tallo alto. Y más adentro, sólo algunos pinos y abetos dispersos.

A medida que se internaban en la selva, fueron encontrándola más atestada de dinosaurios. La mayoría eran terópodos (tiranosaurios carnívoros como Emie), pero el Premio señaló que también había varios ornitópodos, y literalmente, cientos de ramas de los ceratópidos, entre los cuales vieron muchos triceratópidos con frondosa cornamenta. Casi todos ellos se movían al galope alrededor de los árboles. Sus patas hacían temblar el suelo, y los árboles se sacudían y nubes de polvo se levantaban en el aire. Era frecuente que el flanco de una bestia rozara contra el flanco de otra; los choques frontales se evitaban mediante giros rápidos, frenadas abruptas o a veces, aceleraciones repentinas. Se oían muchos bramidos por el derecho a pasar. La vista de tantos miles de dinosaurios apresurados era tan temible como abrumador el olor que emanaban.

—Hemos llegado —dijo Emie, deteniéndose tan bruscamente que Carmody casi salió volando por encima de su cuello—. ¡Aquí viene mi papá!

Al mirar en torno, Carmody vio que Emie les había llevado hasta una pequeña arboleda de secuoyas. Esos árboles enormes formaban un oasis dentro de la selva. Con paso lento, casi lánguido, dos o tres dinosaurios se movían entre los abetos gigantes, indiferentes a la barahúnda que había a unos cincuenta metros. Carmody llegó a la conclusión de que podría desmontar sin que lo aplastaran, y cautelosamente se deslizó por el cuello de Emie.

—Papi —gritó Emie—. ¡Eh, papi! ¡Mira lo que encontré, mira papá!

Uno de los dinosaurios miró hacia arriba; se trataba de un tiranosaurio algo más grande que Emie, con estrías blancas en el cuero gris. Sus ojos, también grises, eran sanguinolentos. Se volvió con extrema lentitud.

—¿Cuántas veces debo decirte que no debes galopar hasta aquí? —le observó.

—Lo siento, papi... Pero mira lo que encontré...

—Siempre dices 'lo siento' pero nunca encuentras la manera de modificar tu conducta —dijo el tiranosaurio papá—. Debo decirte una cosa, Emie; hemos hablado de esto con tu madre y estamos básicamente de acuerdo. Ninguno de nosotros desea criar un hijo desgarrado, vociferante y atropellado, sin los modales propios de un brontosaurio. Te quiero hijo mío, pero debes aprender...

—¡Papá! Por favor, deja el discurso para más tarde y mira; simplemente, mira lo que he encontrado.

El tiranosaurio más viejo apretó la boca y meneó la cola amenazadoramente. Pero siguiendo la dirección indicada por la garra extendida de su hijo, bajó la cabeza y vio a Carmody.

—¡Bendita sea mi alma! —exclamó.

—Buenos días, señor —dijo Carmody—. Me llamo Thomas Carmody, soy del género humano. No creo que en estos momentos haya en la Tierra ningún otro ser humano, ni tampoco cuadrumanos. Es difícil explicar cómo he llegado hasta aquí, pero vengo pacíficamente y... todo lo demás —terminó débilmente.

—¡Fantástico! —dijo el padre de Emie—. ¡Baxley! ¿Tú estas viendo lo mismo que yo? ¿Has escuchado?

Baxley, un tiranosaurio de aproximadamente la misma edad que el padre de Emie, dijo:

—Lo veo, Borg. Pero no puedo creerlo.



—¡Un mamífero que habla...! —exclamó Borg. —Todavía no puedo creerlo —dijo Baxley.

## Capítulo veinte

Tardó mucho más Borg en aceptar la idea de un mamífero parlante que Carmody la de un reptil con la misma característica. Sin embargo, Borg terminó por aceptarlo. Corno más tarde lo señalara el Premio, no hay nada como la presencia real de un hecho para hacerle creer a uno en la existencia del mismo.

Se retiraron a la oficina de Borg, ubicada bajo el altísimo follaje verde de un sauce llorón. Después de sentarse, empezaron a carraspear pensando en lo que podrían decir. Por último, Borg dijo:

—De manera que usted es... un mamífero extranjero del futuro, eh?

—Creo que soy eso —dijo Carmody—. Y usted es un reptil indígena del pasado.

—Nunca lo he considerado así —contestó Borg—. Pero imagino que es verdad. ¿Cuan adelante en el futuro, diría usted, es la época de la que viene?

—Alrededor de unos cien millones de años, algo así.

—¡Ah! Es un tiempo bastante lejano... Sí, mucho.

Borg asintió y empezó a tararear desafinadamente. Carmody advirtió que no sabía qué otra cosa decir. Parecía una persona muy decente, hospitalaria, pero muy aferrada a sus costumbres; más bien el tipo de padre de familia, no muy conversador. Simplemente, un tiranosaurio decente y opaco de clase media.

—Bueno, bueno —dijo Borg después que el silencio se había vuelto incómodo—. ¿Y cómo es el futuro?

—¿Perdone usted?

—Quiero decir, qué clase de lugar es el futuro.

—Muy activo —contestó Carmody—. Ajetreado; muchos nuevos inventos, y bastante confusión.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Borg—. Se parece mucho a lo que han pintado nuestros compañeros mis imaginativos. Algunos han llegado a predecir que los mamíferos experimentarían ciertos cambios evolutivos, hasta convertirse en la especie dominante de la Tierra. Pero en mi opinión, eso es algo grotesco y forzado.

—Me imagino que puede parecer eso —comentó Carmody.

—¿Entonces, soís la especie dominante? —Bueno... Una de ellas.

—¿Pero qué sucede con los reptiles? O para ser más específico, ¿cómo les irá a los tiranosaurios en el futuro?

Carmody no tuvo el coraje ni la frialdad de decirle que en sus días los tiranosaurios estaban extinguidos desde hacía unos sesenta millones de años, y que en cuanto a los reptiles en general, habían pasado a ocupar una parte muy insignificante en el esquema de las cosas.

—A su raza le está yendo tan bien como era de esperar —contestó Carmody, sintiéndose como una víbora.

—¡Muy bien! Ya me parecía que iba a ser así —dijo Borg—. Como usted sabe, somos una raza muy fuerte; la mayoría de nosotros tiene mucha voluntad y sentido común. ¿Y tienen muchos problemas los hombres y los reptiles en su coexistencia?

—No, no muchos problemas —dijo Carmody.

—Me alegra saberlo. Temía que los dinosaurios se hayan vuelto prepotentes a causa de su tamaño.

—No, no —le aseguró Carmody—. Hablando en nombre de los mamíferos del futuro, puedo decir sin ningún temor que todos amamos a los dinosaurios.

—Es muy honesto de su parte... —contestó Borg.

Carmody masculló algo. Se sentía muy avergonzado de sí mismo.

—El futuro no encierra grandes ansiedades para un dinosaurio —afirmó Borg con el tono rotundo de un discurso al final de una cena—. Pero no siempre fue así. El alosaurio, nuestro extinto antepasado, parece haber sido un bruto de mal carácter y un glotón desmedido. En cambio su antepasado, el ceratosaurio, era un carnosaurio enano; a juzgar por la medida de su caja craneana debe haber sido Increíblemente estúpido. En el amanecer de los tiempos hubo, por supuesto, otros carnosaurios. Y antes que ellos tuvo que haber un eslabón perdido..., un remoto antecesor del que descienden los dinosaurios cuadrúpedos y bípedos.

—Los dinosaurios bípedos son los dominantes, ¿no es cierto? —preguntó Carmody.

—Por supuesto. El triceratópido es una criatura de pocas luces, con un carácter muy salvaje. Tenemos sólo pequeñas manadas de ellos. De la carne se obtienen buenos bifés de brontosaurio. Hay varias especies más, naturalmente. Al llegar a la ciudad, debe haber notado algunos hadrosaurios...

—Sí, en efecto —dijo Carmody—. Estaban cantando.

—Esos individuos siempre están cantando —dijo Borg, con severidad.

—¿Vosotros los coméis?

—¡Por Dios, no! ¡Los hadrosaurios son inteligentes! Además de los tiranosaurios, pertenecen a la única especie inteligente en el planeta.

—Su hijo dijo que eran un problema.

—Y bien, es cierto —dijo Borg en tono desafiante.

—¿En qué sentido?

—Son perezosos; además, huraños e insolentes. Sé bien lo que estoy diciendo, he tenido hadrosaurios empleados como sirvientes. No tienen ambición, impulsos ni constancia. La mitad de las veces no saben quién les ha incubado, ni parece interesarles. No son capaces de sostener la mirada directa a los ojos, ni siquiera cuando se les habla.

—Sin embargo, cantan bien —dijo Carmody.

—¡Oh, ya lo creo que cantan bien! Muchas de nuestras mejores distracciones son los hadrosaurios. Bajo una buena supervisión también son aptos para la construcción pesada. Es claro que su aspecto desmerece tanto..., parecen ornitorrincos. Pero, bueno; la culpa no es de ellos... ¿Y queda resuelto en el futuro el problema de los hadrosaurios?

—Sí —dijo Carmody—. La raza se extingue. —Tal vez sea mejor de esa manera —sentenció Borg—. Sí. Realmente, creo que es lo mejor.

Carmody y Borg continuaron conversando durante varias horas. Carmody pudo enterarse de los problemas de la vida reptil. Las ciudades—selva estaban cada vez más atestadas de habitantes a medida que aumentaban los tiranosaurios y hadrosaurios que abandonaban el campo en busca de los placeres de la civilización. En los últimos cincuenta años había aparecido un problema de tránsito bastante agudo. Los saurichios gigantes, orgullosos de sus reflejos, prefieren viajar rápido. Pero con frecuencia suele ocurrir accidentes, cuando miles de ellos se apresuran por la selva a la misma hora. Casi siempre son graves: cuando dos reptiles, cada uno de los cuales pesa cuarenta toneladas, se embisten de frente a cuarenta y cinco kilómetros por hora, lo menos que puede esperarse es algún cuello roto.

Pero desde luego, estos no eran los únicos problemas existentes. Las ciudades apiñadas eran también un síntoma de una explosiva tasa de nacimientos. En varias partes del mundo había saurichanos a punto de morir de hambre. Y si bien las enfermedades y las guerras causaban grandes bajas entre ellos, no era suficiente.

—Tenemos estos problemas y muchos otros —concluyó Borg—. Algunos de nuestros cerebros más privilegiados se han entregado a la desesperación. Pero yo soy más optimista; nosotros, los reptiles, ya hemos conocido antes época malas, y hemos podido resolver la situación. Ya encontraremos solución también a estos problemas, así como lo hemos hecho con otros. A mi modo de ver, nuestra raza posee una nobleza innata, una

chispa de conciencia, una vida inapagable. No puedo creer que todo esto pueda extinguirse...

Carmody asintió al decir:

—Su pueblo perdurará —no podía hacer nada mejor que mentir como un caballero.

—Lo sé —dijo Borg—. Sin embargo, siempre resulta alentador tener una confirmación. Le agradezco eso. Y me imagino que ahora querrá hablar con sus amigos...

—¿Cuáles amigos? —preguntó Carmody.

—Me refiero al mamífero que está detrás de usted —respondió Borg.

Al volverse rápidamente, Carmody vio a un hombre bajo y gordo, con gafas, vestido con un traje oscuro de calle, que llevaba un portadocumentos y un paraguas bajo el brazo izquierdo.

—¿El señor Carmody? —preguntó.

—Sí, soy Carmody —contestó Carmody.

—Soy el señor Surtees, de la Oficina Interna de Réditos. Le aseguro que nos ha dado un buen trabajo cazarlo, señor Carmody. Pero la OÍR siempre encuentra a quien busca.

—Esto no es asunto mío —dijo Borg, y salió tan silenciosamente como podía hacerlo un tiranosaurio tan grande.

—Tiene algunos amigos bastante extraños —afirmó el señor Surtees, mirando a Borg mientras se iba—. Pero eso no me concierne, aunque tal vez le interese al FBI. Mi propósito al venir hasta aquí es sólo con respecto a sus impuestos de 1965 y 1966... Llevo en la cartera una orden de extradición, que creo encontrará satisfactoria. Y tengo también mi máquina del tiempo, estacionada fuera de este árbol. Le sugiero que venga de inmediato, y sin oponer resistencia.

—No —dijo Carmody.

—Le ruego que reconsidere su actitud —dijo Surtees—. Los cargos contra usted pueden arreglarse a satisfacción mutua. Pero deben quedar liquidados ya mismo. Al gobierno de Estados Unidos no le gusta esperar. Si rehúsa obedecer una orden de la Corte Suprema...

—Le he dicho que no —insistió Carmody—. Puede irse. Sé muy bien quién es usted.

Sin duda alguna se trataba del devorador. Había tratado de remedar al inspector de la OÍR de una manera increíblemente torpe. Tanto el portadocumentos como el paraguas estaban pegados al brazo izquierdo. Las facciones eran pasables, pero había olvidado una oreja y lo peor de todo, las rodillas estaban articuladas hacia atrás.

Carmody se volvió y empezó a alejarse. El devorador quedó en el mismo lugar, sin seguirlo, posiblemente incapacitado de hacerlo. Después de dar un grito de hambre y furia, desapareció. Sin embargo, Carmody no tuvo mucho tiempo para felicitarse; un momento después, también él desapareció.

## Capítulo veintiuno

—Bueno, entre, pase usted.

Carmody pestañeó. Ya no estaba cambiando opiniones con un dinosaurio en la Era Cretácea. En ese momento estaba en otro lugar. Se encontraba en un cuartucho destartado. El piso de piedra le enfriaba los pies. Las ventanas estaban cubiertas de hollín. La comente de aire hacía temblar la luz de las velas en lo alto.

Un hombre estaba sentado detrás de un escritorio de tapa corrediza. De su cara larga y huesuda sobresalía una nariz protuberante; sus ojos en cambio, parecían cavernas. Tenía un lunar pardo en medio de la mejilla izquierda. Los labios delgados eran casi blancos.

El hombre se presentó:

—Soy el Honorable Clyde Beedte Seethwright. Y usted, naturalmente, es el señor Carmody, a quien el señor Maudsley tuvo la gentileza de recomendarnos. Siéntese,

señor. Confío que su viaje desde el planeta del señor Maudsley haya sido bastante feliz.

—Sí, fue bueno —dijo Carmody al sentarse; sabía que no estaba siendo muy amable, pero las abruptas transiciones empezaban ya a desanimarle.

—¿El señor Maudsley se encuentra bien? —preguntó sonriente Seethwright.

—Está muy bien —contestó Carmody—. ¿Dónde estoy?

—¿No se lo ha dicho el empleado, al entrar?

—No he visto a ningún empleado, y ni siquiera sé cómo entré...

—¡Vaya, vaya! —dijo Seethwright con un leve chasquido—. La oficina de recepción debe estar fuera de fase otra vez. La he hecho arreglar una docena de veces, pero continúa desincronizándose... Es un contratiempo para mis clientes, pero mucho peor es para el pobre empleado, que sale de fase con todo y no puede volver con su familia... A veces se pierde por una semana, o más.

—Eso sí que es tener mala suerte —dijo Carmody, cerca de un estado histérico; tratando de controlar su voz, preguntó—: Si no fuera molestia para usted, ¿podría decirme solamente en qué lugar estoy y cómo puedo llegar a mi casa?

—Cálmese, por favor —dijo el señor Seethwright—. ¿No querría una taza de té? ¿No? Este lugar, como usted lo Dama, es la Oficina Galáctica de Colocación. Si quiere leerlas, nuestras bases de filiación están en ese cartel de la pared.

—¿Y cómo es que he llegado hasta aquí? —preguntó Carmody.

El señor Seethwright sonrió mientras juntaba las puntas de los dedos.

—Es muy simple, señor. Después de recibir la carta del señor Maudsley organicé una búsqueda. El empleado le encontró en Tierra B 344123C22. Era obvio que ese lugar no era el que a usted le corresponde. Quiero decir, el señor Maudsley tuvo la mejor voluntad, pero ¡claro!, él no pertenece al servicio de colocación. Por lo tanto, me he tomado la libertad de transportarle hasta aquí; pero si desea volver a la Tierra que mencioné antes...

—No, no —dijo Carmody—; sólo me estaba preguntando cómo... Quiero decir, usted afirma que éste es un Servicio de Colocación Galáctica, ¿no es así?

—Es el Servicio de Colocación Galáctica — corrigió suavemente Seethwright.

—Esta bien. Entonces, no estoy en la Tierra.

—No, por cierto. O para expresarlo en términos más precisos, usted no se encuentra en ninguno de los posibles, probables, potenciales o temporales mundos de configuración de la Tierra.

—De acuerdo. Bueno —dijo Carmody, que respiraba jadeando—. Una cosa, señor Seethwright, ¿ha estado usted alguna vez en una de aquellas Tierras?

—Mucho lamento no haber tenido ese placer. Mi trabajo me mantiene atado a la oficina, ¿sabe? Paso mis vacaciones —se aventuró a explicar pacientemente Seethwright—, en mi casa de campo en...

—¡Correcto! Atronó súbitamente Carmody—. Nunca ha estado en la Tierra, o así lo afirma. En ese caso, dígame en nombre de Dios, ¿qué está haciendo en una habitación que parece salida de *Dickens*, con velas y usando *chistera*? Quiero que me conteste, aunque ya sé la maldita respuesta: ¡algún hijo de puta debe haberme *drogado*, y estoy soñando esta maldita comedia..., incluyéndole a *usted*, con esa cara de hacha y de malnacido!

Carmody se dejó caer en la silla mientras respiraba como una locomotora a vapor. Con los ojos fijos, miraba triunfante a Seethwright. Esperaba que todo se desvaneciera y que aparecieran y desaparecieran formas extrañas, y que él despertara en su cama, al fin en su departamento, o quizás en la habitación de algún amigo, o en un hospital.

Pero no sucedió nada. La sensación de triunfo de Carmody se agotó rápidamente. Se sentía totalmente confundido, pero estaba tan cansado que ya nada le importaba.

—¿Ha dominado ya su arranque? —preguntó el señor Seethwright con voz glacial.

—Sí, se me ha pasado —dijo Carmody—. Lo siento.

—No se inquiete —dijo Seethwright con calma—. Puedo apreciar que ha estado bajo

una gran tensión. Pero no podré ayudarle si no se controla. Usando la inteligencia será posible que vuelva a su casa; con estallidos emocionales no llegará a ningún lado.

—Lo siento, de veras —dijo Carmody.

—En cuanto a esta habitación, que parece haberle sorprendido tanto, la hice decorar especialmente para usted. He logrado tan sólo una aproximación al período... Pero fue lo mejor que pude hacer en tan corto plazo. La finalidad era que usted se sintiera como en su casa.

—Oh, ha sido usted muy considerado —dijo Carmody—. Me imagino que su indumentaria...

—Sí, justamente —dijo el señor Seethwright con una sonrisa—; me he vestido de acuerdo con la decoración del ambiente. En realidad, no fue demasiado molesto; se trata de esos pequeños detalles que nuestros clientes saben apreciar.

—Se lo agradezco, realmente —dijo Carmody—. Ahora que me estoy acostumbrando, siento que me descansa. —Confiaba en que lo encontraría tranquilizante —dijo Seethwright—. En cuanto a su presunción de que todo esto se trata de un sueño... bueno, perdone usted, pero lo siento como un halago.

—¿Es verdad?

El señor Seethwright asintió vigorosamente.

—Tiene mérito como suposición, pero ninguna validez en cuanto a una afirmación de las circunstancias en que se encuentra.

—¡Oh! — dijo Carmody echándose hacia atrás en la silla.

—En términos estrictos —continuó Seethwright—, no existe una diferencia importante entre los acontecimientos reales y los imaginarios. La oposición existente entre ambos es sólo verbal. Puedo asegurarle señor Carmody, que no está soñando nada de esto; lo menciono solamente como un punto secundario de información. Y aun en caso de que estuviera soñando, usted debería seguir el mismo curso de acción.

—No entiendo nada —dijo Carmody—; pero me afirmo en su palabra de que todo esto sucede —vaciló un poco y luego agregó—: Lo que *realmente* no entiendo es *cómo* las cosas son como son... Por ejemplo, el Centro Galáctico se parecía un poco a Radio City, y Borg el dinosaurio no hablaba como un dinosaurio cualquiera, aunque se tratara de un dinosaurio parlante y...

—No se excite, por favor —dijo Seethwright.

—Lo siento —dijo Carmody.

—Usted desea que yo le diga porqué la realidad es como es —explicó Seethwright—, pero no hay explicación para eso. Simplemente, usted debe aprender a adaptar sus prejuicios a lo que encuentra. No puede esperar que la realidad se adapte a usted, salvo en muy raras ocasiones. No hay nada que hacer si las cosas son extrañas; tampoco hay nada que se pueda hacer si resultan familiares, ¿me sigue? Bien, ¿está seguro que no quiere una taza de té?

—No, gracias.

—Entonces, vamos a ocuparnos de que llegue a su casa —dijo Seethwright—, no hay nada como el pequeño hogar para levantarle el ánimo a uno, ¿verdad?

—¡Nada igual! —dijo Carmody—. Dígame señor Seethwright, ¿será muy difícil?

—Oh, no. No creo que *difícil* —contestó Seethwright—. Pero naturalmente, será complicado, duro y hasta algo riesgoso. Aunque no considero nada de eso como *difícil*.

—¿Qué considera usted realmente difícil? —preguntó Carmody.

—Resolver ecuaciones de segundo grado —contestó de inmediato Seethwright—. Es inútil; no puedo resolverlas, aunque trate más de un millón de veces. ¡Eso sí que es una dificultad, señor! Ahora, prosigamos con su caso.

—¿Sabe usted adonde está la Tierra? —preguntó Carmody.

—El problema no es '*Dónde*' —dijo Seethwright—. Ya ha estado *Dónde*, y no le ha servido de mucho, dado que el *Cuándo* estaba tan lejos del blanco. Pero ahora creo que

podremos fijar su *Cuándo* particular sin demasiado trabajo. El *Cuál* es lo que resulta engañoso.

—¿Es factible que eso nos detenga?

—De ninguna manera —contestó Seethwright—. Lo que debemos hacer es, simplemente, seleccionar entre varios, y ver a cual *Cuál* pertenece usted. Se trata de un proceso sencillo, como enhebrar cuentas, según dice la gente.

—Nunca lo he hecho —dijo Carmody—. ¿Es verdaderamente sencillo?

—Eso depende del tamaño de las cuentas y del grosor del hilo —le contestó Seethwright—. Para dar otro ejemplo, no se requiere de un gran esfuerzo para encontrar un tiburón en una bañera, mientras que es toda una empresa hacer entrar un pececillo en un tonel. La escala es lo importante. Pero en cuanto al proyecto que tiene ante sí, creo que podrá apreciar su rectitud y simplicidad.

—Eso imagino —dijo Carmody—. Pero considero que mi búsqueda de *Cuál Tierra*, puede ser muy recta y simple aunque también imposible de lograr, debido a la interminable serie de selecciones.

—Pese a no ser del todo cierto, esta muy bien dicho —afirmó Seethwright, sonriente—. A veces, las complicaciones resultan muy útiles, ¿sabe usted? Ayudan a identificar y especificar el problema.

—Bueno... Y ahora,— ¿qué pasa?

—Ahora nos pondremos a trabajar —contestó Seethwright, frotándose las manos con energía—. Con mi personal hemos reunido una selección de mundos Cuales. Tenemos confianza en que su mundo esté entre ellos. Pero, por supuesto, sólo usted puede determinar cuál es el verdadero.

—¿De modo que tendré que verlos y después decidir? —preguntó Carmody.

—Algo así —dijo Seethwright—. En realidad, los debe vivir. Después, en cuanto esté seguro, nos tiene que manifestar si ha dado con su probable mundo, o con alguna variante. Si es su mundo, queda todo terminado. Si se trata de una variante, entonces pasamos al siguiente *Cuál* mundo.

—Me parece bastante razonable —expresó Carmody— ¿Hay muchos de estos llamados mundos—probables?

—Una cantidad interminable, como usted sospechó antes. Pero confiemos en que pronto hemos de obtener éxito, a menos que...

—¿A menos que qué?

—A menos que su devorador le atrape antes...

—¡Mi devorador!

—Todavía le sigue el rastro —dijo el señor Seethwright—. Y como usted bien lo sabe, al presente es ya bastante experto en tenderle celadas. En general, esas trampas adoptan la forma de escenas entresacadas de sus recuerdos. Supongo que podríamos denominarlas 'escenas terraformes', destinadas a engañarle y adormecerle para convencerle que camine sin ninguna sospecha hacia dentro de su boca.

—¿Cree que tratará de interferir con sus mundos? —preguntó Carmody.

—Por supuesto que sí —dijo Seethwright;—. En el proceso de búsqueda no hay ningún santuario. Al contrario; cuando mejor y más informada la búsqueda, más preñada de peligros está. Antes, usted me había hecho una pregunta con respecto a los sueños y a la realidad. Bien, aquí está la respuesta: todo aquello que le ayuda procede abiertamente; en cambio, todo lo que busca hacerle daño lo hace en secreto, mediante el recurso de la decepción, los disfraces, los sueños.

—¿Y no hay nada que usted pueda hacer con respecto al devorador? —preguntó Carmody.

—Nada. Ni lo haría, aunque pudiera. La devoración es una circunstancia necesaria. Hasta los dioses son devorados por el Destino, eventualmente. Usted no puede ser una excepción a una regla universal.

—Pensé que iba a decir algo como eso — dijo Carmody— Pero, ¿no le es posible ayudarme de alguna forma? Tal vez dándome algunas claves en cuanto a las diferencias de los mundos donde usted me envía y los mundos del devorador.

—Las diferencias me resultan obvias a mí —afirmó Seethwright—. Pero nosotros dos no compartimos las mismas percepciones. Es posible que usted Carmody, no haga uso de mi perspicacia, o yo de la suya; sin embargo, hasta ahora ha logrado eludir al devorador.

—He tenido suerte.

—¡Ya lo ve! Yo tengo mucha habilidad, pero nada de suerte. ¿Quién es capaz de decir cuál de las dos será más necesaria en las pruebas que nos esperan? Yo no, y usted, por cierto, tampoco. Por lo tanto señor Carmody, sea de corazón intrépido. Con un corazón pusilánime nunca se ha ganado un buen planeta, ¿verdad? Observe los mundos a los que le envío, sea muy cauteloso en cuanto a las escenas deceptivas del devorador; salga cuando todavía tenga ventaja, pero no permita que el miedo lo desarme y le deje pasar su mundo verdadero..., el que le corresponde.

—¿Qué sucederá, si lo pasara inadvertidamente? —preguntó Carmody.

—Entonces, quizá su búsqueda nunca tendrá fin —le *dijo* Seethwright—. Sólo usted podrá decirnos a qué mundo pertenece. Si por una razón u otra usted no localiza a su mundo entre los más probables, entonces debemos continuar la búsqueda entre los meramente probables y después, los menos probables y por último, los improbables. Naturalmente, el número de mundos probables de la Tierra no es infinito; pero desde su puntos de vista, es como si lo fuera. Se trata simplemente de que usted no tiene una duración esencial suficiente como para buscar entre todos y después volver a empezar.

—Está bien —*dijo* Carmody, dudando—. Supongo que no queda otro camino.

—No tengo otra manera de ayudarle —dijo Seethwright—. Y dudo mucho que exista otro modo que no incluya su participación activa. Pero si lo desea, puedo hacer averiguar sobre técnicas sustitutivas de locación galáctica. Llevaría cierto tiempo...

—No dispongo de tanto tiempo —dijo Carmody—. Creo que mi devorador no está demasiado lejos de mí. Le ruego, señor Seethwright, que me envíe a las tierras probables, y también quiero expresarle mi gratitud por su paciencia... —Gracias —dijo Seethwright, evidentemente complacido—. Confíemos que el primer mundo resulte ser el que está buscando.

Seethwright apretó un botón de su escritorio. No sucedió nada hasta que Carmody pestañeó. Entonces, todo empezó a suceder con mucha rapidez, por cierto, pues Carmody, al abrir los ojos, se encontró suavemente de narices en la Tierra. O tal vez en un buen facsímil de la misma.

#### Cuarta parte - ¿CUAL ES LA TIERRA?

##### Capítulo veintidós

Carmody se encontró en una planicie primorosamente cuidada, bajo un cielo azul y un sol amarillo-oro. Lentamente miró en torno. A medio kilómetro de distancia vio una pequeña ciudad. No se trataba de una ciudad construida de la típica manera norteamericana, con los alrededores llenos de gasolineras, los tentáculos de los puestos de salchichas calientes, el borde de moteles y la costra protectora de depósitos de chatarra, sino que estaba construida como ciertos pueblos italianos de montaña, o algunas aldeas suizas que surgen de pronto y terminan bruscamente sin ningún preámbulo ni causa física, y en que el cuerpo de la ciudad se presenta todo de una vez y sin ninguna mejora.

A pesar del aspecto extranjero, Carmody estaba convencido de que lo que estaba

viendo era una ciudad americana. De manera que empezó a dirigirse hacia ella, lentamente y con todos los sentidos alerta, preparado para huir si notaba algo fuera de lugar.

Sin embargo, todo parecía en orden. La ciudad tenía un aspecto abierto y cálido; las calles estaban trazadas generosamente y había una cierta franqueza en las amplias ventanas salientes del frente de los negocios. Apenas hubo entrado más profundamente Carmody halló otros encantos, pues justo a la entrada de la ciudad encontró una plaza, muy similar a las plazas romanas, aunque mucho más pequeña, con una fuente en el medio en cuyo centro había una reproducción en mármol, de un niño con un delfín; de su boca brotaba un chorro de agua clara.

—Confío que le guste — dijo una voz detrás del hombro izquierdo de Carmody. Carmody no saltó alarmado; ni siquiera se volvió. Se había acostumbrado a escuchar voces que le hablaban desde atrás. A veces tenía la impresión de que muchas cosas en la galaxia se aproximaban a él de esa manera.

—Es muy bonito —dijo Carmody.

—Yo la construí y la coloqué en ese lugar —dijo la voz—. A pesar de tratarse de un concepto antiguo, una fuente cumple una función estética. Y esta plaza, así como la ve, con sus castaños y sus bancos, es una copia de un modelo bolones. Tampoco en este caso me ha inhibido el temor de ser anticuado. A mi parecer, él verdadero artista emplea lo que le parece necesario, ya sea que tenga la antigüedad de mil años o la novedad de un segundo.

—Aplaudo su modo de sentir —dijo Carmody—. Permítame que me presente: me llamo Thomas Carmody.

Se volvió sonriendo, con la mano extendida. Pero no vio a nadie detrás de su hombro izquierdo, ni del derecho. No había nadie en la plaza, nadie a la vista.

—Discúlpeme —dijo la voz—. No he tenido la intención de alarmarle. Creí que lo sabía.

—...que sabía qué cosa? —preguntó Carmody.

—Algunos detalles con respecto a mí.

—Bueno, no es así —contestó Carmody—. ¿Quién es usted, y desde dónde está hablando?

—Soy la voz de la ciudad, o por decirlo mejor, soy la ciudad misma, la verdadera ciudad, que le está hablando.

—¿Pero es la realidad? —preguntó Carmody sarcástica—mente—. Sí, me imagino que es un hecho —se respondió—. Bueno, está bien; usted es una ciudad. ¡Gran cosa!

Lo cierto es que Carmody estaba irritado. Ya se había encontrado con demasiadas entidades de gran magnitud y poderes milagrosos. De un extremo a otro de la galaxia, siempre resultó el que depende de los demás. Diversas fuerzas, creaciones y personificaciones, se le habían aparecido abruptamente sin cesar y le habían hecho perder la calma más de una vez. Carmody era un hombre razonable y no desconocía la existencia de un orden interestelar en el universo, en el que los seres humanos no estaban muy bien ubicados. Pero también tenía su orgullo. Creía que un hombre significaba algo, aunque sólo fuera para sí mismo. Un individuo no podía ir eternamente por ahí exclamando ' ¡oh!' y ' ¡ah!' y ' ¡bendita mi alma!' ante las diversas entidades inhumanas que le salieran al paso. No podía hacer eso sin perder su propia estima, y a Carmody le interesaba bastante su propia estima. Al momento presente de su vida, era una de las pocas cosas que aún le quedaba.

Por lo tanto, se alejó de la fuente y empezó a caminar por la plaza como alguien acostumbrado a hablar con ciudades como si tal cosa, un poco aburrido ya de la misma historia. Caminó bajando por varias calles, y luego subió por algunas avenidas. Se detuvo ante los escaparates de los negocios y observó la medida de las casa. Hizo una breve pausa frente a una escultura.

—¿Y bien? —dijo la ciudad, después de un rato.



—¿Bien qué? —replicó Carmody enseguida.

—¿Qué piensa de mí?

—Pienso que está bien —contestó Carmody.

—¿Sólo bien?

—Mire —dijo Carmody—; una ciudad es una ciudad, y una vez que se ha visto una, es como haberlas visto a todas.

—Eso no es verdad —replicó la ciudad, demostrando cierto resentimiento—. Soy completamente diferente de otras ciudades. Soy única.

—Por cierto —dijo Carmody con desdén—. Para mí, tiene el aspecto de un conglomerado de diversas partes mal combinadas. Hay una plaza italiana, un par de estatuas griegas, una hilera de casas estilo Tudor, un conventillo estilo antiguo Nueva York, un puesto de salchichas calientes con la forma de un remolcador, y Dios sabe qué más... ¿Le parece original todo eso?

—Lo que es único es la combinación de todas esas formas en una entidad con sentido —dijo la ciudad—. En un marco de referencias de compatibilidad interna, ofrezco cierta variedad. Las formas más antiguas no representan anacronismos, ¿entiende usted? Son estilos representativos de un modo de vida y como tal, son apropiados en una máquina bien forjada para vivir.

—Esa es *su* opinión —dijo Carmody—. Por curiosidad, ¿tiene usted un nombre?

—Por supuesto —contestó la ciudad—. Me llamo Bellwether. Soy un municipio incorporado al estado de Nueva Jersey— ¿Querría un poco de café, quizá con un bocadillo o alguna fruta?

—Me gustaría un poco de café —dijo Carmody. Dejó que la voz de Bellwether le guiara; doblaron por la primera bocacalle hasta un café al aire libre que se llamaba 'Oh Muchacho', y que era una réplica de los bares de la alegre década de 1890 en todos sus detalles..., hasta las lámparas de estilo Tiffany, el candelabro de cristal tallado y la pianola. Como todo lo demás que Carmody había visto en la ciudad, estaba inmaculadamente limpio, pero sin gente.

—Tiene una linda atmósfera, ¿no le parece? —preguntó Bellwether.

—Rústico —sentenció Carmody—. Está bien, si a usted le gusta ese tipo de cosas.

Sobre su mesa quedó depositada una taza humeante de café capuchino, en una bandeja de acero inoxidable.

—Pero al menos hay buen servicio —agregó Carmody mientras sorbía el café.

—¿Es bueno? —preguntó Bellwether.

—Sí, muy bueno.

—Estoy orgulloso de mi café —dijo Bellwether tranquilamente—, y también de mis comidas. ¿No le gustaría un bocado? ¿Tal vez una tortilla, o un soufflé?

—Nada —contestó Carmody con firmeza; se recostó en la silla, y dijo—: De manera que usted es una ciudad modelo...

—Sí, tengo el honor de ser eso —dijo Bellwether—. Soy la ciudad modelo de construcción más reciente, y según creo, la más satisfactoria. Fui concebida por un grupo de estudio combinado de las universidades de Yale y Chicago, que trabajó con una beca de Rockefeller. Casi todos mis detalles prácticos han sido ideados por el Instituto de Tecnología de Massachussetts, si bien algunas partes especiales son de Princeton y de la RAND Corporation. Mi construcción propiamente tal fue un proyecto de la General Electric, y el dinero se obtuvo mediante contribuciones de la Fundación Ford, así como de otras instituciones que no puedo mencionar.

—Es una historia bastante interesante —dijo Carmody con una insoportable indiferencia—. Esa que está del otro lado de la calle es una catedral gótica, ¿no es así?

—Sí, completamente gótica —contestó Bellwether—. También es intersectoria, está abierta a todas las religiones, con capacidad para trescientas personas sentadas.

—Eso no parece mucho para un edificio de ese tamaño. —No lo es, por supuesto. Pero

tuve la idea de combinar cierto temor reverencial con un sentimiento de intimidad. A mucha gente le gusta...

—Y de paso..., ¿dónde está la gente? —preguntó Carmody—. No he visto a nadie.

—Se han ido —contestó Bellwether lúgubrement— Todos han partido.

—¿Porqué?

Bellwether permaneció en silencio por un tiempo, después dijo:

—Se produjo una ruptura de relaciones entre la Municipalidad y la comunidad. Fue un malentendido en realidad, o tal vez debería decir una serie infortunada de malos entendidos. Tengo la sospecha que algunos alborotadores han tenido que ver con el éxodo.

—Pero, ¿qué sucedió, precisamente?

—No lo sé —contestó Bellwether—. Pero por esta vez, ¿por qué no se queda, señor Carmody?

—¿Yo? En realidad, no creo...

—Parece cansado de viajar —dijo Bellwether—. Estoy seguro que un buen descanso le vendría bien.

—En los últimos tiempos he estado viajando mucho —admitió Carmody.

—¡Quién sabe! Puede ser que aquí encuentre lo que le gusta —dijo Bellwether—. Y de todos modos, habrá tenido la experiencia original de gozar de la ciudad más moderna de acuerdo con los tiempos. Y enteramente a su servicio.

—Lo encuentro muy interesante — dijo Carmody—. Pero debo pensarlo.

La ciudad de Bellwether le intrigaba, pero al mismo tiempo le causaba cierta aprehensión. Deseaba saber qué había pasado realmente con sus habitantes.

## Capítulo veintitrés

Ante la insistencia de Bellwether, Carmody fue esa noche a dormir a la lujosa suite nupcial del Hotel Jorge V. Por la mañana despertó bien descansado y agradecido. Indudablemente que había tenido una gran necesidad de cesación del estado consciente.

Mientras Carmody tomaba el desayuno que le había servido Bellwether en la terraza, pudo escuchar un animado cuarteto de Haydn. El aire era delicioso; si Bellwether no se lo hubiera dicho, Carmody nunca habría imaginado que era filtrado. La temperatura y la humedad eran agradables y completamente satisfactorias. Desde la terraza se divisaba un espléndido panorama del sector oeste de Bellwether; una mezcla agradable de pagodas chinas, puentecillos venecianos, canales japoneses, una colina verde, un templo corintio, un parking y una torre normanda, entre varias cosas más...

—La vista es magnífica —dijo Carmody.

—Me satisface que la aprecie —replicó Bellwether—. Desde el primer momento, el estilo fue un problema discutido desde varios puntos de vista. Un grupo abogaba por la compatibilidad, es decir, el grupo armonioso de formas mezcladas dentro de una totalidad también armoniosa; pero eso ya había sido ensayado..., hay muchas ciudades—modelo de esas características; resultan uniformes, opacas, entidades artificiales creadas por un hombre o un comité..., lo contrario de lo que es una verdadera ciudad.

—Pero usted mismo es un poco artificial, ¿no es cierto? —preguntó Carmody, respetuosamente.

—Por supuesto. Pero no finjo ser lo que no soy. No soy una falsa 'ciudad del futuro' ni una copia bastarda del estilo florentino. Represento una entidad conglomerada y el propósito es que resulte interesante y estimulante al mismo tiempo, además de práctica y funcional.

—Bellwether, ¿sabe una cosa? Usted me parece muy bien —dijo Carmody—. Pero las ciudades modelo, ¿hablan todas como usted?

—No —contestó Bellwether—; hasta ahora, las otras ciudades, sean o no modelos, nunca han dicho una sola palabra. Pero eso no gustaba a los habitantes. Detestaban una ciudad que hiciera las cosas sin decir nada. Parecía demasiado enorme, dominante, sin alma. Por esa razón me crearon con una conciencia artificial.

—Ya veo —dijo Carmody.

—Quisiera saber si es cierto. La conciencia artificial me personaliza, lo que en una era de despersonalización es muy importante. Me capacita para ser realmente sensible. Al mismo tiempo, me permite ser creativa en mis reacciones a los requerimientos de mis ocupantes. Entre ellos y yo podemos razonar juntos. Al mantener un diálogo continuo y significativo, podemos ayudarnos mutuamente para lograr la creación de un medioambiente urbano realmente viable. Podemos modificarnos mutuamente, sin sufrir ninguna pérdida importante de individualidad.

—Todo esto suena muy bien —dijo Carmody—, salvo que aquí no hay nadie con quien sostener un diálogo.

—Es el único defecto del esquema —admitió Bellwether—. Pero por el momento, le tengo a usted.

—Sí, me tiene —dijo Carmody, preguntándose porqué diablos las palabras resonaban tan desagradables a su oído.

—Y naturalmente que usted me tiene a mí —dijo Bellwether—. Es una relación recíproca, la única clase de relación que vale la pena tener. Pero ahora, querido Carmody, supongamos que yo le guíe para mostrarle todo. Después podrá establecerse y regularizar...

—¿Y qué?

—No quise decirlo de la manera que sonó —dijo Bellwether, algo avergonzado—. Se trata simplemente de una desgraciada expresión científica. Pero estoy seguro que usted comprende que una situación recíproca establece obligaciones de parte de ambos integrantes. No podría ser de otra manera, ¿no le parece? —No, al menos que fuera una relación *laissez-faire*.

—Tratamos de dejar a un lado todo eso —dijo Bellwether—; como usted sabe, el *laissez-faire* se convierte en una doctrina de las emociones, y conduce sin etapas a la anemia. Pero..., tenga la amabilidad de venir por aquí, por favor.

Carmody fue hacia donde le decía, y contempló las excelencias de Bellwether. Recorrió la planta de energía, el sistema de purificación del agua, el parque industrial y la sección de las industrias de la luz. Vio el parque infantil y el salón para ancianos. Entró en un museo y en una galería de arte, una sala para conciertos y un teatro; también visitó un local para juego de bolos, un salón de billar, una pista de karting y un cine. Empezó a sentirse cansado, le dolían los pies y deseaba detenerse. Pero Bellwether insistió en mostrarse y exhibir todo lo que tenía, y obligó a Carmody a ver el edificio de cinco pisos del American Express, la sinagoga portuguesa, la estatua de Buckminster Fuller, la estación de autobuses Greyhound y varias otras atracciones.

Cuando por fin terminaron de ver todo, Carmody llegó a la conclusión que las maravillas de una ciudad modelo no eran mejores ni peores que las maravillas de la galaxia. Era cierto aquello de que la belleza está en los ojos del observador, excepto por una pequeña parte, que estaba en sus pies.

—Y ahora, ¿qué le parece un pequeño almuerzo? —preguntó Bellwether.

—Excelente —contestó Carmody.

La ciudad le guió hasta el Rochembau Café, que estaba de moda. Empezó con un *pottage aux petit pois*, y terminó con *petit fours*.

—...tal vez un buen queso *gruyere* para terminar, ¿no es cierto? —preguntó Bellwether.

—No, gracias —dijo Carmody—. Estoy satisfecho; a decir verdad, estoy demasiado satisfecho.

—Pero el queso no llena. ¿Y un buen *camembert*?

—No podría, aunque quisiera.

—Entonces, quizás algunas frutas variadas. Muy refrescantes para el paladar.

—No es mi paladar lo que necesita refrescarse —dijo Carmody.

—Por lo menos una manzana, una pera, unas cuantas uvas... —No, gracias.

—¿...algunas cerezas?

—No, no, no.

—Una comida no está completa sin un poco de fruta —dijo Bellwether.

—La mía, sí —contestó Carmody.

—Hay ciertas vitaminas importantes que sólo se encuentran en las frutas.

—Tendré que arreglármelas sin ellas, por esta vez...

—¿Quiere media naranja, si se la mondo? Los cítricos no abultan.;

—Me resulta imposible.

—¿Ni siquiera un cuarto de naranja? Yo le sacaré las pepitas...

—Definitivamente, no.

—Me haría sentir mejor —dijo Bellwether—. Tengo una compulsión por completar las cosas, le digo. Y para mí, una comida no está terminada sin un poco de fruta.

—¡No! ¡No! ¡No!

—Está bien. No se excite por eso —dijo Bellwether—. Si no le gusta la clase de comida que sirvo, es cosa suya.

—¡Pero es que me ha gustado mucho!

—Entonces, si le gusta tanto, ¿por qué no come alguna fruta?

—Basta —dijo Carmody, cediendo—. Déme un par de uvas.

—No quiero forzarle a hacer nada.

—No está forzándome. Démelas, por favor.

—¿Está bien seguro?

—¡Démelas! —gritó Carmody.

—Tómelas entonces —dijo Bellwether, presentando un magnífico racimo de uva moscatel.

Carmody las comió todas. Eran exquisitas.

—Perdóneme —dijo Bellwether—. Pero, ¿qué está haciendo usted?

Carmody se sentó bien derecho y abrió los ojos.

—Hacía una pequeña siesta —le dijo—. ¿Tiene algo de malo?

—¿Qué podría tener de malo una cosa perfectamente natural como ésa? —dijo Bellwether.

—Gracias —dijo Carmody, y volvió a cerrar los ojos.

—Pero, ¿por qué hacer la siesta en una silla? —preguntó Bellwether.

—Pues porque en este momento estoy en una silla, y ya estoy semidormido.

—Le dará tortícolis —le previno Bellwether.

—No me importa —murmuró Carmody, aún con los ojos cerrados.

—¿Por qué no hace una buena siesta allí, en el sofá?

—Ya estoy dormitando muy cómodo donde estoy.

—Pero usted no está realmente cómodo... La anatomía humana no está formada para dormir sentada —señaló Bellwether.

—En este momento, la mía sí —dijo Carmody.

—No es cierto. ¿Por qué no prueba el sofá?

—La silla está muy bien.

—Pero el sofá es mejor. Haga la prueba, nada más, Carmody. ¿Carmody...

—¿Eh? ¿Qué es eso? —preguntó Carmody al despertar.

—El sofá. De veras, creo que debería dormir en el sofá.

—Está bien —dijo Carmody, haciendo un esfuerzo para ponerse en pie—, ¿Dónde está ese sofá?

Bellwether le guió hasta salir del restaurante; caminó hasta la primera esquina y

después de doblar, llegó a un local con un anuncio que ponía: *Para Dormitar*. Había una docena de sofás. Carmody fue al más cercano.

—Ese no —le *dijo* Bellwether—, tiene un rescate malo.

—No importa —dijo Carmody—, dormiré habiéndolo un lado.

—Pero quedará en una postura incómoda.:

—¡Dios! —dijo Carmody—. ¡Y cuál me recomienda? —Aquel que está atrás —dijo Bellwether—. Es el mejor del local, tiene dimensiones extra amplias. La elasticidad del colchón ha sido científicamente determinada. Las almohadas...

—Correcto, excelente, bueno —dijo Carmody, y se acostó en el sofá indicado.

—¿Quiere que ponga un poco de música sedante?

—No se moleste.

—Como quiera. Entonces, apagaré la luz. —Está bien.

—¿Quiere una manta? La temperatura aquí está controlada, por supuesto. Pero con frecuencia los que duermen tienen una impresión subjetiva de frialdad, que es difícil...

—¡No importa! ¡Déjeme solo!

—Está bien —dijo Bellwether—. No hago esto por mí. Personalmente, nunca duermo.

—Lo siento — *dijo* Carmody.

—No se preocupe usted —*dijo* Bellwether.

Hubo un largo silencio. Después, Carmody se sentó.

—¿Qué sucede? —preguntó Bellwether.

—Ahora no puedo dormir.

—Trate de cerrar los ojos y relaje conscientemente todos los músculos del cuerpo; empiece con el dedo gordo del pie y continúe hacia arriba...

—¡No puedo dormir! —gritó Carmody.

—Tal vez no tiene tanto sueño como creía —sugirió Bellwether—; pero al menos, cierre los ojos y trate de descansar un poco. Hágalo por mí.

—No —insistió Carmody—. No tengo sueño y no necesito descansar.

—¡Qué obstinado! — *dijo* Bellwether—. Haga lo que quiera; he hecho todo lo que he podido...

—Sí.

Carmody se levantó y salió del local dormitorio. Caminó durante unos minutos hasta que se detuvo en un pequeño puente arqueado desde el que miró una laguna azul.

—Es una copia del puente Rialto, de —Venecia —dijo Bellwether—. En menor escala, por supuesto.

—Lo sé —dijo Carmody—. He leído el letrero.

—Es bastante encantador, ¿no le parece?

—Ya lo creo, es hermoso —dijo Carmody encendiendo un cigarrillo.

—Está haciendo mucho humo —señaló Bellwether.

—Lo sé. Pero tengo ganas de fumar.

—En carácter de consejero médico, debo advertirle que la conexión entre fumar y el cáncer de pulmón está definitivamente demostrada.

—Losé.

—Si adoptara la pipa, correría menos riesgo.

—No me gusta la pipa.

—¿Y los cigarros, entonces?

—Tampoco me gustan los cigarros — dijo, y encendió otro cigarrillo.

—Es el tercer cigarrillo que fuma en cinco minutos. — ¡Maldición! Fumaré cuanto me plazca y cuando quiera —gritó Carmody.

—Bueno, estoy seguro que lo hará —dijo Bellwether—. Simplemente, trataba de aconsejarle por su propio bien. ¿O quiere que me quede contemplando su autodestrucción sin decir ni una sola palabra...

—Sí —repuso Carmody.

—No puedo creer que lo diga en serio. Aquí se trata de un imperativo ético. El hombre puede actuar en contra de sus intereses. En cambio, a una máquina no se le permite tal grado de perversidad.

—¡Déjeme tranquilo! —dijo Carmody de mal humor—. No me importune más.

—¿...que yo le importuno? Querido Carmody, ¿acaso he tratado de forzarle en algo? ¿No me he limitado a aconsejarle?

—Quizás haya sido así, pero es que habla demasiado...

—A juzgar por las respuestas que consigo, quizá no sea lo suficiente —dijo Bellwether.

—Usted habla demasiado —repitió Carmody, y encendió un cigarrillo.

—Es el cuarto cigarrillo en cinco minutos.

Carmody abrió la boca, dispuesto a insultarle. Pero cambió de parecer y se fue.

—¿Qué es esto? —preguntó Carmody.

—Es una máquina que expende golosinas —dijo Bellwether.

—Por el aspecto, no lo parece.

—Sin embargo es eso. El diseño es una modificación de un diseño de Saarinen para un silo. Por supuesto, la hice en miniatura y...

—Pero no parece una máquina de golosinas. ¿Cómo la hace funcionar?

—Es muy simple. Oprima el botón rojo. Ahora espere. Baje una de esas palancas de la hilera H; ahora empuje el botón verde. ¡Ya está!

En la mano de Carmody se deslizó una barra del chocolate de moda. Le quitó el papel y dio un mordisco a la barra.

—¿Es auténtica, o esta es una copia? —preguntó.

—Es verdadera. Debido a presiones de trabajo, tuve que hacer un sub—contrato con la distribuidora de golosinas...

—Ah —dijo Carmody, dejando caer la envoltura del chocolate.

—Eso que acaba usted de hacer, es un ejemplo de desconsideración con el que siempre tropiezo.

—No es más que un trozo de papel —dijo Carmody volviéndose para mirar el papel que acababa de tirar en la calle inmaculada.

—Por supuesto que es sólo un trozo de papel —dijo Bellwether—, pero multiplíquelo usted por cien mil habitantes, ¿y qué tendríamos entonces?

—Cien mil trozos de papel —contestó Carmody de inmediato.

—No me resulta gracioso —dijo Bellwether—. Aseguraría que a usted no le gusta vivir en medio de un papelerío; sería el primero en quejarse si la calle estuviera cubierta de basura. Pero, ¿contribuye acaso? ¿Es capaz de limpiar siquiera lo que ensucia? ¡Por supuesto que no! Deja que yo me encargue de eso, aunque también deba ocuparme de todas las otras funciones de la ciudad, día y noche, sin descansar ni tan sólo los domingos.

—Bueno, ¿va a terminar con su sermón? —preguntó Carmody—. Lo levantaré.

Se inclinó para recoger la envoltura de la golosina, pero justo antes de que sus dedos la alcanzaran, un brazo—tenaza salió de la alcantarilla más cercana, recogió el papel y lo hizo desaparecer de la vista.

—Está bien —dijo Bellwether—, estoy acostumbrado a limpiar lo que la gente ensucia; lo hago constantemente.

—¡Ja!

—Tampoco espero gratitud.

—¡Se lo agradezco, se lo agradezco! —dijo Carmody.

—No tiene importancia.

—Entonces, ¿para qué hizo mención del asunto?

—Sólo pensaba en usted —dijo Bellwether.

—Sí, me doy cuenta.

—Sabrá usted que no es a mi a quien beneficia, si limpia o no.

—Tengo conciencia de eso.  
 —Cuando uno se interesa —continuó Bellwether—, cuando se «ente responsable, no es muy grato que le insulten... —Yo no le he insultado.  
 —Esta vez, no. Pero antes, sí que lo hizo.  
 —Bueno... Estaba nervioso.  
 —Es porque fuma.  
 —No empiece otra vez con eso...  
 —Ni qué pensar —dijo Bellwether—. Fume como una chimenea, si lo desea... A mí, ¿qué me importa? Son sus pulmones, ¿no es cierto?  
 —Diablos si tiene razón —dijo Carmody encendiendo un cigarrillo.  
 —Pero es mi fracaso —dijo Bellwether.  
 —No, por favor —dijo Carmody—; no diga eso.  
 —Perdone que lo haya dicho —manifestó Bellwether.  
 —Está bien.  
 —A veces me excedo en mi celo.  
 —Por cierto.  
 —Y se hace muy difícil, especialmente porque tengo razón, usted lo sabe.  
 —Lo sé —dijo Carmody—. Usted tiene razón, tiene razón, siempre tiene razón. Correcto, correcto, correcto, correcto...  
 —No se agite antes de ir a dormir —dijo Bellwether—. ¿No quiere un vaso de leche?  
 —No.  
 —¿Está seguro?

Carmody se tapó los ojos con las manos. Se sentía muy extraño y culpable. Al mismo tiempo, se consideraba como un ser frágil, sucio, desaliñado. Se sentía en general, irrevocablemente mal, y sabía que siempre sería lo mismo.

De alguna manera encontró fuerza interior y gritó:

—¡Seethwright!

—¿A quién le grita? —preguntó Bellwether.

—¡Seethwright! ¿Dónde está?

—¿En qué le he fallado? —preguntó Bellwether—; dígame en qué...

—¿Seethwright! —gimió Carmody—. ¡Esta es la Tierra falsa...!

Se produjo un castañeteo de dedos, un estallido y una crepitación, y Carmody se encontró en otro lugar.

## Capítulo veinticuatro

¡Epa! ¡Cataplum! ¡Crrrac! Ya estamos en otra parte, ¿pero quién puede decir dónde, cuándo y cuál es? Carmody no, con toda seguridad..., aunque de pronto se encontrara en una persuasiva ciudad, muy parecida a Nueva York. *Muy parecida...*, pero, ¿era?

—¿Es esto Nueva York? —preguntó Carmody.

—¿Cómo diablos quieres que sepa? —contestó de inmediato una voz.

—Oh, era sólo una pregunta retórica —dijo Carmody.

—Me doy cuenta perfectamente; pero como tengo título de retórico, la contesté.

Carmody miró alrededor y comprobó que la voz había salido de un largo paraguas negro que llevaba en la mano izquierda.

—¿Eres mi Premio?—preguntó.

—Por supuesto que sí —contestó el Premio—. ¿O acaso parezco un perro caniche?

—¿Y dónde has estado mientras yo andaba por esa ciudad modelo?

—Me tomé unas cortas y bien merecidas vacaciones —dijo el Premio—. Y toda queja resultará inútil. El contrato entre los Premios Incorporados de la Galaxia y la Liga de Receptores, estipula las vacaciones.

—No me estaba quejando —dijo Carmody—. Sólo que... Bueno, es igual. Este lugar se parece mucho a la Tierra. En realidad, es idéntico a Nueva York.

Estaba en una ciudad. El tránsito, tanto humano como vehicular, era intenso. Había muchos teatros, muchos puestos de salchichas calientes, mucha gente. Numerosos negocios exhibían carteles anunciando que iban a cerrar y que vendían todo su inventario sin reparar en los costes. Por todas partes relampagueaban signos de luz fluorescente. Entre los muchos restaurantes que se podía ver, los más destacados eran el Occidental, el Sureño, el Oriental y el Norteño, y en todos ellos el plato especial era el bistec con patatas fritas *paule*. Al otro lado de la calle, un cine exhibía *La Apócrifa* (más grande y extraña que la Biblia), con un elenco de miles de personas. Cerca estaba la discoteca Uníalos, en la que un conjunto de música folklórica *rock*, llamado *The Shits*, tocaba una música estridente mientras unas vírgenes inmaduras bailaban con unos atuendos sin la parte media.

—¡Aquí hay de todo! —dijo Carmody, relamiéndose los labios.

—Lo único que oigo es el sonido discordante de las cajas registradoras —dijo el Premio, con la voz de un moralista.

—No seas tan estirado —dijo Carmody—. Creo que estoy en mi ciudad.

—Espero que no —declaró el Premio—. Este lugar me pone nervioso. Haz el favor de mirar bien alrededor, para estar bien seguro... Recuerda que la similitud no siempre implica exactitud.

Se encontró frente a la entrada del metropolitano IRT, en la esquina de Broadway y la Calle Cincuenta. Sí, había llegado. Caminó a paso vivo hasta la boca, y bajó las escaleras. Todo le resultaba familiar, excitante, pero triste al mismo tiempo. Las paredes de mármol se veían húmedas de licor, y el monorriel resplandeciente salía de un túnel y desaparecía por otro...

—¡Oh! —murmuró Carmody.

—¿Cómo va eso? —preguntó el Premio.

—No importa —dijo Carmody—; pensándolo bien, creo que daré un pequeño paseo por las calles.

Trató de salir por donde había entrado, caminando lentamente hacia el rectángulo de cielo recortado arriba. Pero una muchedumbre le cerraba el paso. Las paredes húmedas del metro empezaron a temblar primero, y luego a convulsionarse rítmicamente. El fulgurante monorriel empujó hasta salirse de los montantes, se curvó sobre sí mismo como una lengua desvergonzada, y dio un suave latigazo hacia él. Carmody empezó a abrirse paso entre la multitud, que volvía a echarlo hacia atrás, aunque algunos caían. Demoró algo en advertir que volvían a erguirse sobre sus pies, como si tuvieran un peso en la base. Los zapatos le quedaban pegados al suelo, las siluetas se acercaban formando un círculo estrecho en torno de él, y el monorriel se mantenía suspendido sobre su cabeza.

—¡Seethwright! —gritó Carmody—. ¡Líbrame de esto!

—¡A mí también —rogó el Premio.

—¡Y a mí... —gritó el astuto devorador, puesto que de él se trataba; dentro de su realista disfraz de metropolitano y a cuya boca había ido a parar Carmody.

Pero no sucedió nada. Carmody tuvo el horrible presentimiento de que Seethwright tal vez se hubiera ido a almorzar, al water, o a contestar alguna llamada telefónica. El rectángulo azul de cielo se hacía más pequeño a medida que la salida se cerraba. Las siluetas que le rodeaban perdieron gradualmente su apariencia humana. Las paredes tomaron un color rojo purpúreo y empezaron a temblar, cada vez más hinchadas, para luego contraerse en movimientos convulsivos. El delgado monorriel se enroscaba hambriento alrededor de los pies de Carmody. Dentro del cuerpo del devorador se producía un lento baboseo, acompañado de roncós aullidos (los que se alimentan de Carmodys parecen cerdos; no saben comportarse en la mesa).



—¡Socorro! —gritó Carmody, mientras los jugos digestivos le comían las suelas de los zapatos—. ¡Ayúdeme, Seethwright!

—¡Ayúdelo, ayúdelo! —sollozó el Premio—; pero si es muy difícil, ayúdeme a mí. Le prometo colocar avisos en los diarios más importantes, reunir comités, formar grupos de acción, llevar cartelones por las calles, todo con el propósito de que Carmody no se vaya sin ser reivindicado. Me comprometo además a...

—¡Déjese de balbucear! —dijo una voz, a la que Carmody reconoció como la de Seethwright—. ¡Es una vergüenza! En cuanto a usted, Carmody, piénselo bien antes de entrar en la boca del devorador. Mi oficina no se ha establecido para aquellos que se salvan por un pelo.

—Pero esta vez, ¿me salvará? —preguntó Carmody—. Lo hará, ¿no es cierto? ¿Lo hará?

—Ya está resuelto — dijo Seethwright. Y efectivamente, cuando Carmody miró a su alrededor, pudo comprobar que en realidad, Seethwright ya lo había hecho.

## Capítulo veinticinco

Seethwright debió haber cometido algún error al efectuar la siguiente transición, ya que después de un breve período en blanco, Carmody se encontró en el asiento posterior de un taxi en una ciudad muy parecida a Nueva York. Parecía estar metido en una conversación.

—¿Qué dijo usted? —preguntó el conductor.

—No dije nada —contestó Carmody.

—Oh, creí que había dicho algo. Bueno lo que yo estaba diciendo, era que..., ese que ve allí, es el nuevo edificio Flammarion.

—Lo sé —se oyó contestar Carmody—. Participé en su construcción.

—¿No me diga? ¡Qué trabajo! Pero ya ha terminado, ¿no?

—Sí —contestó Carmody, frunciendo el entrecejo al quitarse el cigarrillo de la boca—. Y ahora también he terminado con el cigarrillo.

Sacudiendo la cabeza, arrojó la colilla por la ventana. Todas estas palabras y acciones parecían naturales a una parte de sí (la conciencia activa), mientras que la otra parte (su conciencia reflexiva), observaba y se divertía enormemente.

—¿Por qué no me lo d yo? —preguntó el taxista—. Tome y pruebe uno de los míos.

Carmody miró el paquete empezado en la mano del conductor.

—Fuma 'Kools'<sup>(\*)</sup>, ¿eh?

—Es mi marca habitual —dijo el taxista—. 'Kools' tiene un ligero sabor mentolado, y el gusto preciso...

Carmody, incrédulo, levantó las cejas; sin embargo, aceptó el paquete, del que sacó un cigarrillo y lo encendió. El conductor, sonriente, le miraba por el espejo retrovisor. Después de inhalar, el rostro de Carmody expresó sorpresa y placer; luego, exhaló larga y lujosamente.

—¡Oiga! ¡Esto es algo diferente!

—Los que fumamos 'Kools' pensamos así —afirmó el taxista, asintiendo sabiamente—. Hemos llegado, señor. El Waldorf Astoria...

Después de pagar, Carmody bajó. El chofer, inclinándose hacia atrás, sonriente, le preguntó:

—¡Eh, señor! ¿Dónde están mis 'Kools'?

—¡Oh! — dijo Carmody, sonriendo con él mientras le devolvía el paquete.

Después que el taxi se alejó, Carmody verificó, no sin cierta extrañeza, que estaba

---

\* Todas las palabras que figuran entre comillas en este capítulo, designan marcas de productos de consumo en Estados Unidos, algunas, mundialmente conocidas. (*N. de la T.*)

frente al hotel Waldorf Astoria. Notó además que llevaba un buen gabán de entretiempo: 'Burberrys'. Lo anunciaba la etiqueta, que en vez de estar en la parte interior del cuello iba bien cosida en el exterior de la manga derecha. Ahora que empezaba a observar, veía que todo lo que llevaba tenía la etiqueta afuera. Así, cualquiera podía saber que llevaba una camisa 'Van Heusen', una corbata 'Countess Mará', un traje de 'Hart, Schaeffner & Marx', zapatos de cuero corcobán 'Lloyd & Haig' y calcetines 'Van Camp'. El 'Borsolino' que llevaba en la cabeza estaba hecho por Raimu, de Milán, y llevaba las manos protegidas por guantes de venado de L. L. Bean. En la muñeca llevaba un cronómetro automático marca 'Audemars Piccard', con una regla de cálculo, un cronómetro, un indicador del tiempo transcurrido, calendario y despertador; y además de todo eso, marcaba la hora con una exactitud garantida de seis segundos al año (más o menos).

Como toque final, tenía un suave aroma de colonia para hombres Oak Moss, de Abercrombie & Fitch. Consideró que se trataba de un equipo *bastante bueno*, aunque de ninguna manera de primera clase. Era aceptable, pero él aspiraba a mucho más. Era ambicioso, y tenía planes para progresar; esperaba convertirse en la clase de hombre que sirve 'Olivas RegaT cualquier día del año, no sólo en Navidad; que usa camisas de 'Brooks Brothers', chaqueta deportiva de T. R. Triper' y loción 'Ónix' de Lentheric, para después de afeitarse, y se coloca con displicencia chaquetas Country Warmer, de Paul Stuart...

Pero para artículos de esa categoría, necesitaba una calificación de consumidores Clase A-AA-AAA, en vez del vulgar rótulo B-BB-AAAA que le había tocado por un accidente de nacimiento. Necesitaba esa calificación. ¿No la merecía, acaso? Pero, ¡maldición! Si en Stanford había sido el primero en la clase de Técnicas del Consumidor... En los últimos tres años, su Índice-de-Uso había estado en un porcentaje de noventa y pico; su coche, un 'Dodge Ferret', estaba impecable. Y podía citar muchos otros ejemplos... ¿Por qué no lo habían ascendido? ¿Es posible que no hayan puesto lo ojos en él?

Pero Carmody alejó rápidamente esos pensamientos heréticos de su cabeza. Tenía preocupaciones más inmediatas. Hoy le esperaba una de esas tareas ingratas. Lo que debía hacer a primera hora bien podía costarle el empleo, y en ese caso quedaría relegado a los rangos anónimos de proletarios que usaban Mercadería Oriental Irregular de Segunda (MOIS).

Todavía era temprano, pero necesitaba un poco más de ánimos para la prueba que le esperaba; entró en el bar para hombres del Waldorf... Fijó la mirada en el cantinero, y rápido, antes que el otro pudiera hablar, Carmody dijo:

—¡Eh, amigo! *'Hazlo otra vez'*<sup>(\*)</sup>

La circunstancia de que el cantinero no lo había hecho previamente para él y que, por lo tanto, desde un punto de vista lógico no podría repetirlo, parecía carecer de importancia.

—*Aquí tiene, Paco* —dijo el cantinero, sonriendo—. *'Ballantine tiene ese intenso sabor a cerveza, y el gusto preciso...'*<sup>(\*)</sup>

Carmody pensó que él podría haber dicho lo mismo. Le sorprendieron cabeceando. Bebió la cerveza a pequeños sorbos, mientras pensaba.

—¡Eh, Tom!

Carmody se volvió. Cerca de él estaba Nate Steen, de Leonia, Nueva Jersey; un viejo amigo y vecino, tomando Coca-Cola.

—Es gracioso —dijo Steen—, pero ¿lo has notado? *'Las cosas van mejor con Coca-Cola'*.<sup>(\*)</sup>

Carmody, sorprendido, no supo qué contestar. Terminó la cerveza de un resuello y llamó al cantinero:

—¡Eh, amigo! Hazlo otra vez... —era un recurso gastado pero... mejor que nada.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Steen.

—Mi mujer se fue de vacaciones. Resolvió irse a Miami y escabullirse una semana por American Airways, *'la número uno bajo el sol'*.

—Espléndido —dijo Carmody—. Acabo de enviar a Helen a Nassau, y si las Bahamas te parecen hermosas desde el aire, *'¡hay que verlas al bajar!'* (\*) ¿Y sabes una cosa? Justamente la otra noche le estaba diciendo, ¿por qué en un mundo tan acelerado como el nuestro, alguien debería perder tiempo en un viaje por mar a Europa? Y ella me respondió...

—Buena idea —interrumpió Steen—. Por supuesto, tiene todo el derecho; pero el tramo Holanda—América es increíblemente largo. Yo en cambio empacaría, y nos iríamos todos *'al país de Marlboro'*. (\*)

—Muy acertado —dijo Carmody—, después de todo...

—*'...realmente usted tiene mucho que gustar en un Marlboro'*. (\*) —terminó Steen (tenía todo el derecho; él había empezado el aviso comercial).

—Seguro —dijo Carmody; bebió a borbotones la cerveza y gritó—: *¡Eh, amigo! Hazlo otra vez... ¡Cerveza Ballantine!* (\*) —pero sabía que no estaba manteniéndose firme en la brecha; ¿qué andaba mal en él? Para está situación particular, para un momento así, había un diálogo obligado. Pero no podía recordarlo, no parecía encontrarlo...

## Capítulo veintiseis

Fue Steen, calmo y dueño de sí, con su nuevo desodorante 'Secreto', hielo—azul en las velludas axilas, el que se aventuró primero:

—Cuando nuestras mujeres se van, tenemos que hacer el lavado —cloqueó, rematándole.

Carmody no tenía más remedio que seguir la corriente.

—Síiii —dijo, con una risa hueca—. ¿Te acuerdas de aquello de *mi ropa lavada queda más blanca que la tuya...*?

Ambos se permitieron reír desdeñosamente. En ese momento Steen miró su camisa, luego la de Carmody, frunció el ceño y levantando las cejas, abrió la boca en una imagen de escepticismo, incredulidad y sorpresa.

—¡Eh! —dijo Steen—. ¡Mi camisa está más blanca que la tuya!

—Uy sí, ¡qué extraño...! —dijo Carmody sin molestarse en mirar—. Usábamos el mismo modelo de máquina de lavar programada en el mismo ciclo, y también usábamos la misma lejía, ¿no es cierto?

—Yo usaba esa cosa 'Clorox' —dijo Steen, como al descuido.

—'Clorox' —repitió Carmody, pensativo—. ¡Sí, ahí está la cosa! *¡Mi blanqueador era demasiado débil!*

Hizo un gesto que imitaba desesperación, mientras Steen fingía un aire de triunfo. Carmody pensó en pedir otra cerveza, pero no había disfrutado las dos últimas; Steen era demasiado rápido para él.

Carmody pagó las cervezas con su tarjeta de crédito de American Express y se dirigió a su oficina, en el piso veintiuno del 666 de la Quinta Avenida. Saludó a sus compañeros de trabajo con democrática camaradería. Algunos trataron de envolverle con sus jugarretas, pero no les hizo caso; sabía que su posición con respecto a la vida, desde el punto de vista del *status*, era desesperada.

Había pasado la noche anterior pensando todas las alternativas. La preocupación le produjo una aguda jaqueca y molestias estomacales, y casi se perdió el concurso de charleston. Pero su esposa Helen (que en realidad no se había ido de vacaciones), le dio un 'Alka-Seltzer'. Con eso mejoró en un santiamén, y como había planeado, salieron y ganaron el primer premio, gracias a Alka-Seltzer. Pero su problema persistía, Y cuando Helen, a las tres de la mañana, le dijo que Tommy y el pequeño Tinker habían tenido este

año el 32 por ciento menos de caries que el año anterior, él contestó:

—¿Sabes una cosa? ¡Apuesto a que es el 'Crest'!

Pero lo dijo sin ganas, aunque Helen había sido muy dulce al darle la idea para rematar con el slogan. Bien sabía que no había mujer capaz de dar a su marido bastante material publicitario como para hacer una buena diferencia en su producción. Si uno deseaba realmente progresar en la Tasación de Consumidores, si uno deseaba ser merecedor de las cosas que importaban en la vida (un chalet tipo suizo escondido en la soledad, sin molestias de Maine, por ejemplo; o un Porsche 911S, que hacía sentir a la gente que lo compraba como de una raza aparte, o un Ampex para aquellos que sólo se satisfacen con lo mejor...), bueno, si uno deseaba todo eso, debía demostrar que lo merecía... El dinero no era bastante, la posición tampoco, la perseverancia concentrada en un solo propósito no era suficiente. Uno debía demostrar que realmente pertenecía a esa Raza Aparte destinada a poseer esas cosas. Y para ganarlo todo, era preciso arriesgarlo todo.

—¡Caray! —se dijo Carmody, golpeando la palma de su mano izquierda con el puño de la derecha—. Dije que iba a hacerlo, y no me echaré atrás.

Avanzó decidido hasta la puerta del despacho de su jefe, el señor Ubermann, y la abrió con audacia.

La oficina estaba vacía. El señor Ubermann no había llegado todavía.

Carmody se dispuso a esperar. Tenía las mandíbulas firmes, los labios apretados, y le habían aparecido tres líneas verticales entre los ojos. Hizo un esfuerzo por mantenerse calmado.

Ubermann no tardaría en llegar. Cuando eso sucediera, le diría:

"Señor Ubermann: puede despedirme por lo que voy a decirle, pero usted tiene mal aliento (haría una pausa). Mal aliento."

Al pensarlo parecía tan simple, pero ¡qué difícil sería concretarlo! Sin embargo, un hombre debía ponerse de pie, luchar por la limpieza en todas sus extensiones, y luchar por avanzar. Carmody sabía que los ojos de los Fabricantes, esas figuras semi—legendarias, estaban puestos en él. Si lo encontraban digno de atención...

—Buenos días, Carmody —dijo Ubermann, entrando en la habitación a largos pasos; era un hermoso hombre, con rostro de halcón. Tenía las sienes salpicadas de gris, una marca de distinción. Sus gafas con armazón de carey eran unos buenos tres centímetros más anchas que las de él. —Señor Ubermann —empezó Carmody, con voz temblorosa—, usted me puede hacer despedir por esto...

—Carmody —dijo el jefe, cuya voz de diafragma cortó el débil tono de pecho de su empleado, como una hoja de afeitar Tersonna' de acero quirúrgico corta algo fofo—, hoy he descubierto el más sorprendente enjuague bucal. Se llama 'Scope'. Creo que mi aliento se mantendrá perfumado por horas y horas.

Carmody tuvo una sonrisa irónica. ¡Qué fantástica coincidencia! El jefe había tenido la suerte de encontrar el mismo enjuague bucal que estuvo a punto de recomendarle. ¡Y daba resultado! El aliento del señor Ubermann ya no olía como un pozo de basura después de la lluvia. Ahora invitaba al beso (para las muchachas, naturalmente; Carmody no estaba interesado en esa clase de demostración).

—¿Alguna vez lo oyó nombrar? —preguntó Ubermann, y salió de la oficina sin esperar la respuesta.

La sonrisa de Carmody se hizo aún más irónica. Había vuelto a fallar. Y sin embargo, ese fracaso le daba una pequeña sensación de alivio. Las tendencias consumidoras de los ejecutivos eran terriblemente exasperantes y agotadoras hasta la desesperación. Sería lo indicado para cierta clase de hombres, pero quizás él no pertenecía a esa clase. Supongamos que lo hubiera logrado... Ya podía anticipar con qué remordimiento habría tenido que renunciar a su cincuenta y ocho por ciento en artefactos de consumo: sus cupones Raleigh, su gorra de piel de cerdo gamuzada, su corbata luminosa de Navidad, su portadocumentos para viajes rápidos hecho de Skai, su sistema de música estéreo

KLH modelo 24, y particularmente su abrigo Lakeland, de primera línea, importado de Nueva Zelanda, hecho en un suave y suplecuerdo gamuzado con forro de piel, como el cuello y las solapas. Y también habría tenido que desprenderse del resto de sus queridas cosas familiares.

—A veces las cosas salen mejor cuando uno cree que salen mal —se dijo Carmody.

—¿Te parece? ¿De qué diablos estás hablando? —se contestó a sí mismo.

—¡Oh, Dios! —exclamó Carmody para sí.

—¡Claro! —el 'yo' de Carmody contestó a Carmody—. Te aclimatizaste demasiado rápido, ¿no es cierto?

Los dos Carmodys se miraron, hicieron una comparación de notas para llegar ambos, urgentemente, a la misma conclusión: UNIRSE.

—¡Seethwright! ¡Sácame de aquí! —gritó Carmody.

Y ese hombre constante que era Seethwright, hizo precisamente eso.

## Capítulo veintisiete

Mientras caminaba, Carmody miró, y al mirar, observó todo. Le pareció que era el lugar que debía ser. A su derecha estaba el Teatro Maplewood, que ese día exhibía *La Saga de Elefantina*, una película de aventuras italo—francesa, dirigida por Jacques Marat, el mismo joven director genial que había dado al mundo la conmovedora *Canto de mis Heridas*, y la comedia de ritmo ligero *París, Tiempo Catorce*. En la cartelera teatral estaba el nuevo grupo vocal lakonnen y sus Hongos, sólo por unas pocas presentaciones.

—Parece una película cómica —observó Carmody.

—No es lo que me gusta —dijo el Premio.

Carmody se detuvo ante la sastrería Marvin y miró los escaparates. Había zapatos cómodos y calzado de cuero, chaquetas a cuadros pata de gallo, corbatas anchas de llamativos diseños, camisas blancas con cuellos abiertos. Al lado, en el negocio de librería y papelería echó un vistazo a ejemplares recientes de la revista *Cottiers*. Hojeó algún número de *Libertad*, de *Gato Negro* y *El Espía*. Hacía poco que había aparecido la última edición de *El Sol*.

—¿Y bien? —preguntó el Premio—¿Este es el sitio?

—Todavía estoy controlando... —contestó Carmody—. Pero hasta el momento, parece bastante probable.

Cruzó la calle y entró en la cantina de Edgar. No había cambiado. Una chica bonita estaba acurrucada tras del mostrador, bebiendo una gaseosa. Carmody no tardó en reconocerla.

—¡Lana Turner! ¡Vaya! ¿Cómo estás, Lana?

—Muy bien, Tom" —dijo Lana—. ¡Tanto tiempo sin verte...!

—En la escuela secundaria tuve algunos encuentros con ella —explicó Carmody al Premio mientras seguían caminando—. Es extraño cómo todo vuelve a la memoria.

—Eso imagino —dijo el Premio, dubitativamente.

En la esquina siguiente, la intersección de Maplewood Avenue y el Camino South Mountain, había un policía. Aunque estaba dirigiendo el tránsito, tuvo tiempo de dedicar una sonrisa a Carmody.

—Ese es Burt Lancaster; fue el mejor jugador de béisbol que tuvo la escuela secundaria Columbia, y también todo el estado. Y mira allá, ese hombre que entra en la ferretería y me saluda con la mano... Es Clifton Webb, el director de la escuela secundaria. Y allá donde termina la calle, ¿ves a esa mujer rubia? Es Jean Harlow; hace tiempo era mesera en el restaurante Maplewood —bajó la voz—. Todo el mundo decía que era una *mujer fácil*.

—Parece que conoces a mucha gente —dijo el Premio.

—Bueno, por supuesto que sí. Me he criado en este lugar. La señorita Harlow va al salón de belleza de Fierre...

—¿También conoces a Fierre?

—Seguro. Ahora es peinador, pero durante la guerra estuvo en la resistencia francesa. ¿A ver si recuerdo su nombre? ¡Ah, sí! Jean Pierre Aumont; se casó con una de las muchachas de aquí: Carole Lombard.

—Interesante —dijo el Premio con voz aburrida.

—Bueno, a mí me resulta interesante. Conozco a este hombre que viene aquí... Buenos días, señor intendente.

—Buenos días, Tom —contestó el hombre, que siguió caminando después de inclinar su sombrero.

—Ese es Frederic March, nuestro intendente —dijo Carmody—. ¡Es una magnífica persona! Aún recuerdo el debate que sostuvo con el radical del pueblo, Paul Muni. Nunca has oído nada semejante.

—Hmmm —dijo el Premio—. En todo esto hay algo extraño, Carmody; algo misterioso, algo que no está bien. ¿No lo sientes?

—No, yo no —contestó Carmody—. ¿No te lo he dicho? Crecí con toda esta gente, la conozco mejor que a mí mismo. ¡Eh! Allá va Paulette Goddard... Es la bibliotecaria. ¡Hola, Paulette!

—Hola, Tom —dijo la mujer.

—Esto no me gusta —dijo el Premio. —No llegué a conocerla bien —dijo Carmody—. Acostumbraba a salir con un muchacho de Millbum llamado Humphrey Bogart, que siempre llevaba corbatas de palomita. ¿Te lo imaginas? Una vez se peleó con Lon Chaney, el portero de la escuela. Le dio una buena paliza; lo recuerdo bien pues por entonces yo me citaba con June Havoc, cuya mejor amiga era Myrna Loy; después, Myrna conoció a Bogart y...

—¡Carmody! —exclamó el Premio con urgencia—. ¡Ten cuidado! ¿Alguna vez has oído hablar de la pseudo-aclimatización?

—No seas ridículo —contestó Carmody—. Te digo que conozco a toda esta gente. Me he criado en esta ciudad, y te aseguro que era un buen lugar para pasar la infancia. La gente no era robot, como es ahora; todos creían en algo. Entonces éramos *individuos*, no como ahora, que somos multitudes anónimas...

—¿Estas bien seguro de lo que dices? Tu devorador...

—¡Basura! No quiero oír nada sobre eso —dijo Carmody—. Mira, allá va David Niven; sus padres eran ingleses.

—¡Pero toda esta gente viene hacia ti! —le advirtió el Premio.

—Claro, por supuesto —dijo Carmody—. Hace mucho tiempo que no me ven...

El se quedó en la esquina mientras sus amigos venían por la acera y por la calle; algunos salían de las tiendas y las oficinas. Había cientos de amigos, todos sonriendo como viejos conocidos. Distinguió a Alan Ladd, Dorothy Lamour y Larry Buster Crabbe. Y más allá vio a Spencer Tracy, a Lionel Barrymore, Freddy Bartholomew, John Wayne, Frances Farmer...

—Aquí hay algo que falla —dijo el Premio.

—No hay nada de malo —insistió Carmody.

Todos sus amigos estaban presentes; se acercaban a él con las manos tendidas, y se sintió más feliz que nunca desde que saliera de su casa. Le sorprendía haberse olvidado cómo había sido aquello. Pero ahora recordaba...

—¡Carmody! —gritó el Premio. —¿Qué sucede?

—¿Siempre hay esta música en tu mundo?

—¿De qué estás hablando?

—Me refiero a la música... ¿No la escuchas, acaso? Entonces Carmody la notó por primera vez. Estaba tocando una orquesta sinfónica pero no percibía de dónde venía el

sonido.

—¿Desde cuándo suena esa música?

—Desde que llegamos —le dijo el Premio—. Cuando empezaste a caminar por la calle se produjo un suave retumbar de tambores. Después, al pasar frente al teatro, una trompeta tocó una tonada ligera. Cuando entraste en la cantina se convirtió en una melodía con gusto a sacarina, ejecutada por varios cientos de violines. Luego...

—Es música de fondo —dijo Carmody, apagado—. Pensar que toda esta maldita escena tenía *score*, y ni siquiera lo he notado...

Franchot Tone extendió un brazo y le tocó la manga. Gary Cooper dejó caer una mano grande sobre su hombro. Laird Gregor le dio un afectuoso abrazo apretado. Shirley Temple le sujetó el pie derecho. Los demás se acercaban y le rodeaban, siempre sonriendo.

—¡Seethwright! —gritó Carmody—. Por amor de Dios, ¡Seethwright!

Después de eso, todo sucedió demasiado velozmente como para que pudiera comprenderlo.

## Quinta Parte - RETORNO A LA TIERRA

### Capítulo veintiocho

Carmody estaba en Nueva York; Riverside Drive y la calle Noventa y Nueve. Hacia el oeste el sol se ponía sobre la costa de Nueva Jersey. Detrás de la Casa Horizonte y hacia la derecha, el letrero de Spry iluminaba con toda su gloria. Cubiertos de verde y hollín, los árboles del parque Riverside susurraban débilmente, sacudidos por los gases de escape que venían de la West Side Drive. Podía oír a su alrededor los gritos de niños nerviosos y frustrados, interrumpidos de vez en cuando por los gritos de sus padres, igualmente nerviosos y frustrados.

—¿Esta es tu ciudad natal? —preguntó el Premio.

—Eso creo —contestó Carmody; al mirar hacia abajo notó que el Premio había sufrido otra metamorfosis; ahora era un reloj Dick Tracy con un parlante estereofónico— escondido.

—Parece un lugar bastante interesante —dijo el Premio—. Lleno de vida. Me gusta así.

—Síiii... —dijo Carmody, reacio y no muy seguro de lo que sentía hacia su ciudad natal.

Habían encendido las luces del parque Riverside, y empezó a caminar ciudad arriba. Las madres se estaban yendo con sus cochecitos de bebé. Pronto el parque quedaría libre para los asaltantes y la policía. El *smog* rodeaba silenciosa e implacablemente a Carmody. Tras de su leve transparencia, los edificios se veían como gigantes perdidos en el camino. Hacia ambos lados, las cloacas corrían alegremente hacia el río Hudson, y al mismo tiempo el río Hudson corría alegremente a encontrarse con las cloacas.

—¡Eh, Carmody! Un hombre se le acercaba a paso vivo. Vestía traje de calle, zapatillas deportivas, un sombrero bombín y una ancha corbata de lona blanca. Carmody le reconoció enseguida; era George Marundi, un artista indigente conocido suyo.

—¡Hola, hombre! —dijo Marundi, acercándose para darle la mano.

—¡Vaya, vaya! —dijo Carmody, sonriendo como un cómplice.

—...y bien, mi viejo. ¿Cómo has estado? —preguntó Marundi.

—Bueno... Ya lo sabes —dijo Carmody.

—Ya lo creo; como para *no* saberlo... —dijo—. Helen estuvo preguntando por ti.

—¿No me digas? —dijo Carmody.

—Seguro. El próximo sábado Dicky Trait da una fiesta. ¿Quieres venir?

—¡Claro! —contestó Carmody—. ¿Cómo está Trait? —Bueno, ya sabes...

—Claro que lo sé —dijo Carmody, con un tono de profunda compasión—. Todavía,

¿eh...?

—¿Y qué esperas? —preguntó Marundi. Carmody se encogió de hombros.

—¿Por qué no me presentan? —preguntó el Premio.

—¡Cállate! —dijo Carmody.

—Eh, hombre... ¿Qué tienes allí? —Marundi se inclinó para observar la muñeca de Carmody—. ¿Un pequeño grabador a cinta? Eso sí que es grande, chico. ¿Lo tienes programado?

—No soy programado; soy autónomo —dijo el Premio, algo irritado.

—¡Oye, eso es una belleza! —dijo Marundi—. Lo digo de veras. Escucha, ratón Mickey. ¿Sabes decir algo más?

—¡Vete a la mierda! —dijo el Premio. —Basta ya —susurró Carmody, nervioso.

—Mire usted —dijo Marundi—. Esa cosa tan pequeñita tiene muchas agallas, ¿no es cierto, Camie?

—Es verdad —afirmó Carmody.

—¿De dónde la sacaste?

—Lo encontré... Bueno, lo compré cuando estuve de viaje.

—¿Has estado de viaje? —preguntó Marundi, con interés creciente—. Imagino que por eso es que no te he visto en tantos meses...

—Debe ser por eso, claro —dijo Carmody.

—¿Y dónde has estado?

Carmody estuvo a punto de contestarle que había estado en Miami. Pero una súbita inspiración le hizo decir:

—Estuve afuera, por todo el Universo... En el mismo Cosmos, donde he pasado por ciertos estados que, de aquí en adelante, veré como *la realidad*.

Marundi asintió comprensivamente.

—De manera que has tenido un buen *trip*, ¿verdad, hombre?

—Ya lo creo que sí.

—Y en ese viaje has podido percibir el todo—en—uno molecular de las cosas, y has escuchado las energías de tu cuerpo, ¿*nich wahr*?

—No es exactamente así —dijo Carmody—. En mi viaje particular he podido observar muy especialmente las energías discrecionales de otras creaciones, y he ido más allá de lo personal y lo molecular, para apreciar lo externo y atómico. Quiero decir, que mi viaje me convenció de la realidad, por no decir, la existencia de otras criaturas aparte de mí mismo.

—Debe haber sido un ácido muy poderoso —dijo Marundi—. ¿Y adonde se lo puede conseguir?

—El Ácido de la Experiencia se destila de la sosa hierba de la Práctica —dijo Carmody—. Muchos son los que desean una existencia objetiva, pero pocos la logran.

—No quieres hablar, ¿eh? —dijo Marundi—. No importa. ¿Vienes a la inauguración?

—¿Qué inauguración?

Marundi lo miró, incrédulo.

—Hombre, no sólo has estado lejos... Has perdido todo contacto. Hoy se inaugura lo que será, sin duda alguna, la exhibición artística más importante de nuestro tiempo, y quizá de muchos tiempos.

—¿Cuál es este modelo de estética? —preguntó Carmody.

—Voy para allá —dijo Marundi—. Acompáñame.

Desoyendo las quejas del Premio, Carmody se ajustó al paso de su amigo. Caminaron hacia el norte de la ciudad, y Marundi le contó los últimos rumores: que el Comité de Actividades Antinorteamericanas de la Cámara de Diputados fue acusado de Anti-americanismo, pero pudo salir del paso con una sentencia aplazada; el éxito alcanzado por el nuevo plan de las granjas Pepperidge, llamado 'Plan para Congelar al Hombre', que cinco divisiones de la caballería de Estados Unidos habían logrado matar ayer a cinco



guerrilleros del Vietcong; que la cadena de televisión NBC había empezado una nueva serie de gran éxito, llamada *Aventuras del laissez-faire en el capitalismo*. También se enteró de que la General Motors, en un gesto de patriotismo sin precedentes, envió un regimiento de empleados voluntarios encabezados por un vicepresidente, a Xien Ka, cerca del límite de Camboya.

Y así, mientras conversaban, llegaron a la calle 106 en donde habían demolido varios edificios para levantar allí mismo una nueva estructura. Tenía la apariencia de un castillo, pero era algo tan extraño que Carmody nunca había visto nada parecido hasta entonces.

Se dirigió a su acompañante, el entusiasta Marundi, para que le diera una explicación.

—Este sólido edificio que tienes ante ti fue diseñado por el arquitecto Delvanuey, que también ha planeado Trampa Mortal 66, el famoso camino al peaje de Nueva York que nadie hasta ahora ha logrado recorrer desde el principio hasta el final sin tener un accidente. Como recordarás, este mismo Delvanuey diseñó los planos para el nuevo barrio de indigentes de Chicago llamado 'Torres Punto Luminoso'; son los únicos barrios pobres en todo el mundo en los que la forma está de acuerdo con la función, es decir: el primer arrabal del mundo que ha sido diseñado a propósito y con orgullo para ser un arrabal, y al que la Comisión de Perpetración de las Artes en América Urbana ha calificado como 'irrenovable'.

—Se trata de un logro muy peculiar —dijo Carmody—. ¿Cómo se llama esta estructura particular?

—Este es, nada menos, el opus magnus —contestó Marundi—. Este que ves aquí, amigo mío, es el Castillo de la Basura.

Carmody percibió que el camino hasta el Castillo estaba hábilmente construido con cáscaras de huevo, cortezas de naranja, huesos de aguacate y conchas de almeja. Se llegaba ante un gran portón cuyos lados estaban hechos de elásticos herrumbrados de camas. Arriba de la entrada se leía una frase escrita con cabezas de pescado barnizadas. Decía: "El despilfarro en defensa del lujo no es vicio; la moderación en propagar el exceso no es virtud".

Entraron y empezaron a caminar por los corredores de cartón prensado para llegar, al fin, a un patio abierto donde una fuente de napalm ardía alegremente. Después de pasar delante de eso entraron en un cuarto hecho de aluminio, acero, polietileno, fórmica, baquelita, hormigón armado, imitación nogal, acrílón y vinílico. Más allá se abrían varios corredores.

—¿Te gusta? —preguntó Marundi.

—Todavía no lo sé —contestó Carmody—. ¿Qué demonios es esto?

—Es un museo —le dijo Marundi—. Es el primer museo del derroche humano.

—Ya veo —dijo Carmody—. ¿Cómo ha sido recibido?

—Me sorprendió el entusiasmo con que lo acogieron. Quiero decir, nosotros, los intelectuales y artistas, sabíamos que era bueno... Pero no pensábamos que la mayoría del público iba a caer en la cuenta tan rápido. Pero ha sido así. En ese sentido, han hecho gala de un buen gusto innato, y han reconocido que éste es el único arte verdadero de nuestro tiempo.

—¿Crees que lo ven así? A mí, personalmente, todo esto me resulta muy difícil de aceptar.

Marundi lo miró con pena.

—Nunca pensé que tú, entre todos, serías un reaccionario estético. ¿Qué te gustaría? ¿Algunas estatuas griegas, o iconos bizantinos, tal vez?

—Por cierto que no. Pero esto, ¿por qué?

—Porque esto, Carmody, es el presente real sobre el que debe construirse el arte. Consumimos, ergo existimos. Pero la humanidad se ha mostrado reacia a reconocer este hecho vital. Le han dado la espalda a la Basura, residuos irreductibles de nuestros gustos y placeres. Sin embargo, piensa un poco: ¿Qué son los desperdicios, sino un testimonio

de nuestras necesidades? Ni despilfarro ni privación, ese era el antiguo consejo de la ansiedad anal. Pero ese falso axioma ha cambiado ahora. No es necesario hablar de derroche, por supuesto. Entonces, ¿para qué hablar del sexo, de virtud o de cualquier otra cosa importante?

—Si lo expresas de ese modo, bueno. Pero aún así... —Veo conmigo, observa, aprende —dijo Marundi—. El concepto crece dentro de ti, lo mismo que los desperdicios.

Entraron en la Sala de Ruidos Externos, donde Carmody pudo escuchar el sonido de un water del que continuamente fluía agua, el desfile musical de ruidos del tránsito, el emocionante crujido de un accidente, el rugido ronco de una muchedumbre. A estos, se mezclaban Sonidos Retrospectivos: el zumbido de un pistón de avión, el parloteo de una ametralladora, el fuerte retumbar de un mazo de madera. Después de ése estaba el Salón Sónico del Boom, que Carmody saltó rápidamente.

—Muy cierto —dijo Marundi—. Es peligroso. Pero mucha gente viene aquí; algunos se quedan cinco o seis horas...

—¿Eh? —dijo Carmody.

—Quizá, justo aquí, está el sonido que es el principio fundamental de nuestra exposición —dijo Marundi—: el rugiente bramido de un camión de basura triturando desperdicios. Lindo..., ¿no es cierto? Y por allí, derecho, hay una exhibición de botellas de vino vacías de medio litro. Más allá hay una réplica de un metropolitano; está construido de manera que se repitan todos los sacudones del verdadero. La Westinghouse se encargó de llenar de humo el ambiente interior.

—¿Y qué son esos gritos? —preguntó Carmody.

—Una cinta grabada de voces heroicas —dijo Marundi—. La primera es la de Ed Brun, un jugador de béisbol del *team* de los Green Bay Packers. El siguiente, un gemido agudo, es un retrato de cómo hablaba el último intendente de Nueva York. Y después, aquel...

—Vámonos de aquí —dijo Carmody.

—Por cierto. A la derecha está el ala del *graffiti*<sup>(\*)</sup>. A la izquierda hay una reproducción exacta de un antiguo conventillo (a mi parecer, una muestra apócrifa de romanticismo). Derecho por allá podrás ver nuestra colección de antenas de televisión. Este es un modelo británico *circo 1960*. Aprecia su severidad, el rigor, y compárala con ese producto de Camboya del año 1959. ¿Ves las líneas flotantes lujuriosas del modelo oriental? Este es el arte popular expresado en formas viables.

Marundi se volvió hacia Carmody y le dijo ansiosamente:

—Ve y créeme, amigo mío. Esta es la ola del futuro. En tiempos pasados el hombre se resistía a lo que implicaba el presente. Esa época ya no existe. Ahora sabemos que el arte es *la cosa en sí*, junto con sus extensiones superfluas. No me refiero al *arte pop*, que ridiculiza y exagera, sino al arte popular, que existe simplemente. Esta es la época en que aceptamos incondicionalmente lo inaceptable, y proclamamos de esta manera la naturalidad de nuestra artificialidad.

—¡No me gusta! —exclamó Carmody—. ¡Seethwright! —¿Para qué estás gritando? —le preguntó Marundi. —¡Seethwright! ¡Seethwright! ¡Sácame pronto de aquí!

—Ha perdido el juicio —dijo Marundi—. ¿Habrá un doctor por aquí?

De inmediato apareció un hombre bajo y moreno, vestido con un enterizo. Llevaba un pequeño maletín negro que tenía una placa de plata con la inscripción: "Pequeño Maletín Negro".

—Soy médico —dijo el médico—. Dejen que lo vea.

—¡Seethwright! ¿Dónde demonios estás?

—Aháaa..., ya veo —dijo el médico—. Este hombre tiene todos los síntomas de una aguda carencia alucinatoria. ¡Ah, sí! Al palparle la cabeza encuentro un crecimiento macizo y duro. Eso es normal. Pero detrás de eso..., hmmm, Es sorprendente. Este pobre

---

\* Palabra que designa la escritura en caracteres grandes sobre paredes en lugares públicos, generalmente obscena (*N. de la T*).

hombre está literalmente famélico de ilusiones...

—Doctor, ¿puede ayudarme? —preguntó Marundi.

—Me ha llamado justo a tiempo —dijo el médico—. Su estado es aún reversible. Tengo aquí la panacea divina.

—¡Seethwright!

El doctor sacó una caja del Pequeño Maletín Negro y armó una hipodérmica brillante.

—Este es el elevador *standard* de potencial —dijo a Carmody—. No tiene por qué preocuparse, no le haría daño a un niño. Contiene una agradable mezcla de LSD, barbitúricos, anfetaminas, tranquilizadores, elevadores psíquicos, estimulantes, y varias cosas más, todas ellas beneficiosas. Y también un toque de arsénico, para darle brillo al cabello. Y ahora, no se mueva...

—¡Maldito seas, Seethwright! ¡Sácame de esto! —Sólo duele mientras dura el dolor —*dijo* el doctor para tranquilizarle, apoyando la hipodérmica empujó el émbolo. En ese mismo momento, o casi en ese instante, Carmody desapareció.

Hubo una gran consternación y confusión en el Castillo, que no quedó resuelta hasta que todos quedaron inmóviles. Después se superó con una calma olímpica. En cuanto a Carmody, un cura entonó las palabras: "Hombre superfluo, vete ahora hacia el gran reino de lo Extraño en el cielo, donde hay un lugar para todas las cosas innecesarias".

Pero mientras tanto Carmody, impulsado por el fiel Seethwright, se precipitó hacia adelante a través de mundos sin fin. Se trasladaba en una dirección que podría calificarse como 'hacia abajo', a lo largo de miríadas de potencialidades de la Tierra, dentro de las apiñadas probabilidades..., y por último, hacia las atestadas expansiones de las improbabilidades construidas.

El Premio le dijo, increpándole:

—Lo que acabas de abandonar es tu propio mundo, Carmody. ¿Tienes conciencia de lo que has hecho?

—Sí, la tengo — *dijo* Carmody.

—Ahora, ya no es posible regresar.

—También tengo conciencia de eso.

—Me imagino que habrás pensado encontrar alguna charra utopía en los mundos que quedan por delante —dijo el Premio, con pronunciado desdén.

—No es exactamente así.

—¿Y entonces, qué?

Carmody meneó la cabeza, negándose a contestar.

—Sea lo que sea, será mejor que te olvides de aquello —dijo el Premio amargamente—. Tu devorador te persigue implacablemente, eso significará tu muerte infalible.

—No lo dudo —dijo Carmody, en un momento de extraña calma—. Pero hablando en términos de largo plazo, nunca esperé salir con vida de este Universo.

—Eso carece de sentido —dijo el Premio—. Lo cierto es que lo has perdido todo...

—No estoy de acuerdo —replicó Carmody—. Deja que te señale que todavía estoy vivo.

—De acuerdo, pero sólo por un momento.

—Siempre he estado vivo sólo por un momento —afirmó Carmody—. Nunca he podido contar con nada más. Si alguna vez cometí el error de esperar algo más que eso, fui un tonto. Creo que esa es una verdad para todas mis circunstancias; las posibles, y las potenciales.

—Entonces, ¿qué confías lograr con tu momento?

—Nada —contestó Carmody—. Todo.

—Ya no te entiendo —dijo el Premio—. Hay algo en ti que ha cambiado, Carmody. ¿Qué es?

—Algo insignificante —le dijo Carmody—. He renunciado simplemente a una

longevidad que de todas maneras no poseía. He dado la espalda al juego de convictos con que los dioses se entretienen en su espectáculo celestial. Ya no me interesa bajo cuál cáscara de nuez puede estar el germen de la inmortalidad. No lo necesito. Tengo mi momento, que es suficiente.

—¡Santo Carmody! —dijo el Premio, en un tono del más profundo sarcasmo—. Tan sólo el aliento de una sombra te separa de la muerte. ¿Qué harás ahora con tu lastimoso momento?

—Continuaré viviéndolo —dijo Carmody—. Para eso son los momentos.

**FIN**